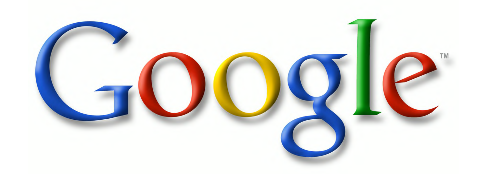




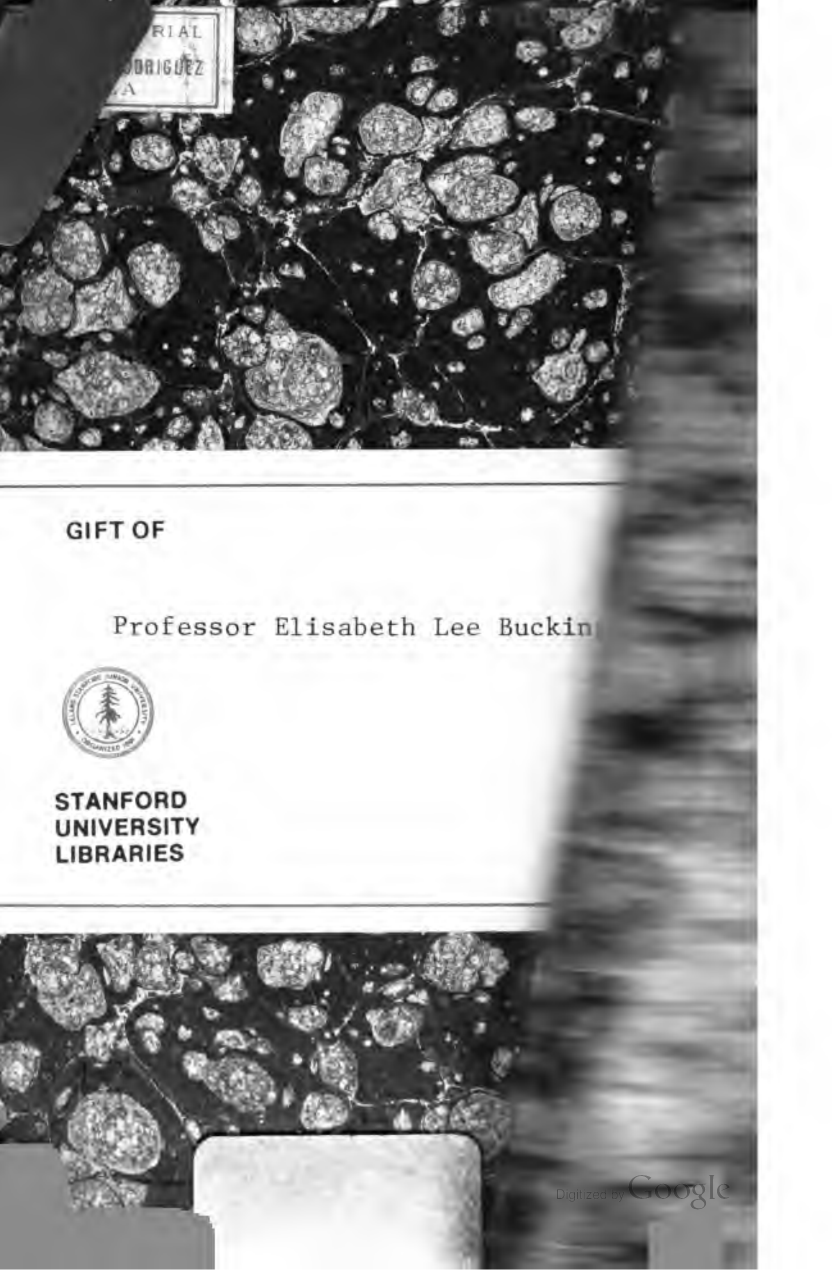


LAS PACHECAS.

**AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON PABLO DE SANDOVAL,
MARQUÉS VIUDO DE CASA-PACHECO.**


DEDICATORIA.

Mi querido marqués: *La* ... *dea*, cu...
sociedades humanas y pa...
gloria de ser la invent...
tantos ben... ha
tantes de...
El pu...
que ll...
num...



RIAL
DRIGUEZ
A

A

ZADORES »

SCRICH

DRID
DE I
LA LIB

1881

LA MANCHA.

Recuerdo, a mi hermana Francisca Reyes.

José Reyes

22/11. 84.

LA

MANCHA

NARRACIONES VENATORIAS

SEGUNDA PARTE DE «LOS CAZADORES»

SU AUTOR

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
29 — CALLE DE LA LIBERTAD — 29

1881

INTRODUCCION.

Aunque soy de la Mancha
no mancho á nadie,
más de cuatro quisieran
tener mi sangre.

La Mancha es una region española tan desconocida para algunos españoles, como las islas de la Nueva Zelanda. Se la juzga desde los coches del ferrocarril á través de la velocidad vertiginosa de la locomotora, y al hacerlo así se comete una gran injusticia.

Para apreciar la riqueza de la Mancha, la feracidad de su suelo, la abundancia de sus montes, sus dehesas y sus rios, para conocer prácticamente la caballeresca hospitalidad de los manchegos, es preciso recorrer el país con la escopeta al hombro y el perro

por delante deteniéndose en aquellas quinterías solitarias, en aquellos *oasis* blancos como la nieve, horizonte consolador de los ojos que alegra el espíritu y reanima la fuerza desde largas distancias; porque sabe el que los conoce, que en ellos encontrará infaliblemente un hogar con fuego, un nutritivo caldero de *galianos* y una franca y fraternal sonrisa en los labios de sus hospitalarios dueños.

Los moros, durante el tiempo de su dominacion en España, á esa parte de la Mancha que cruza la línea férrea de Madrid á Valencia, la llamaron *Manxa;* es decir, *tierra seca;* era su campo espartario; pero los árabes no incluyeron bajo esta denominacion asoladora, todas las dos mil trescientas leguas cuadradas que abarcan las cuatro provincias manchegas.

Hay una línea que separa lo justo de lo injusto; el hombre traspasa esa línea con harta frecuencia. Acosado por la comezon de hablar, mueve la lengua, disputa, se ciega y entra en el terreno de las injusticias, postergando lo que merece ser enalte-

cido, y enalteciendo lo que debe ser postergado.

Hemos oido hablar de un modo despreciativo de la Mancha, á muchos que indudablemente ignoraban el nombre de sus cuatro provincias; y al decirles que el Tajo, el Jarama, el Júcar, el Guadiana, el Zangára, el Jabalon, el Guadarrama, el Guadiela, el Gigüela, el Mosca, el Huete, el Alameda, el Tietar y el Azuel eran, con otros cien arroyos, tributarios de la Mancha; al asegurarles que poseia criaderos de plata, de cobre, de plomo, de hierro, de zinc, de antimoniun, de esmeril, de cinabrio y de carbon de piedra; al añadir que la naturaleza le habia concedido ricas canteras de mármol, lagunas y salinas de primer órden, que posee bosques, montes y dehesas, que nada tienen que envidiar á las más feraces de España, se nos han quedado con la boca abierta, como si les estuviéramos narrando un cuento del país de los sueños.

Juzgar la Mancha por lo que se ve desde el tren, por lo que de ella dicen los que la desconocen, rindiendo poco tributo á la ra-

zon y la conciencia, es lo mismo que apreciar la blancura del coco por la tosca corteza que le cubre.

Si á los que creen que la Mancha es un arenal infecundo, se les trasportara á los hermosos valles de la Alcudia, que alimentan con sus feraces pastizales 300.000 cabezas de ganado menor y 5.000 de ganado vacuno, estamos seguros que el rubor de la vergüenza asomaria á sus mejillas viendo patente la injusticia de sus apreciaciones, y plegando las manos con la beatitud de un verdadero creyente, caerian de rodillas entonando el yo pecador; pero en este mundo hay muchos *Tomases* que necesitan ver para creer.

La ignorancia fué siempre atrevida, con harta frecuencia se oye hablar de la mayor ó menor riqueza de una provincia, á gentes que desconocen èsa ciencia que trata de la descripcion de la tierra que habitamos, conocida con el nombre de Geografía.

La Mancha no es un erial infecundo; díganlo sinó los centenares de montes y dehesas inscritos en el Registro de la propiedad de sus cuatro provincias.

Como una prueba irrecusable de lo que llevamos dicho, vamos á consignar aquí no el total de los cazaderos de la Mancha, sino una tercera parte, porque es casi imposible recordarlos todos: hé aquí algunos nombres: La torre de Albar Ruiz.—Las Alamedas. —El Deheson de Arteseros.—La Quejola.—Las Pachecas.—Las ventillas.—Las chimeneas.—La Ceguera.—Despeñaperros.—Bullones.—Magdalena.—La Gata.—Pedrosilla.—Navarós.—Catalina.—Coto de Ruidera y Moraleja.—Cerro vaquero.—El Allozo.—Casas-Blancas.—Renuñez.—Los Llanillos. —El capitan.—Casanova.—Casa de la viña. —Muarras.—Dehesa de Santa Marta.—Casa del Aire.—Malaba.—El rincon de Alcaráz. —Las Potreras.—La Berruga.—Los Montoyas.—El Bonillo.—San Isidro.—El cabalgador.—Pedroñeras.—El campillo.—La Luciana.—San Andrés.—Mesagoso.—Ojalora.—Cerro de los buitres.—Monte de la Avecedilla.—El Romeral.—Cabeza Marta.—La Minguilla.—Robledo-hermoso.—Valle Leor.—Aves frias.—El Gualí.—Valle del agua.—Valle García.—Valmayor.—Ra-

sos de la Castaña.—Raña del avellanar.—Robledillo de los frailes.—La casa de Bullaque.—Val-puercas.—Valmolino.—El carrizal.—Valle castaño.—Las chiquillas.—Cerro de las viñas.—Garza garzanzuelo.—Piedras picadas.—Robledo de las cuevas.—Robledo de los charcos.—Los Zorráneos.—Robledo de las piquiñuelas.—Las Majadillas.—Riofrío.—Cerezo Marillan.—Almodinejos.—Nava de D. Diego.—Las perreras.—El avellanar.—Vallehondo.—Lolezuela.—Toledana.—Jargantilla.—Valle molino.—Paralozas de arriba.—Paralozas de abajo.—Valdelayegua.—Aquileros de Toledo.—Robledo de la Rinconada.—Vallelobo.—Robledo de las chorreras.—San Ginés del Hornillo.—San Juan de la Pavorosa.—Cerro del Concho.—Nava la ayuda.—Valle de la Magdalena.—Santa Catalina.—Valle y cerro de los labrados.—Cerro de la Atalaya.—Valdehornos.—Torilejos.—Solana de Marcos.—Olla de las Higueras.—Rubiales.—Los Chapiteles.—Baños de Viñanarejo.—Majada la vieja.—Cabañeros.—Baen de la Viñuela.—Miraflores.—Enredaderas.—La-

guna de los cuatro morros.—Umbría del caracol.—Raña de Santiago.—Raña de Mejorada.—Valle de Verzoso.—Risco Bermejo.—Arroyo grande.—Las Povedas.—Navalajára.—Solana de la Vega.—Anchurones.—Codazo.—Robledillo.—Las Encrucijadas.—Solana de la olla del Romeral.—Solana del Pino.—Valdelobillos.—Valdelagata.—Valle de San Salvador.—La Salada.—La torre de los rodeos.—Ojuelos.—Peña del peral.—Las Guadalerzas.—Santo Tomé.—Navaredonda.—Puerto Albarda.—El Navajo.—Martin Muñoz.—Solana del Vallejo.—Valle del puerto.—Espinazo del can.—Malamonedilla.—La Porrilla.—Las Muelas.—El Sumaral.—Valdelaosa.—Canto menudo.—Bullaquejo de Pata.—La Hondonada.—Sierras Prietas.—Valdepalacios.—La Cicuta, etc., etc., etc.

Solo el Real valle de la Alcudia, tiene enclavados en su seno *ciento veinte* cuarteles de caza y pasto que miden *ochenta y cinco mil ciento sesenta y cinco* fanegas de tierra, y la provincia de Toledo tiene *noventa y una* dehesa.

La memoria recordando y la mano escribiendo se cansan y fatigan, cuando se trata de hacer una estadística de los cazaderos de la Mancha; y ya hemos dicho que hemos olvidado dos terceras partes en el fondo de nuestro tintero, y temerosos de que nos suceda lo mismo con los nombres de sus propietarios, muchos de los cuales nos honran con su amistad, no los consignamos aquí, por temor de cometer algun olvido involuntario; pero les enviamos un recuerdo cariñoso desde el fondo del alma, y les ofrecemos que algunos de ellos irán apareciendo en las páginas de este libro á manera que avancen estos relatos venatorios. Queda consignado pues, que la Mancha nada tiene que envidiar á las demas provincias de España, aunque desgraciadamente ha tenido pocos historiadores que la hagan justicia.

En cuanto á la hospitalidad, una de las virtudes más hermosas del alma, los manchegos la practican como nadie; yo siempre he encontrado algo en el hogar manchego, que me recuerde las bodas de Camacho, que espumaban del cocido gallinas enteras.

La hospitalidad en la Mancha es sagrada como en Polonia, es un deber que les impone el santo código de la caridad, el señor está siempre dispuesto á sentar á su mesa al pobre peregrino en el sitio de preferencia. Los manchegos tienen encarnada en la sangre esa hidalguía proverbíal de nuestros caballeros de la Edad Media, cuyo feudalismo consistia en ejercer la hospitalidad y amparar al desvalido. Cuando un manchego os abra las puertas de su casa y os brinde con un sitio en su mesa, podeis aceptarlo sin recelo, porque desde aquel momento, os considerará como el Benjamin de la familia, como el niño mimado del hogar doméstico; podeis pedirle todo cuanto os haga falta como si os encontrarais en vuestra casa, con la seguridad de que vuestra franqueza ha de servir de grata satisfaccion á vuestro huesped.

La hospitalidad en la Mancha es una ley tradicional del hogar, una segunda naturaleza. El rico y el pobre la ejercen de igual modo, salvo la diferencia que establecen las fortunas. Cuando llega el momento que vais de

casa en casa, repartiendo apretones de manos, y dando el adios de despedida, es preciso preparar el estómago, porque de seguro, los manchegos, os obligan á tomar alguna golosina sumamente agradable para probaros que aunque les abandonais, los lazos de la cariñosa amistad, continúan firmes y unidos como el primer dia. En estos casos es preciso comer sin acordarse de las indigestiones, porque bien vale una indigestion el conservar la amistad de los manchegos.

La gratitud, la verdad y la justicia, han movido los puntos de nuestra pluma, miéntras hemos escrito el presente libro. Sus páginas no son otra cosa que un recuerdo cariñoso dedicado á nuestros compañeros de caza. Sus nombres irán apareciendo en el trascurso de estas históricas narraciones venatorias, para recordarnos mutuamente esas horas de inefable placer, trascurridas en las poéticas soledades de los montes.

Terminaremos la presente introduccion, diciendo, que cuando en Enero de 1876 publicamos nuestra obrilla *Los Cazadores,*

ofrecimos, si era acogida con cariño por el público, dar á la estampa otra nueva coleccion de episodios cinegéticos que dormian tranquilamente en el fondo de nuestra cartera de viaje.

La benevolencia de la prensa, las repetidas instancias de nuestros amigos y la multitud de cartas que hemos recibido, nos obligan á que hoy sea una realidad lo que entónces fué una promesa.

El nuevo libro que publicamos con el título *La Mancha*, es un hermano del que publicamos en 1876, titulado *Los Cazadores;* tiene su misma fisonomía, la misma *sangre corre por sus venas*, si se nos permite esta apreciacion anfibológica; y podemos asegurar á los aficionados á la escopeta, sin temor de defraudar sus esperanzas, que leyendo sus páginas encontrarán algun solaz y esparcimiento que les entretenga en sus ratos de ocio.

Despues de ésto, poniendo punto final á esta introduccion, entremos de lleno en el asunto que nos ocupa.

LA TORRE DE ALBAR RUIZ.

NARRACION VENATORIA DEDICADA AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR MARQUÉS DE VALDEGUERRERO.

Querido Marqués: usted sabe el refran que dice: *No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague*. Este refran es una amenaza constante para todos aquellos que ofrecen algo confiando en un largo plazo y se olvidan que el tiempo no detiene por nada ni por nadie su marcha, que el plazo llega y es preciso cumplir lo ofrecido.

Usted recordará que en el número de la *Ilustracion Venatoria* correspondiente al 10 de Febrero de 1878 se publicaron unos párrafos suscritos por mí, que decian:

«El marqués de Valdeguerrero es un cazador perfecto, que practica la hospitalidad con la hidalguía de un cumplido caballero. Es un ángel que tiene de vez en cuando rugidos de leon. Yo fuí á

cazar con él por ocho dias y me estuve cuarenta, porque su amistad atrae como el iman. Al separarme de su lado sentí un gran desconsuelo en el corazon. Regresé á Madrid y entré en mi casa dando vivas á la Mancha y á los manchegos; tan gratos eran los recuerdos que se albergaban en mi alma.

»Allí, en medio de aquellos feraces y hermosos montes, bajo la sombra de aquellas seculares encinas y colosales carrascas, aspirando el perfume del romero, el tomillo y el árnica, recorriendo con la escopeta al hombro los montes de la *Torre de Albar Ruiz*, *La Alameda*, *El Deheson de Arteseros* y *La Quejola*, que abarcan muchas leguas de terreno, pero que se hallan unidos como buenos hermanos, he pasado los mejores dias de mi vida de cazador. Cuando publique el segundo tomo de mis episodios venatorios, dedicaré un cariñoso recuerdo á todos aquellos compañeros que formaron parte de la expedicion, y cuya amistad franca y desinteresada conservo en el santuario de mis recuerdos.»

Esto dije, y voy á cumplir lo que ofrecí narrando nuestra expedicion á su hermoso monte de la Torre de Albar Ruiz, con la sencillez propia de un libro dedicado á la venatoria, porque á los cazadores, para quienes escribo, les gusta más la franca rudeza del hombre de campo que la gravedad estética de los académicos.

Reciba usted, mi querido Marqués, como un lazo de fraternal amistad que deje unidos nuestros nombres aún despues de la muerte, el modesto trabajo literario que le dedica su cariñoso compañero de caza,

Escrich.

Madrid 15 de Octubre de 1881.

LA TORRE DE ALBAR RÙIZ.

CAPÍTULO I.

La invitacion de un cazador de pura raza.

Llegaba el mes de Febrero de 1877 á la mitad de su carrera, cuando recibí una carta de D. Manuel Sandoval invitándome para una expedicion de caza.

El contenido de la epístola venatoria era tan cariñoso, tan franco; los planes de la expedicion descritos con tan encantadora sencillez, tan seductores; y yo, tan aficionado á la escopeta, que aunque no tenía el honor de conocer al marqués de Valdeguerrero personalmente, pero sí por su renombre de famoso cazador, cogí la pluma y le escribí la siguiente contestacion, sin pararme en perfiles poéticos ni flores retóricas:

Vuelvo de una expedicion,
y al entrar en mi despacho,

hallo con satisfaccion
una carta invitacion
para la caza del macho.

—

La fechan en San Clemente
y la firma Sandoval,
cazador impenitente,
muy práctico, muy corriente,
muy franco, muy principal.

—

Decirle que nó, sería
faltar á la cortesía;
y yo tengo bien probado
que nadie á fino y delgado
me ha ganado todavía.

—

Tratándose de cazar
acepto sin vacilar;
y armado como Bernardo
ya sus órdenes aguardo
impaciente por matar.

—

Y aunque sobra quien presuma
que á este cazador poeta,
á quien el trabajo abruma,
tedio le inspira la pluma
y adoracion la escopeta.

Tal vez al juzgarme así
dicen verdad con franqueza,
que es el cazar para mí
segunda naturaleza
que desde niño adquirí.

—

Llevaré dos *perdigones*
que son una maravilla
para comer cañamones,
y que en tierra de Castilla
me han dado mil desazones.

—

Cuando está en su fuerza el *celo*
cantando son un primor;
en fin, dos machos al *pelo*,
de esos que dan un *camelo*
callándose á lo mejor.

—

Por cuya razon se infiere
que yo, que lógica guardo,
valga por lo que valiere,
le llamo al uno *Petardo*
y al otro *Canta si quiere*.

—

Con este par de alimañas
y envuelto con su capote,
un zurcidor de patrañas

irá pronto á romper cañas
al país de D. Quijote.

—

Y pues me invita galante
quien tiene caza á destajo,
me conocerá al instante
por arriba y por abajo,
por detrás y por delante.

—

Hago aquí punto final,
y á D. Manuel Sandoval
la invitacion agradezco;
y cual cazador le ofrezco
mi amistad franca y leal.

—

Poniendo á Dios por testigo
que en Madrid como en *Munich*,
y en la Mancha como en Vigo,
puede contar por amigo
á Enrique Perez Escrich.

A estas quintillas me contestó el marqués: «Salga usted en el tren mixto de Alicante á las siete de la mañana el dia 2 de Marzo; yo esperaré á usted en la estacion de Albacete.»

Desde este instante sólo me ocupé de los preparativos para la expedicion; dispuse la maleta, la cartera y el tintero de campaña, mi caja de muni-

ciones; participé á mi perro, *Pinto*, la fausta nueva, y la mañana prefijada me acomodé en un coche de primera saboreando el risueño porvenir que me sonreia en lontananza.

Como he dicho, yo no conocia al marqués personalmente; al llegar á la estacion de Albacete me asomé á la portezuela de mi coche, porque oí una voz que pronunciaba mi apellido.

El que me llamaba era un hombre alto, fornido, cuyo semblante agraciado y risueño se perdia bajo las anchas orejas de una montera de pellejo. Su traje se reducia á un chaqueton de paño de Santa María de Nieva con coderas de badana, un pantalon bombacho, unos botines de cuero y una enorme faja colorada que le llegaba hasta la mitad del pecho.

Al pronto creí que aquel hombre era un guarda que me estaba esperando por encargo del marqués y le llamé; él se acercó, me miró con fijeza, y sonriéndose dijo:

—¿Es usted Escrich?

—Yo soy, le contesté.

Y cogiéndome, no con poco asombro mio, por debajo de los brazos, como pudiera hacerlo con un niño de dos años, me levantó en vilo y me condujo hasta uno de los faroles que pendian de la pared de la estacion.

Una vez allí me miró con cierta curiosidad, y dejándome en el suelo, me dijo:

—Muchas ganas tenía de conocer á usted.

—Pero bien, ¿quién es usted? le pregunté.

—Soy Manolo Sandoval, ó el marqués de Valdeguerrero; como usted guste.

Y soltando una ruidosa carcajada me abrazó de nuevo, diciendo:

—Usted creia encontrarse con un marqués vestido de cazador á lo *Hernani* y se encuentra con un cazador cuyo traje nada tiene que envidiar un matutero. Yo tengo algo de los filósofos de los buenos tiempos de Grecia; me ocupo poco del traje; dicen que *el hábito no hace al monje*, pero como usted es un cazador de pura sangre, y yo me precio de serlo tambien, confio que con el tiempo seremos buenos amigos.

—Y lo somos desde este momento, marqués, añadí; la llaneza es un perfume que despeja los sentidos, y la pedantería los embota.

—Perfectamente.

El marqués, llamando á uno de sus criados para que se encargara de mi equipaje, añadió:

—Usted traerá hambre, y en la fonda nos espera la céna; luégo iremos al casino, pues algunos amigos desean conocerle, y tomaremos café con ellos.

—Desde este momento, añadí, no tengo voluntad propia. Usted dispone de mí como guste; puede hasta secuestrarme si se le antoja.

—Fama tienen entre el bandolerismo los montes donde vamos á cazar, repuso el marqués, pero á

los ladrones les da un poquillo de asco la *Torre de Albar Ruiz* cuando la habitan los Sandovales; de modo que por esa parte no hay cuidado.

Miéntras cenábamos vino á visitar al marqués un tratante en caballos, llamado Ramon Velasco, que era gran aficionado á la escopeta, y adorador de los Sandovales. Velasco nos acompañó en la expedicion.

Este hombre me fué simpático desde el primer momento; su lenguaje era vehemente y florido á su manera; su rostro conservaba las líneas características de la raza nómada que vino de Egipto y se instaló en España desde la dominacion de los árabes. El marqués me dijo luégo que tenía en Velasco una confianza completa, y que le encargaba todas las compras y cambios de las caballerías de su casa. Velasco, por su parte, hablaba siempre de la familia de los Sandovales con adoracion, y en particular de las hijas del marqués, á las que con un lenguaje lleno de poéticas imágenes, elevaba hasta el quinto cielo.

Yo entónces no conocia á las marquesitas, como las llaman por allí; pero luégo, cuando tuve esa honra, me hallé conforme con todas las apreciaciones de Velasco, encontrándolas pálidas ante aquellas jóvenes con rostro de querubin y alma de ángel.

En el casino permanecimos una hora hablando del tema obligado: la caza. Todo el mundo me in-

vitaba para nuevas expediciones venatorias, pero el marqués reclamó el derecho de primogenitura. Regresamos á la fonda y nos acostamos.

A la mañana siguiente Sandoval entró en mi alcoba y me despertó; la galera estaba enganchada y esperando en el portal de la fonda; me vestí, tomé chocolate, y poco despues el alegre sonido de las campanillas anunciaba á los curiosos de Albacete nuestra partida de la capital.

CAPÍTULO II.

La galera manchega.

La galera es el vehículo tradicional de la Mancha: no tiene reemplazo ni equivalente que la sustituya. Como el trineo en Rusia, la volanta en América, la góndola en Venecia y la tartana en Valencia, representa una necesidad del país que la ha adoptado. Algunos señores manchegos han intentado sustituirla por el coche, el faeton ó el ómnibus, pero no han tardado en convencerse de que era irremplazable volviendo á su antiguo sistema de locomocion, persuadidos que les ofrece más garantías, más seguridades que todos los modernos inventos.

La aclimatacion tradicional de la galera en la Mancha, no es como algunos creen, una economía rutinaria, sino una necesidad cómoda del país.

Yo he visto galeras con las chapetas ó volanderas de las ruedas de plata, de tres libras de peso cada

una, el toldo charolado como el de una carretela inglesa, muelles de doble suspension, almohadones de raso y cristales en las portezuelas. De esta galera tiraban dos mulas negras, verdaderos gigantes en su especie: causaba lástima ver rodar por aquellos infernales caminos un carruaje y un tronco cuyo coste no bajaria de 40.000 reales.

Así como los marinos conocen á larga distancia los buques, por los topes de su arboladura, cuando para los profanos no son otra cosa que un punto perdido en el horizonte; así los manchegos por la alegre trepidacion de las chapetas y las campanillas de una galera, saben á quién pertenece, cuando durante las silenciosas horas de la noche la oyen rodar por las calles del pueblo.

Los manchegos tienen una gran vanidad por sus galeras y sus mulas. La galera es la casa ambulante que les proporciona en el desierto las comodidades apetecidas; nadie sabe cargarlas como los manchegos. Dentro de aquel tubo cilíndrico de lona, con armazon de cañas, montado sobre dos ejes de hierro y cuatro ruedas de madera cabe todo, es un mundo pequeño enganchado á dos mulas, que va por todas partes desafiando con su solidez la áspera rudeza de los caminos y la inclemencia del cielo.

Cuando se ve en uno de esos espaciosos patios de la Mancha, esparcido por el suelo todo lo que debe cargarse en la galera; los indoctos en la ma-

teria, no conciben la colocacion de tantas cosas dentro de un carruaje; creen que aquella faena, es una obra de titanes, la juzgan como un problema de solucion imposible; pero los prácticos siguen tranquilamente su propósito dejando asomar á sus labios una sonrisa de superioridad.

Por fin, el trabajo termina y entónces se ve que todo ha quedado perfectamente colocado y que los viajeros tienen áun libres las banquetas, donde pueden sentarse cómodamente de diez á doce personas.

Para apreciar esta maravilla, es preciso verla. Si Moisés hubiese tenido cien galeras y doscientos manchegos para cargarlas, el pueblo de Israel no hubiera carecido de nada durante su larga peregrinacion por el desierto.

Si se nos permite una frase vulgar, de orígen andaluz, diremos, que dentro de una galera caben *el mar y sus arenas*.

Los manchegos para el tronco de sus galeras eligen con gran detenimiento dos mulas, gallardas, hermosas y nobles, las educan de un modo admirable, obedecen más bien á la voz que á la tiranía de las riendas y de la tralla, y causa verdadero asombro verlas salvar los baches, los obstáculos, los peligros, bajar empinadas cuestas separando el medio cuerpo trasero de la lanza, siempre obedientes á los mandatos del mayoral, que sólo emplea media docena de monosílabos, alguna que otra in-

terjeccion enérgica y los nombres con que se las ha bautizado.

Si se engancharan dos hombres á la lanza de una galera y se les dijese: «Siempre que oigan ustedes ¡oh! tuerzan á la derecha y cuando oigan ¡ráaa! á la izquierda,» estamos seguros que de cinco veces que se les mandara hacer la evolucion se equivocarian tres, estrellando á los viajeros. Las mulas manchegas no se equivocan nunca, saben perfectamente adonde tienen *su mano derecha*, lo cual ignoran muchos racionales; las poquísimas palabras de que consta el diccionario de ese lenguaje *sui generis* que les han enseñado durante su educacion, no las olvidan nunca; esto es, sin duda, porque las mulas no tienen ni acreedores, ni remordimientos, dos cosas que perturban con harta frecuencia á las pobres criaturas en este valle de lágrimas y penalidades.

Cuando la galera rueda por un camino llano y franco y se tiene necesidad de que las mulas demuestren la pujanza de sus riñones y la ligereza de sus piernas, al mayoral manchego le basta para conseguirlo, pasar la vara de la tralla por las cañas del toldo ó batir las palmas como si aplaudiera en un teatro.

Entónces, el paso reposado se convierte en rápida carrera, que termina tan pronto como el mayoral emplea la palabra enseñada para que se paren en seco.

Yo he viajado mucho en galera por caminos imposibles, y puedo asegurar que siempre he salido incólume de mis expediciones, excepto la natural molestia que produce al cuerpo una larga jornada.

Un tronco de mulas bien educadas y un mayoral versado en la materia, son una seguridad protectora de los huesos del viajero.

Salimos de Albacete á las ocho de la mañana: el dia estaba hermoso, lleno de luz, de sol, de horizontes despejados; el poético preludio de la primavera asomaba su risueño semblante por todas partes. El campo, verde como las esmeraldas peruanas, fecundizado por un sol primaveral, elevaba ese himno de la esperanza, que da fuerza al espíritu del labrador, vaticinándole una abundante cosecha.

El marqués iba sentado en el pescante de la galera junto al mayoral, Velasco y yo en los asientos inmediatos. La nueva carretera de Jaen debia conducirnos al monte *La torre de Albar Ruiz.* Mi perro, Pinto, corria y saltaba haciendo mil evoluciones, ladrando por delante de las mulas. Su alegría era inmensa, el instinto le hacía presentir que iba á morder mucha caza, su única ambicion, su sueño dorado.

El marqués llevaba la escopeta colocada sobre las rodillas, con las llaves en el seguro y dispuesto á hacer fuego á todo *bicho viviente* que tuviera el atrevimiento de presentarse al alcance de sus per-

digones; esta es su costumbre, y en su larga vida de cazador, ha muerto mucha caza desde el pescante; porque la galera del marqués, durante los viajes, no es otra cosa que una batería que va vomitando fuego por todas partes: yo la llamo la ametralladora.

La perdiz no se *revuela* ni espanta por el volúmen de un carruaje, ni por el ruido de las campanillas, cruza los caminos sin sobresalto y se detiene colocándose sobre algun ribazo para contemplar con cierta curiosidad femenina, á aquel objeto que se le acerca; esta curiosidad es causa muchas veces de su muerte; porque los perdigones la sorprenden ántes de que pueda explicarse el peligro que la amenaza, y encontrar la salvacion en la fuga.

Al emprender nuestro viaje, cuando dejamos á la zaga de nuestra galera las últimas casas de Albacete, se comenzó á hablar de las excelencias del monte. *La torre* que iba á ser campo de nuestras proezas.

Velasco llevaba la palabra con su lenguaje florido y lleno de imágenes hijas de una retórica particular suya. Su conversacion era exorbitante en colorido y vigor. Yo saboreaba con delicia aquel *caló* y aquel modo de adjetivar, desesperante para un académico por la sobriedad gráfica de sus apreciaciones.

El marqués aprobaba con un movimiento de ca-

beza y se sonreia de las apreciaciones de Velasco, y los dos le escuchábamos con gusto, olvidando el tiempo siempre largo para el cazador, que va en busca del monte codiciado.

Segun Velasco, el monte *La torre de Albar Ruiz*, habia perdido mucho de su carácter primitivo, con la construccion de la nueva carretera: los barrenos que hacian saltar en mil pedazos las rocas, la corta de las encinas, la aglomeracion de trabajadores, habian ahuyentado de aquellas fragosidades las reses y los lobos; y la Guardia civil y el telégrafo eléctrico, habian contribuido, no poco, á que fueran siendo escasos en aquellas sierras los *heroicos* émulos de Caco, de los que contaba muchas historias peregrinas. A pesar de ésto, Velasco afirmaba que habia una gran abundancia de caza menor y no pocas zorras y gatos monteses, en el monte *La torre de Albar Ruiz*.

Despues de hablar del cazadero, comenzó á hablarme del marqués, como si quisiera ponerme al corriente de los dotes de mi anfitrion. Para Velasco, los Sandovales atesoraban todas las perfecciones de la tierra: pero entre los Sandovales habia uno que era su santo predilecto: D. Ramon, hermano del marqués.

Segun Velasco, en las cuatro provincias manchegas, no habia un hombre que pudiera compararse con D. Ramon. D. Ramon era el mejor cazador, el más simpático, más noble, más generoso, más va-

liente y más duro para las fatigas. Empleando su lenguaje florido, decia:

—«D. Ramon vale más que toda la familia, y eso que vale mucho el señor marqués: cuando don Ramon se enfada, tiene en la mano derecha la *muerte* y en la izquierda la *sepultura.*»

El marqués me güiñaba el ojo como para prevenirme de la tempestad que iba á desencadenar sobre la cabeza de Velasco, y agarrándole con sus hérculeas manos por el cuello reclamaba entre carcajadas el derecho de primogenitura.

Velasco se reia tambien, y amoratado por la presion de aquellos dedos de hierro, que le rodeaban la garganta, repetia con apagado acento:

—Usted podrá ahogarme, pero yo al dar las boqueadas, diré, que D. Ramon es el primer hombre que existe bajo la capa del cielo.

Afortunadamente, aunque aquellos conatos de estrangulacion se repitieron varias veces durante el camino, el marqués nunca terminó la suerte, dejando bastante vida al reincidente Velasco, para hacer nuevas apologías de su santo favorito; es decir de D. Ramon Sandoval.

Por fin, despues de siete horas de galera, llegamos al término de nuestro primer viaje.

CAPÍTULO III.

La torre de Albar Ruiz.

Sobre la elevada meseta de un cerro, y dominando un profundo valle, que riega y fecundiza el rio *Alameda*, se alza como una paloma blanca que arrulla sus amores, entre encinas y chaparrales la antigua torre de *Albar Ruiz.*

El orígen de este edificio se pierde en la oscura noche de los tiempos: es una atalaya de las que construian los romanos en los puntos elevados de sus vías militares. Desde las toscas almenas se domina el monte y la vega; es un ojo avizor siempre dispuesto á espiar á los enemigos desde grandes distancias. En vano hemos procurado averiguar porqué aquella torre de construccion romana se llama de *Albar Ruiz*, nombre clásicamente español; nadie lo sabe, pero se supone que despues de la dominación de *los hijos de la loba* en España, la atalaya se convirtió en castillo feudal por derecho de

conquista, y entónces tomó el nombre del señor aquel nido de águilas.

La torre romana tiene en la actualidad dos edificios nuevos pegados á sus muros laterales; en el de la derecha, mirando de frente á la fachada principal, viven los guardas y los trabajadores de la vega; en el de la izquierda, el marqués y sus amigos; detras se hallan los establos y los *tinados* para el ganado. Delante de la puerta se halla un espacio ancho, llano, especie de salon, al aire libre, que termina y cierra una barbacana de piedra; asomado á este balcon se ve la vega á unos cincuenta metros de profundidad, verde como un campo sembrado de esmeraldas y el rio *Alameda* que culebrea como una cinta de plata. A la parte opuesta de la vega se alzan unas elevadas rocas, madrigueras de gatos monteses, que de vez en cuando se les ve saltar por aquellos derrumbaderos inaccesibles al pié del hombre. A lo léjos, como á un kilómetro de distancia y enclavado en el fondo de la vega, alza sus blancos muros un molino harinero, rodeado de álamos y copudas encinas. Por las feraces laderas que descienden hácia el valle, aprisionándolo como una madre cariñosa con sus brazos, pacen rebaños de ovejas, piaras de cochinos, bueyes, vacas, mulas y yeguas.

Yo contemplaba á la poética luz de la tarde de aquel hermoso dia, el panorama encantador que se desplegaba ante mis ojos, y al mismo tiempo as-

piraba con delicia el puro ambiente de las montañas.

—Ah, exclamé hablando conmigo mismo, si algunos que yo conozco en Madrid, se les trasportara aquí con los ojos vendados y colocándoles en el sitio que yo ocupo, se les arrancara la venda y se les dijera: «Mirad», de seguro, al extender sus ojos por estos horizontes se creerian en la inculta y feraz Sierra-Morena; y al decirles: «Os hallais en la Mancha», sería muy difícil convencerles de su error.

El marqués tenía dos huéspedes en la torre, don Cárlos Mondejar, ingeniero, y D. Juan de Mata y Camuñas, notario; nos presentó mutuamente, nos estrechamos las manos y desde aquel momento quedamos amigos, porque la amistad se estrecha pronto entre cazadores.

Entremos en la torre: detengámonos en la anchurosa cocina que sirve de recibimiento. La blancura de sus paredes hiere la vista, los dos grandes *camastros* situados á los lados de la enorme chimenea, convidan á tumbarse en ellos; aquellos asientos-camas de orígen árabe, tienen toda la voluptuosidad de los divanes del harem; cuando uno se apodera de ellos, no se atreve á dejarlos, temiendo cometer una infidelidad á la regalada diosa de la pereza; se encuentra uno tan bien que no se decide á abandonarlos. Comprendo que un cazador, cansado despues de un dia de fatigas venatorias, se

apodere de un *camastro* manchego y cometa la grosería de no dejarlo, aunque se lo pida por el amor de Dios un padre jerónimo.

Las cocinas manchegas de las casas de los grandes señores aún conservan el carácter del feudalismo, pero *un feudalismo democrático y patriarcal*, su limpieza deslumbra; en vano se buscaria una mancha en el mismo sitio donde se están condimentando cinco ó seis manjares á la vez: todos los dias blanquean con cal los pilares que sostienen la ancha y tradicional chimenea de campana, pintan de encarnado los ladrillos y de negro el hueco ó *fraile* por donde sale el humo. La cocinera manchega tiene tal adoracion por su cocina, que emplea en ella el más refinado coquetismo.

Entramos en el comedor, que era una habitacion inmediata á la cocina con una gran reja al monte. La mesa estaba servida, y puedo asegurar, que nunca he recibido una impresion más grata qué la que me produjo aquel escaparate de la glotonería, tan admirable y artísticamente preparado.

Conté los postres que campeaban sobre los blancos é irreprochables manteles; eran doce, porque los manchegos son muy dados á las golosinas, en lo que estoy de perfecto acuerdo con ellos; no hay mesa manchega, de señor medianamente acomodado, donde no se encuentren conservas, bollos, mantecados, queso, natillas, frutas secas, almen-

dras, pasas, encurtidos apetitosos, que son un preludio encantador para los estómagos.

Yo por mi parte sé decir, que todos los manjares del mundo no bastarian para convencerme de que habia comido, si no viese en la mesa por lo menos cuatro postres. Para mí la comida la constituyen los postres, el café y el cigarro; en este punto soy partidario de los árabes y los americanos; comer suculentos platos y terminar la comida con unas cuantas hojas de fresca escarola, no es comer.

La mesa del marqués de Valdeguerrero, en medio de aquellas agrestes soledades, me recordó el episodio del Quijote de las Bodas de Camacho; á mis ojos se presentaba un porvenir agradablemente risueño; andando el tiempo he tenido ocasion de persuadirme de que en la Mancha se come bien, y si yo no he podido engordar, no ha sido culpa de mis cariñosos anfitriones, sino de mi naturaleza, porque, sabido es, que hay criaturas á quienes el agua engorda y criaturas á quienes los cebados pavos enflaquecen.

El marqués, Mondejar el ingeniero, D. Juan Mata, el notario, Velasco y yo nos sentamos á la mesa. Comimos con el apetito propio de cazadores que respiran el saludable ambiente del monte y tienen delante una perspectiva de color de rosa. Bien es verdad que la limpia y entendida cocinera del marqués posee á la perfeccion el arte culinario, y

durante nuestra permanencia en aquel desierto, hizo prodigios que hubieran causado la envidia y el asombro del cocinero del Café inglés de París, que, segun la fama, es la ciencia infusa del arte culinario moderno.

Yo siempre me acuerdo de Olaya, que es el nombre de la cocinera; muchas veces cuando cómo mal, cierro los ojos y le dedico un recuerdo exhalando un suspiro, porque cuando se ha disfrutado cuarenta dias de la cocina de Olaya, queda eternamente en el paladar el sabor de sus guisos. No se olvidan nunca.

Despues de tomar café junto á la chimenea, porque hacia frio, el marqués dispuso con los guardas la expedicion del dia siguiente: debiamos cazar el reclamo por la mañana y despues del almuerzo emprenderla á *mano* contra las perdices y las liebres.

Todos cuantos le conocen, saben que el marqués de Valdeguerrero es un gran cazador, nunca las perdices han tenido un enemigo más temible. Duro para la fatiga, con una aficion sin rival y una naturaleza á prueba de tabardillos, huracanes y nevadas, desde muy jóven su vida ha sido una batalla venatoria continuada; para *cobrar* una perdiz de *torre* no necesita perro, le basta fijar una mirada en la mata donde dió la caida, y se va recto hácia la pieza como si la perdiz le dijera: «Aquí estoy, ven á cogerme». Recuerdo un dia que yo

maté una perdiz y fué á caer en la cumbre de un cerro.

—Ya sé donde está—me dijo,—cuando demos la *mano* por *arriba* la cogeré si no se la han comido las alimañas.

Y efectivamente, cuando yo ya no me acordaba de la perdiz me dijo señalando una mata.

—Ahí tiene usted la *perdigona* de ántes.

Confieso que siempre he envidiado la infalibilidad, la certeza en la mirada del marqués de Valdeguerrero.

A las diez de la noche, como era preciso madrugar, cada mochuelo se fué á su olivo. Mondejar y yo nos fuimos juntos al mismo nido, porque se nos habia destinado para los dos un salon, en donde hubieran podido dormir cómodamente doce cazadores.

Yo me alegré tener un compañero tan ilustrado y tan aficionado á la escopeta como Mondejar, y aunque muchas veces reñiamos batallas oratorias, estableciéndose entre los dos un perfecto desacuerdo, no por eso dejamos de ser nunca buenos camaradas, si bien, muchas veces recurriamos al marqués para que resumiera el debate; como dicen los políticos.

En cuanto al notario D. Juan Mata, con ese no disputaba nadie, era la tolerancia personificada y en sus labios se hallaba perpetuamente jugueteando una sonrisa bondadosa. D. Juan habia nacido para decir que sí siempre.

CAPÍTULO IV.

El toque de diana y el cazador de oficio.

Me hallaba yo profundamente dormido, cuando me despertó sobresaltado el redoble de un tambor que sonaba con estrépito junto á mi cama. Sin saber cómo y á impulso de los nervios me encontré sentado, y despues de restregarme los ojos, logré por fin ver en medio de la sala al marqués de Valdeguerrero en calzoncillos, con la camisa despechugada y descalzo, con un enorme tambor del tiempo de la primera guerra civil, antigüedad histórica que habia hecho conducir el marqués á la torre para tocar diana y despertar á los cazadores en remplazo sin duda de la trompa venatoria.

El ingeniero Mondejar, mi compañero de cuarto, que sin duda estaba acostumbrado á las *dianas* del marqués, permaneció tranquilamente en su cama.

Hacía mucho frio. Yo, repuesto del susto volví

á zambullirme entre las mantas y las sábanas, tiritando y asombrándome de cómo el marqués habria venido en paños menores de su habitacion á la nuestra, sin haberse quedado hecho un sorbete en los corredores de la torre.

—Arriba, señores, que esta mañana hay que hacer los *puestos* un poco léjos, dijo el marqués dando un segundo redoble como para ahuyentar del todo las reminiscencias del sueño matinal.

Nuestro alegre y estrepitoso anfitrion, despues de esto, salió seguido de un guarda que habia dejado una luz sobre la mesa; yo encendí un cigarro y comencé á hacer coraje para vestirme.

Mondejar me dió los buenos dias y se sentó en los bordes de la cama, limpió los cristales de sus gafas, se las puso y cogió la escopeta que tenía junto á la cabecera.

Yo le miraba y fumaba, cuando de pronto me llamó la atencion que Mondejar se puso en pié y comenzó á apuntar con su escopeta, primero al techo, luégo al suelo y despues á derecha é izquierda; pero todas estas evoluciones las hacía con la rápida desenvoltura y los enérgicos movimientos del cazador que ve arrancar la pieza dentro de la jurisdiccion de sus cañones.

Yo, entónces, no tenía el gusto de conocer á Mondejar, le habia visto la noche ántes por primera vez; y confieso francamente, que aquella gimnasia de escopeta, nueva para mí, aquellos dos

cañones que me apuntaban y volvian á apuntarme, aquel hombre alto, fornido, de rostro sano, color vivo, con las gafas puestas, el cabello en desórden, en calzoncillos y en mangas de camisa, comenzaron á sobresaltarme.

Viéndome el blanco de la puntería del ingeniero y no sintiendo una gran vocacion por morir fusilado, me incorporé en la cama y le dije.

—Eh, compañero; por si está la escopeta cargada, le participo á usted que soy un padre de familia.

Mondejar continuó con vertiginosa rapidez sus evoluciones, diciendo al mismo tiempo para tranquilizarme:

—Está descargada; esto es un poco de gimnasia que hago todas las mañanas, para desentumecer los miembros.

Tranquilo con estas palabras, me vestí y salí á la cocina.

Allí estaban ya el marqués, D. Juan Mata y Ramon Velasco, arreglando los *cuchichís*, porque la base de la cacería era el *reclamo macho:* cacería á la que muestran gran predileccion los manchegos, teniendo por costumbre irse al monte á pasar un mes, durante el *celo*, acompañados de sus familias.

Si la ley de caza prohibiera en absoluto el *reclamo* de perdiz, muchos señores manchegos descuajarian sus montes, convirtiéndolos en tierras de labor. En la Mancha se ha llegado á dar un

par de mulas de primera, por un *reclamo* de perdiz *macho*; es increible la pasion, el entusiasmo que sienten por este sistema de cazar; están todo el año hablando del tiempo del *celo* y comienzan un mes ántes á hacer los preparativos de la expedicion, con el mismo esmero, con el mismo amoroso afan, que una muchacha cuando arregla los trapitos para casarse.

Para ser un buen cazador de *jaula*, se necesita mucha inteligencia, gran práctica y no ménos conocimiento del terreno donde debe hacerse el *tollo.*

Las perdices, como todos los animales silvestres, son rutinarias y tienen querencias infalibles. Muchas veces, una tronera mal hecha ó mal colocada, es causa de que el cazador pierda el tiempo y el reclamo se desespere.

El verdadero aficionado al reclamo, no se mete jamás en un tollo sin examinarlo ántes con escrupuloso detenimiento, *retapar el puesto* es matar.

Es muy útil tambien para el cazador de reclamo, saber tocar con perfeccion el pito que imita á la perdiz.

Muchas veces las que no entran al reclamo de carne que está en la jaula, entran al reclamo de madera que toca el cazador.

El marqués de Valdeguerrero, como asimismo todos sus hermanos, son maestros en el arte de tocar el reclamo; pero el marqués tiene un cazador de Munera, llamado Cristóbal Rodrigo, que ade-

mas de ser el maestro de los maestros, con el pito en la boca, es el hombre más inteligente que he conocido en la caza del reclamo de perdiz; bien es verdad que en Munera todos son buenos cazadores, hasta las mujeres. Si en España hubiera tiro nacional, como en Alemania, y se diera en premio al mejor tirador una casa valuada en 30.000 duros, como hacen en aquella nacion civilizada, de seguro que todos los años se llevaria el premio algun vecino de Munera.

Cristóbal es un hombre que tendrá en la actualidad sesenta años y hace treinta que está al servicio del marqués. Ha vivido siempre de su escopeta manteniendo á su numerosa familia, llegando á economizar para la compra de un par de mulas, y algunas tierras que cultivan dos de sus hijos; porque Cristóbal es la honradez personificada vestida de paño pardo y cubierta con una montera de pellejo.

Cristóbal usa una escopeta de piston, que fué de chispa, larga como una espingarda y reforzada con algunas abrazaderas de alambre, puestas por él; tiene tal cariño á su escopeta, que no la cambiara por una inglesa, de Mantton, del sistema central.

Una vez le enseñaron una escopeta Chekebore, de ampliacion entera, que habia costado 8.000 reales en Lóndres; era una arma preciosa de gran alcance. Cristóbal la examinó con calma, moviendo

la cabeza de arriba á abajo, como admirado del arma que tenía entre sus manos, de pronto arranco una liebre y Cristóbal hizo fuego, la liebre siguió corriendo.

—Esto no mata, dijo Cristóbal.

—Cómo ha de matar, sino la ha apuntado usted, le dijo el dueño de la escopeta.

—¿Pues qué, con estas escopetas que tanto cuestan, es preciso apuntar? preguntó Cristóbal.

—Quien lo duda.

—Ah, pues entónces, si hay que apuntar para matar la caza, me quedo con la mia.

No es posible convencer á Cristóbal de las ventajas de las modernas armas de precision, lè costó gran trabajo pasar de la chispa al piston; pero lo que es del piston no le saca nadie.

Cuando Cristóbal caza *á mano*, lleva el arma debajo del brazo y camina con la mirada en el suelo como si buscara algo que se le hubiera perdido; sus ojos jamás se fijan en el horizonte, temiendo sin duda que la luz del cielo le deslumbre.

Cuando *arranca* una perdiz conoce por el ruido la distancia, si no la cree dentro del radio de su escopeta, ni siquiera se toma el trabajo de levantar los ojos del suelo; pero cuando se echa el *arma á la cara*, la pieza es muerta, no hay apelacion: Cristóbal mata siempre.

Algunas veces, cazando los dos *á mano*, le he dicho:

—¿Por qué no ha tirado usted esa perdiz que *arrancó* por la derecha?

—Porque no es para mí, me contestaba sonriéndose.

Lo cual era decirme:

—Esas son para ustedes, que gastan pólvora en salvas, que vienen al monte hambrientos de hacer fuego y lo tiran todo, confiando que un perdigon loco, dará en la carne en vez de dar en el mundo.

Cristóbal es un hombre de mediana estatura, flaco, descarnado, rostro curtido, fisonomía expresiva; sus pequeños ojos se agitan dentro de las órbitas con increible viveza; cuando relata algo de caza, sus facciones se mueven; él imita, como nadie en el mundo, la *entrada* de las perdices en la *plaza;* entónces su cuerpo se estira y se encoge, parece efectivamente que se está viendo lo que describe; su cuerpo imita á la perfeccion los movimientos de la perdiz y su garganta la interminable variedad de su canto; porque es tan perfecto reclamista, que aunque el *macho* de la jaula sea un mochuelo, Cristóbal mata perdices; cuando hay que *campear* un *pollo* se le da á él; cuando se trata de quitar los resabios á un *macho viejo*, se le da á él. ¿Qué importa que el *macho* de la jaula *no diga una palabra?* Cristóbal *habla* y las perdices del campo acuden á la muerte.

Cristóbal, es un verdadero cazador, un hombre de la naturaleza; ni tiene frio en invierno, ni ca-

lor en verano; lleva el mismo traje en Enero que en Julio; chaqueta de paño pardo con mangas estrechas y cuello derecho, chaleco de escote cuadrado y calzon corto del mismo paño, medias azules de estambre, albarcas de piel de toro, montera de piel de zorra y capote pardo con mangas, forrado de bayeta verde, color tradicional en la Mancha entre la gente del campo.

Lleva la pólvora en una bolsa de paño, los perdigones en un saquito de badana, los pistones en un alfiletero de metal y un pedazo de soga de esparto colgada á la cintura para los tacos.

La pechera de su camisa, va siempre desabrochada, enseñando un trozo de luna en menguante de color de membrillo cocido y rodeada de pelos.

Cristóbal, es un hombre limpio, alegre, servicial; desconoce esa insoportable vanidad de los cazadores de oficio, que se creen que nadie tira, ni come, ni anda como ellos y que miran con cierta sonrisa despreciativa á los cazadores de Madrid. Nuestro héroe, por el contrario, cuando tira y mata, que es siempre, dice:

—Es una casualidad.

Yo confieso que he pasado ratos muy entretenidos cazando con él y que me ha enseñado muchas cosas que ignoraba, á pesar de mi antigua aficion á la escopeta y á los libros.

Una tarde volaron de una mata dos pájaros que

yo al pronto creí gorriones y le pregunté con extrañeza:

—¿Gorriones en este sitio?

—No son gorriones, son *cabuzones*, me contestó Cristóbal; esos pajarillos imitan perfectamente el canto de la perdiz y viven con ellas. Muchas veces los cazadores se engañan y creyendo que tienen la perdiz cerca se cansan, y el que canta es un *cabuzon*.

Otro dia nos hallábamos los dos en un *tollo:* una *hembra*, recelosa, pasó varias veces por delante de la jaula *á peon*, con una velocidad increible; el *macho* se desesperaba viendo aquellos paseos fantasmagóricos: Cristóbal me dijo:

—Cuando vuelva á pasar *párela usted.*

Yo me eché á reir, no comprendia cómo desde el puesto puede un cazador parar una perdiz que pasa á la carrera.

—Pues entónces la *pararé* yo, para que usted la tire, dijo Cristóbal; esté usted preparado porque va á venir.

Y efectivamente, la perdiz venía á la carrera; cuando estuvo al pié de la jaula Cristóbal hizo *pscht*, y la perdiz se paró en *seco*, mirando hácia la *tronera*, y saliendo á vuelo como alma que llevan los malos.

—¿Por qué no la ha tirado usted? Me preguntó haciendo un gesto de desagrado.

—Porque no he tenido tiempo para ello, le contesté; apénas se paró, la ví salir á vuelo.

—Pues bien, prepárêse usted, porque voy á traerla.

Y sacando un pito de una bolsita de paño, comenzó á tocar, porque el *macho* de la jaula se habia callado y no hacía más que *alambrear* y dar saltos.

Eféctivamente, la perdiz volvió atraida por el reclamo de Cristóbal; yo estaba preparado y con mucha atencion; pasó á la carrera como siempre; pero Cristóbal la chicheó y al pararse hice fuego.

—Eso es, dijo Cristóbal, viendo la perdiz muerta en medio de la *plaza*, ahora verá usted cómo el reclamo de la jaula se tranquiliza y vuelve á cantar.

Y así sucedió.

De Cristóbal no se acabaria nunca, si se quisiera decir todo.

Desgraciadamente, Cristóbal se va haciendo viejo y el tiempo lo desgasta todo, hasta el bronce.

CAPÍTULO V.

Los Sandovales.

Dos dias despues de mi llegada á la *torre* vino á reunirse con nosotros desde Valencia, D. José Broqués, amigo de los Sandovales, buena escopeta y muy aficionado á la venatoria.

Broqués era un jóven de 28 á 30 años, de carácter alegre y vivo, como buen valenciano; su aficion le habia llevado hasta África á cazar perdices, importándole poco los peligros que podia correr, y como entre los cazadores se estrechan pronto las amistades, la grave tirantez de una cara nueva desapareció pronto.

Continuaron nuestras cacerías, unas veces á *mano*, otras con *jaula* y las noches de luna á espera de zorras y gatos monteses.

La comida era siempre abundante y variada. Olaya continuaba haciendo prodigios en el arte culinario. Pepe, uno de los guardas, era el encar-

gado de proveernos de comestibles; cada dos dias iba á Albacete, en un carrito, á traer lo que nos faltaba; de modo que en nuestra mesa, á pesar de vivir en aquel desierto, veíamos con frecuencia salmonetes, merluza y toda clase de pescados frescos.

Una noche entró un guarda que venía de *Deheson*, monte situado á dos leguas de la *torre,* donde se hallaban cazando los hermanos del marqués con los Risueños de San Clemente, amigos íntimos de los Sandovales, que les acompañaban todos los años á la expedicion del macho.

El guarda vino á decirnos, que al dia siguiente á las ocho de la mañana, saliéramos de la *torre* cazando á *mano,* y que ellos saldrian á la misma hora del *Deheson*, reuniéndonos todos en un punto cuyo nombre no recuerdo.

Yo tenía muchos deseos de conocer á los hermanos del marqués, y creo que ellos no tenian ménos de conocerme á mí.

La expedicion de este dia me llenaba de contento; íbamos á matar perdices en *guerra galana*, el más grato de los placeres de todo cazador de pura sangre.

Salimos á la hora prefijada, íbamos en *mano* el marqués, Mondejar, Mata, Broqués, Velasco, Cristóbal, dos guardas y yo. Se mataron algunas perdices y liebres; á eso de las diez, llegamos á un valle cuajado de enormes y seculares encinas que

trepaban como un escuadron de gigantes por la falda de un cerro.

—Cuando lleguemos á la cumbre de ese cerro, dijo el marqués, probablemente veremos á mis hermanos, porque el punto de reunion para almorzar es la ladera inmediata.

—Marqués, no me diga usted quién es D. Ramon, á ver si le conozco, le dije.

Cuando llégamos á la cumbre, vimos venir á media ladera cinco cazadores á mano, detras una caballería y dos guardas.

En cuanto nos vimos, comenzaron á volar los sombreros por el aire y á oirse gritos de *¡Hossana!*: se perdió por completo la formalidad de la *mano*.

—D. Ramon es el que marcha á la derecha, vestido de estezado, dije yo dirigiéndome al marqués.

—El mismo en cuerpo y alma, me contestó; pero veo, caballeros, que se ha perdido la formalidad, armas al hombro y á darnos un abrazo.

Un momento despues nos reuniamos todos en el fondo de un valle ameno, á la sombra de una encina, bajo cuya enorme copa hubiera podido acampar una compañía de soldados.

Despues de los abrazos, apretones de manos y presentaciones consiguientes, los guardas extendieron dos capotes al pié de la encina y colocaron sobre ellos el almuerzo que debiamos devorar.

El dia estaba hermoso, el cielo despejado, el pa-

norama encantador. Éramos un grupo de hombres verdaderamente felices, en cuyo semblante rebosaba la alegría, el bienestar; no hubiéramos cambiado aquella tienda de flotantes ramas por un palacio; ni aquellos fiambres esparcidos por el suelo, por los banquetes del gastrónomo Lúculo.

Voy á decir breves palabras de los cazadores que venian del *Deheson de Arteseros;* hablaré primero de los Risueños, Joaquin, Cárlos y Santiago, tres jóvenes que despues de seguir en Madrid una brillante carrera literaria, se han retirado á su pueblo de San Clemente, como verdaderos filósofos, matando el tiempo lo más agradablemente posible; sistema recomendado por la higiene para llegar á viejos y morir sin remordimientos.

Los Risueños se hacen simpáticos desde el primer momento que se les trata; cuando se hallan entregados á su aficion favorita, la caza, cuando viven entre la áspera rudeza de los montes, al verles con sus albarcas y sus trajes viejos y remendados, se nota cierta contraposicion entre sus semblantes y sus vestidos; diríase que los Risueños tienen cierta vanidad en tomar el aspecto de *matuteros*, pero para eso sería preciso que se mudaran las cabezas.

Aquellos trajes están en abierta oposicion con la fácil palabra, ilustrada conversacion y el vivo ingenio de sus dueños.

Yo he tenido más de una vez ocasion de apreciar

lo que digo, cuando por las noches, al amor de la lumbre, se trababa esa guerrilla de palabras que tan amenas hace las veladas en las cacerías.

Yo simpaticé con los Risueños, y consigno con gusto en estas páginas sus nombres, para probar que mi amistad hácia ellos dura todavía: si las páginas de este libro no desaparecen sirviendo de envoltura á los mil objetos de una tienda de ultramarinos, la amistad que unió á Escrich con sus camaradas de la *Torre de Albar Ruiz* y del *Deheson de Arteseros* vivirá despues de la muerte.

Hablemos ahora de los hermanos del marqués, D. José y D. Ramon Sandoval, á quienes yo tenía grandes deseos de conocer.

Decir que son cazadores de pura sangre, sería repetir lo que todo el mundo sabe. Los Sandovales de San Clemente han gastado muchas arrobas de pólvora matando perdices. Para referir todas sus proezas venatorias, sería preciso un libro de más grandes dimensiones que el que nos ocupa.

Don José es uno de estos hombres que tiene *don de gentes;* su trato es de una afabilidad exquisita; es alto, bien formado; en sus mocedades fué lo que se llama vulgarmente un buen mozo; su mirada es serena, reposada; la calma es el estado normal de su espíritu; pero cuando uno de esos acontecimientos de la vida conturban esta calma, entónces ruje y se trasforma en tempestad.

Yo estaba encantado de las cariñosas condescen-

dencias de D. José; si tirábamos los dos, nunca mataba él, siempre era yo èl que habia derribado la perdiz ó hecho dar la voltereta á la liebre; en una palabra, D. José es un buen compañero de caza; lástima grande que un padecimiento de estómago que le molesta mucho, le obligue bien á pesar suyo, á tener olvidada la escopeta en el armero algunas temporadas.

D. Ramon Sandoval, el santo favorito de Velascò, es un tipo opuesto, D. José es la calma, D. Ramon el huracan.

De estatura regular, ancho de hombros, fornido como un gladiador romano; de carácter impetuoso, pero que termina siempre en nobles arranques; con una naturaleza privilegiada y una agilidad poco comun; en sus mòcedades se cuenta de D. Ramon Sandoval, que siendo estudiante, al volver de una cacería de uno de los sotos de las orillas del Jarama, pareciéndole que las cuatro mulas del coche que les conducia á Madrid, corrian ménos de lo que él deseaba, se bajó del carruaje en el puente de Arganda y comenzó á arrearlas, haciendo las veces de zagal.

Las enérgicas razones que Ramon Sandoval daba á las mulas por conducto de la tralla, las obligaron á tomar un galope bastante vivo, Sandoval corria al lado del tiro, con el desembarazo de un andarin de profesion y sacudiendo latigazos; el mayoral le dijo:

—Señorito, poco andaria usted á ese paso.

—¿Te juegas lo que hemos de darte por el coche á que entro en Madrid corriendo y arreando á tus pencos?

—Cá,—contestó el mayoral.

—¿Te lo juegas?

—Jugado va,—volvió á decir el conductor.

—Pues á la puerta de Atocha, si es que no revientan ántes tus mulas.

Y efectivamente, Ramon Sandoval llegó á la puerta de Atocha arreando el ganado y dando una prueba inequívoca de que dentro de su bien formado pecho se encerraban unos pulmones de acero.

Los Sandovales de *San Clemente*, *Vara de Rey* y *Villar de Cantos*, porque en todas estas villas tienen casas solariegas y grandes extensiones de terreno, pertenecen á una raza privilegiada; son hombres de la naturaleza que han rendido tributo á las universidades literarias de Madrid y Valencia. Los feraces montes de la *Torre*, *Las Alamedas*, *La Quejola* y el *Dehesón* donde tantas proezas ha llevado á cabo el bandolerismo, fueron en todo tiempo los cazaderos favoritos de los Sandovales, jamás les detuvo en sus expediciones venatorias el temor de encontrarse con los ladrones. Los cuatro hermanos montaban á caballo seguidos por cuatro criados montados y armados como ellos, y á cazar sin el menor recelo, porque, en el

caso de un encuentro desagradable, siempre los *cacos* llevaban la peor parte.

Es preciso ver el monte *La Torre* y la dehesa *Las Alamedas*, para persuadirse de lo que serian aquellas fragosidades ántes de construirse la carretera de Jaen. Los barrenos de pólvora han ahuyentado á los lobos y á las reses, la guardia civil á los bandidos.

Por todas partes se ven cuevas y silos que tienen sus tradiciones, sus historias más ó ménos sombrías y dramáticas. En la cueva *Ortega* vivió ocho años una mujer con siete hijos, especie de loba que mantuvo á sus lobeznos léjos de todo trato social.

Un hombre vestido de pieles como Segismundo, con la barba hasta el pecho y el pelo hasta las espaldas, sin más armas que una enorme cachiporra, estuvo viviendo por espacio de muchos años, teniendo por albergue el hueco tronco de una encina: este hombre no tenía más pasion que la de los animales salvajes; como los osos abandonaba su madriguera para buscar su alimento, robaba, y si la víctima se resistia mataba; era un atleta con toda la ferocidad del tigre; para matar á un hombre le bastaba dar un garrotazo.

Todas estas cosas y otras muchas más, que suprimimos por no ser prolijos, no detuvieron nunca á los Sandovales que iban dos veces al año á cazar á la *Torre*, por Setiembre los pollos de perdiz á *mano*, por Marzo con el reclamo.

Se cuentan algunas aventuras de los Sandovales con los ladrones y en todas ellas la *prudencia* estuvo de parte de los últimos.

Una noche se hallaban sentados alrededor de la ancha chimenea de *La Torre*, cuando entró despavorido un guarda diciendo, que detras de la casa se encontraba la partida de bandidos que recorria la sierra.

—¿Cuántos son?—preguntó el marqués.

—Ocho, montados y bien armados,—contestó el guarda.

—Pues apaga la luz y abre la puerta de par en par.

El guarda obedeció, los Sandovales siguieron sentados junto al fuego, sólo que por precaucion se pusieron las escopetas sobre las rodillas.

El marqués salió á la puerta y dijo en voz alta.

—Caballeros, el que tenga frio y quiera quitársele que éntre en la Torre.

Los ladrones que sin duda reconocieron la voz, tuvieron por conveniente tomar la cañada que conduce á *Las Alamedas* y alejarse de aquellos sitios, porque ellos no ignoraban que era bastante difícil secuestrar á los Sandovales cuando estaban de caza.

En aquel tiempo en que los frailes limosneros recorrian toda España sin temer á los ladrones, una noche se presentó un fraile en la *Torre* y pidió hospitalidad por el amor de Dios.

El difunto marqués de Valdeguerrero, padre del actual y de D. Ramon, D. José, D. Joaquin y doña Dolores de Sandoval, se encontraba en la *Torre* cazando con dos ó tres amigos.

El fraile fué bien recibido, se sentó á la mesa en el sitio preferente, bendijo la comida y rezó á los postres; pero el fraile se conoce que tuvo frio al verse solo en la cama que le habian destinado, y cuando la casa quedó en el más profundo silencio, se dirigió en paños menores y andando de puntillas al cuarto de una criada bastante bien parecida que habia servido á la mesa.

Todo esto lo hacia el fraile con la más piadosa intencion y aconsejado por el frio, pero la criada al ver entrar en su cuarto aquel blanco fantasma, comenzó á gritos y como los gritos en las horas de silencio producen la alarma, se alarmaron los dormidos habitantes de la *Torre*, y el marqués que era hombre de puños cogió al pobre fraile de la cintura y le sacó á la explanada diciendo:

—Vaya padre, á ver si se le quita á su mercé el calor durmiendo al sereno; cuando salga el sol le entregarán á su mercé los hábitos, las alforjas y las limosnas de costumbre: buenas noches.

Mandó cerrar la puerta y se acostó todo el mundo ménos el pobre fraile que pegado á la tapia, tiritando y hecho un ovillo pasó la noche más amarga de su vida, arrepintiéndose de su poca abstinencia.

Preciso es confesar que para la *enfermedad* que acometió aquella noche al fraile, el remedio más eficaz era el que le propinó el marqués, es decir, dormir al sereno en una noche del mes de Febrero.

Segun las crónicas del convento el fraile no murió, pero es fama de que siempre que veia de léjos las blancas paredes de la *Torre*, hacia la señal de la cruz y avivando el paso y echándose la capucha sobre la frente, murmuraba en voz baja:

—*Vade retro*, *Satanás*.

CAPÍTULO VI.

Las veladas manchegas.

En la *Torre* habia una pobre niña huérfana de ocho años de edad; era sobrina de un guarda y ahijada del marqués; yo no he visto nunca una fisonomía más risueña, más candorosa, más angelical, se pasaba largos ratos mirando con fijeza al marqués, diríase que era una alma enamorada de su bienhechor, la mirada de sus ojos azules parecia decir: «Yo soy el amor, la resignacion y la gratitud encerrados en un corazoncito de querubin.»

El marqués tenía verdadera pasion por aquella niña, todos la queriamos mucho porque ella habia nacido para querer á todo el mundo. Sin duda Dios le decia todas las noches al oido: «Eres pobre, huérfana, el amor, la gratitud y la docilidad son las armas con que debes vencer los grandes obstáculos que te esperan, las penalidades que te aguardan en este valle de lágrimas.»

El marqués tenía horas enteras sentada á Carmencita sobre sus rodillas; ella entónces apoyaba su cabecita sobre el pecho de su bienhechor y parecia escucharle con beatitud; en estos momentos Carmencita no hubiera trocado el calor que le comunicaba aquel pecho, por una de esas enormes muñecas con vestido de *cola* que mueven los ojos y dicen, papá y mamá.

Otras veces el marqués la decia:

—Vamos á bailar, vamos á cantar, querida mia.

Carmencita bailaba y cantaba con el marqués y entónces su semblante se iluminaba de una alegría seráfica.

Muchas veces cogia á Carmencita, la colocaba sobre la alta cornisa de la chimenea y le decia:

—Queridita, échate al suelo de cabeza.

Cármen siempre sonriéndose se echaba de cabeza y el marqués la cogia en el aire, la levantaba en alto y la daba un beso.

La recompensa la enorgullecia. Aquella niña era una alma vírgen enamorada de su bienhechor.

¡Pobre Carmencita! habia encontrado en el mundo un buen padrino con el marqués de Valdeguerrero, pero el mundo no era para ella. Faltaba sin duda un ángel en el cielo, y Dios la dijo una noche: «Sube,» y Carmencita dejó la tierra: dichosa ella.

. . . .

. . . .

Los que no han disfrutado de una velada manchega trascurrida al amor de la lumbre amenizada por las guitarras, los *cantaores* y *bailaores* del país, no pueden apreciar lo tradicional, lo clásico del cuadro de costumbres que nos proponemos bosquejar.

La prensa, el vapor, el vapor de mar, la locomotora y el telégrafo eléctrico han roto las vallas que separaban á las naciones; hoy el mundo es una familia que se comunica con rapidez vertiginosa sus impresiones; hoy los países toman los unos á los otros lo que necesitan para sus comodidades y bienestar, haciendo desaparecer en las grandes ciudades el carácter nacional.

Miéntras los vinos y otras industrias españolas han pasado la frontera, las cacerolas de la cocina francesa han invadido nuestro hogar y los productos ingleses, cruzando el canal de la Mancha, han invadido nuestro comercio tomando carta de naturaleza entre nosotros. La sociedad moderna rindiendo culto á esa loca tiranuela llamada moda ha hecho con los trajes del universo un *popourri* dándole el nombre de El último figurin.

En los pueblos de la Mancha, la gente del campo gasta aún la tradicional anguarina de paño burdo forrado de bayeta verde, el calzon corto, las albarcas y el pañuelo de hierbas á la cabeza, del tiempo de Cervantes. Aún en la Mancha los criados respetan á los amos y sirven los hijos en la casa solariega donde sirvieron los padres.

El marqués quiso darme á conocer lo que era una velada manchega, y una noche que nos hallábamos en *Las Alamedas* convocó á todos los gañanes y pastores de sus *feudos*, los que se presentaron á la hora citada con sus trajes domingueros, ellos con sus guitarras y ellas con sus castañuelas llenas de lazos y largos cordones de seda de color.

Se dió una gran cena á los invitados, se colocaron á lo largo de las paredes de la cocina, bancos, sillas y taburetes de esparto, se pusieron los sitios de preferencia junto á la chimenea para el marqués, sus hermanos y sus amigos y adelantándose un zagalillo de doce años esbelto, como un junco, simpático de rostro y ligero de piernas dobló una rodilla en el suelo, se quitó el pañuelo de la cabeza y le dijo al marqués:

—¿Da usía permiso para que empecemos el baile?

El marqués se levantó y fué á sacar á una zagala, don Ramon, los Risueños hicieron lo mismo, yo salí tambien lleno de ardimiento y encomendando mis piernas á la diosa Terpsícore pues maldito si sabia lo que iba á bailar.

En un instante nos pusimos en facha más de veinte parejas, comenzó una jota que para bailarla mal no se necesita tener mucho entendimiento; el marqués rompió el fuego y todos comenzamos á menearnos como movidos por un resorte al compás de las guitarras y de los cantares.

En aquella cocina nos reuniamos más de cien personas.

Uno tocaba la guitarra, tres *cantaores* amenizaban el baile con sus picarescas coplas, muchas de las cuales iban dedicadas á los señoritos, lo que nos obligaba muchas veces á improvisar alguna, guardando siempre el respeto debido y la buena forma.

Los *señores* fuimos muy aplaudidos; yo no recuerdo haber tenido un éxito mayor en mi larga carrera literaria.

Despues de la jota, el público pidió á voz en grito que se bailaran unas *torráas*, y como éste es un baile de combinacion, precision y exactitud, para el que se necesita cierta matemática de piernas que yo no poseo, dejé el puesto á otros más entendidos en la materia.

El marqués continuó bailando con gran contento de sus servidores que le idolatran por su carácter franco y alegre y la llaneza conque les trata.

Y efectivamente, las *torráas* que se bailan en la Mancha tienen grandes dificultades para los profanos, es un baile que no admite á los desmemoriados, es preciso pararse en seco en un momento dado, volverse á derecha é izquierda con precision, cambiar de pareja y hacer un punto final de bastante difícil ejecucion; si yo hubiera tenido atrevimiento para bailar las *torráas* de seguro pierdo toda la gloria que habia adquirido con la jota.

Afortunadamente me retiré á tiempo para no desacreditarme.

Aquella noche ví bailar á un zagalillo de diez á doce años de edad que me encantó; yo no he visto más soltura, más gracia y más precision en todos los movimientos que las de aquel muchacho; fué el héroe de la noche; indudablemente si aquel pastorcillo hubiera caido en manos de un buen profesor de baile, hubiera llegado á ser una notabilidad en el arte coreográfico; pero aquel zagalillo era pastor, habia nacido en la sierra y despues del baile se fué al ato á dormir con las ovejas; así nacen y mueren muchas criaturas á quienes la *casualidad* no tiene á bien consignar sus nombres en la historia de las celebridades.

Despues de dos horas de bailoteo, de coplas y seguidillas, el público pidió que Baldomero Martinez, uno de los guardas del marqués, cantara su romance: El Currillo Lopez.

Baldomero no se hizo rogar, cogió la guitarra y una silla, saludó al público y se sentó en medio de la cocina.

Nunca he presenciado un silencio más profundo que el que se estableció en la cocina de las *Alamedas*, desde el momento en que Baldomero se puso en facha para cantar.

El acompañamiento que sirve para cantar el *Currillo Lopez*, tiene un ritmo verdaderamente árabe, monótono, triste. Así como el frio y el calor

no tienen otra definicion que la que de ellos mismos se desprende, porque el frio es la ausencia del calor y el calor la ausencia del frio, así no pueden definirse los sonidos que producia la guitarra de Baldomero, porque el acompañamiento de *El Currillo Lopez*, no era otra cosa que la ausencia de toda melodía músical.

Sin embargo de esto á mí me costó más de ocho dias aprender *las caidas melódicas del Currillo Lopez*, romance que cantado por Baldomero, produjo tan profunda impresion á los oyentes, que más de cuatro envidiaron la gloria del famoso bandido jerezano.

Hé aquí el romance.

EL CURRILLO LOPEZ.

En la ciudad de Jaen
ha nacido un zapatero
llamado Currillo Lopez
que á nadie le tuvo miedo.
Aquí esta Currillo Lopez,
chiquito pero valiente,
con un puñal en la mano
le tiemblan los migueletes.
La primer muerte que hizo,
cinco leguas de Jerez,
fué matar á un escribano
por celos de su mujer.

Aquí el notario D. Juan Mata que se hallaba á mi lado dió un salto en la silla como si el puñal

del *Currillo Lopez* le hubiera penetrado por la espalda, y al mismo tiempo se le escapó una interjeccion tan reñida con las letras de molde como opuesta al bondadoso carácter y pacíficos arran ques del notario.

Baldomero continuó cantando.

Veinte muertes llevo hechas
sin contar la del jitano,
sino me quitan la vida
mataré al género humano.
El señor Currito Lopez
robaba con fantasía,
que á los ricos les quitaba
y á los pobres socorria.
El señor Currito Lopez
al contrabando se echó,
á robar caballos padres
causa de su perdicion.
Entre Jerez y Carmona
me cogieron los soldados
y me tiraron un tiro
me batieron del caballo.
Amigos, los mis amigos,
no digo que sean malos,
cuando me dieron el tiro
se fueron y me dejaron.
A la cárcel me llevaron
entre doce granaderos,
y para mayor dolor
me ataron con mi pañuelo.
A la reja de la cárcel

Curro se puso á cantar,
la duquesa que lo ha oido
á Curro pasó á escuchar.
  Ya se murió mi madrina
ya se murió mi consuelo,
ya no tengo quien me diga:
«Currito no tengas miedo.»
  Ya se murió mi madrina
la que tanto me queria,
que me tenía señalado
medio duro cada dia.
  Ya se murió mi madrina
la duquesita del Alba,
que si ella no se muriera
á mí no me justiciáran.
  Ya tocan las campanillas
de la Santa Caridad;
hombres, niños y mujeres,
todos se echan á llorar.
  Ya le sacan de la cárcel,
le suben por la muralla,
diciendo va á sus amigos
que le encomienden el alma.
  Al subir las escaleras
pidió un vaso de aguardiente
para dárselo al verdugo
que le diera buena muerte.

Baldomero terminó su romance que habia sido escuchado con religioso silencio, saludó al marqués y á la concurrencia, y se fué á ocupar un puesto en la fila de los criados.

Yo por mi parte, al copiar el romance del *Currillo Lopez* no he corregido ni una sola letra, ignoro quién sea su autor, tal vez sea el mismo Baldomero que lo cantó, porque el idioma español tiene tantas frases octosílabas que abundan los poetas; rara es la cacería en que no me haya encontrado con uno que hace coplas sin saber leer.

Despues del romance corrieron las bandejas de bollos y rosquillas y las botellas del aguardiente, y como eran las doce de la noche, y nosotros habiamos estado cazando todo el dia y los criados del marqués trabajando, se puso fin á aquella fiesta, que dejó en mí una profunda impresion, y que hoy traslado al papel, no como un cuadro acabado y perfecto, sino como un boceto pálido y descolorido que sólo podrá dar á mis lectores una idea muy vaga de las veladas manchegas.

Despues de esto á dormir.

CAPITULO VII.

Los oasis del desierto.

Miéntras tanto habian trascurrido veinte dias desde mi salida de Madrid, comenzaba á temerse que me hubieran secuestrado y efectivamente, secuestrado me hallaba por el cariño y la noble hospitalidad del marqués de Valdeguerrero y sus hermanos.

Además, ¿cómo escribir encontrándome siempre á diez ó doce leguas de toda estacion postal? era preciso resignarse con el silencio y confieso que aquella vida nómada era tan de mi agrado que me dejaba conducir sin la menor protesta.

Desde la *Torre*, despues de cazar en *Las Alamedas y en la Quejola* nos dirigimos todos al *Deheson,* cuartel general de los hermanos del marqués, allí pasamos ocho dias cazando; como éramos catorce ó diez y seis escopetas, algunos dias ojeábamos matando abundantes piezas.

El *Deheson* es un monte precioso, tiene una lozanía y unos horizontes encantadores, ménos accidentado que *La Torre* y de mata más fresca y más hermosa; es uno de estos cazaderos que se sonrie por todas partes y alientan las esperanzas de los venadores.

D. José y D. Ramon nos pagaron la hospitalidad que se les habia dado en *La Torre*, adonde regresamos á los ocho dias los de la *partida* del marqués.

Al despedirnos sellamos con un abrazo una amistad franca de cazadores para el resto de nuestros dias. Nada importa que nos veamos poco, yo sé que puedo contar con la amistad de los cazadores del Deheson como ellos cuentan indudablemente con la mia.

Instalados de nuevo en *La Torre* ví con sentimiento que iban poco á poco marchándose mis camaradas, es decir, Mondejar, Mata, Broques y Velasco.

Nos quedamos por fin solos el marqués y yo.

Habia abandonado Madrid por ocho dias y habian trascurrido treinta, comenzaba á sentir remordimientos; pero la verdad es que me faltaba valor para dejar al marqués solo y por otra parte me aterraba la idea de lo que iba á encontrar en mi despacho de Madrid.

Trascurrieron tres dias: una tarde al regresar de mi excursion venatoria me encontré sobre la mesa

de mi cuarto algunas cartas y un abultado paquete de pruebas; comprendí que era preciso partir y así se lo comuniqué al marqués.

—Aunque lo siento mucho—me dijo,—conozco que no puede usted estarse toda su vida en esta sierra; nos iremos mañana á San Clemente.

—¿Cómo á San Clemente? repetí yo,—usted habrá querido decir á Albacete.

—No, no, á San Clemente—añadió el marqués riéndose,—yo quiero que conozca usted á mis hijas Pilar y Amalia y á mis hermanos Joaquin y Dolores; además dentro de cuatro dias es la fiesta del pueblo, de nuestra patrona la vírgen de *Rus*, y he ofrecido á mi familia y á mis amigos llevarle á usted.

No hubo apelacion, fué preciso acceder ¿pero cómo oponerme tratándose de un anfitrion de las condiciones de Valdeguerrero? Corregí las pruebas aquella noche, las mandamos con un guarda á Albacete y al dia siguiente se enganchó la galera y salimos de *La Torre* el marqués, Olaya y yo.

Desde el monte *La Torre de Albar Ruiz*, hasta la villa de San Clemente hay dos buenas jornadas manchegas, es preciso hacer noche en una quintería.

¡Qué caminos, qué inmensas soledades de terreno, que horizontes sin fin! sólo el *entendimiento* y la *formalidad* de las mulas que arrastraban la galera del marqués, pudieron sacarnos incólumes de aquella expedicion, de aquel cruce por las provin-

cias de Albacete y Cuenca que no termina nunca.

El marqués, como siempre, iba sentado en el pescante y haciendo fuego á las perdices, esto nos distraia un poco.

De tarde en tarde veiamos en algun vericueto la figura inmóvil de un pastor, apoyado en su cayada y contemplando con soñolienta mirada el rebaño que pacia en la ladera.

Yo no he podido explicarme todavía cómo no volcamos cien veces cruzando aquellos cerros, aquellos barrancos, aquellas llanuras pedregosas, pero es preciso confesarlo, las mulas del marqués eran dos grandes maestras en el arte de salvar los peligros.

A las doce hicimos alto para dar un descanso al ganado y almorzar.

A la una continuamos de nuevo el *via crucis*, entrando en un terreno llano. Ante mis ojos se extendia un horizonte sin fin, aquello tenía algo del mar y del desierto, yo creia distinguir á lo léjos inmensos lagos rodeados de espadañas, eran los efectos del sol sobre aquella llanura que producian el espejismo, yo me engañaba como se engañaban los sedientos soldados de Napoleon en su funesta expedicion á Egipto, con la gran ventaja por mi parte de que aquellos héroes se morian de sed y yo viajaba rodeado de la abundancia y sin carecer de nada.

La galera rodaba miéntras tanto por un cami-

no en que no habian tomado parte los ingenieros.

Desde que habiamos entrado en aquella llanura, comencé á ver un punto blanco en el lejano horizonte; era una quintería, una de esas enormes casas de labor que sirven de *oasis* en los desiertos de la Mancha.

—Allí vamos á dormir esta noche,—me dijo el marqués.

Yo estuve viendo aquella casa lo ménos cinco horas; me hacía el efecto de la estrella que guió á los Reyes Magos desde Seleucia á Belen enseñándoles el camino.

Aquella casa indudablemente iba caminando delante de nosotros, no llegábamos nunca.

A la caida de la tarde comenzamos á distinguir los huecos de las ventanas.

—Ya se ven las ventanas, ya no falta más que una horita—me dijo el marqués riéndose,—esta noche tendremos un poco de baile despues de cenar y mañana una caldereta de *galianos* ántes de partir.

—¡Baile!—repetí yo, que no tenía el cuerpo para baile despues de ocho ó nueve horas de galera.

—Es indispensable, los dueños de ese caserío son labradores bien acomodados y antiguos amigos mios; todos los años me dan hospitalidad tres ó cuatro veces, á estas horas habrán muerto algunas gallinas y sacado algunas magras de lomo en adobo, estarán disponiéndonos una cena opípara;

luégo para obsequiar á los huéspedes tendremos el baile de ordenanza, y por cierto que verá usted á tres mozas que bien podrian llamarse las tres gracias por lo bonitas que son.

—¿Pero sabian ellos que ibamos á llegar hoy?

—No, pero nos han visto, han reconocido mi galera y han tenido tiempo de sobra para recibirnos bien; por estos desiertos sólo ruedan las galeras mias y las de mis hermanos que deben haber pasado por aquí hace tres dias; desde que nos hemos detenido para almorzar saben los de la *Casa-Blanca* que el marqués de Valdeguerrero dormirá esta noche bajo su hospitalario techo.

El sol hundió sus últimos rayos en el horizonte, y las sombras de la noche extendieron el silencio y la oscuridad por aquella vasta y melancólica campiña.

Comenzamos á oir los ladridos de un perro que por los poderosos ecos de su voz debia ser un *alano* colosal.

Llegamos por fin á la *Casa-Blanca*, especie de fortaleza rodeada por un muro de quince piés de alto. En el enorme portalon que daba al corral, única entrada y salida de la quinta, se hallaban diez y seis ó veinte personas agrupadas esperándonos. Un enorme mastin sujeto á una gruesa cadena de hierro, hacia titánicos esfuerzos para romper aquel símbolo de la esclavitud que le tenía sujeto. Las erizadas cerdas de su lomo, el ronquido

estridente de su garganta, el fosfórico brillo de sus ojos nos demostraban claramente que no era tan partidario de la hospitalidad como sus amos.

Yo sujeté á mi perro *Pinto*, temeroso de que se lo merendara de una dentellada aquel gigante de la raza canina, cuyos enormes colmillos me inspiraban una justa desconfianza.

El patio ó corral de la *Casa-Blanca* era inmenso, tendria aproximadamente las dimensiones de la plaza Mayor de Madrid; al fondo se veia un cobertizo con varias puertas, en los muros laterales cuadras y graneros.

Nos apeamos de la galera y despues de los abrazos consiguientes, nos dirigimos á la cocina donde estaba la mesa puesta.

Las tres hijas de los quinteros eran como me habia dicho el marqués *unas reales mozas;* lástima que aquellas preciosidades femeninas se vieran obligadas á pasar la flor de su juventud sin más sociedad que la de los gañanes y pastores.

Nos sentamos á la mesa. Las tres gracias, pues con este nombre mitológico las bauticé, nos sirvieron con una solicitud encantadora; sus bocas frescas y virginales se sonreian siempre.

La cena fué abundante. *Las bodas de Camacho* continuaban saliéndome al paso por todas partes en la Mancha.

Dicen que cada cual habla de la feria segun le va en ella, á mí me ha ido siempre tan bien en la

Mancha que no encuentro palabras con que demostrar mi gratitud á los manchegos.

Despues de la cena hubo baile y el marqués, incansable en el arte coreográfico, fué el primero que salió y el último que se retiró. Esta conducta que yo celebro, este carácter franco, expansivo y sencillo debe haberle proporcionado algunos buenos ratos en su juventud; pero como no es mi ánimo hablar del pasado volvamos al presente.

Cuando dentro de algunos siglos esas solitarias quinterías de la Mancha levantadas para el cultivo de centenares de fanegas de tierra se conviertan en pueblos, cuando la locomotora y el alambre eléctrico crucen esas vastas campiñas y el hombre pueda explotar su riqueza, entónces es indudable que las costumbres tradicionales de la Mancha sufrirán un cambio notable. ¡Pero cuándo sucederá eso! Dios sólo lo sabe.

Se bailó hasta las doce, luégo nos acostamos. A las siete de la mañana volvimos á reunirnos todos en la cocina donde nos esperaba un humeante y suculento caldero de *galianos*, tradicional y primitivo desayuno de los manchegos.

Los *galianos* se condimentan *viudos ó ilustrados con viñetas*, de jamon, lomo, perdiz y liebre: de cualquier modo que se coman, resulta un plato fuerte y muy á propósito para apagar los fuegos del más voraz de los gastrónomos; en vez de *galianos* deberian llamarse *infla-tripas ó mata-hambre* por-

que con dificultad el ingenio caprichoso y fecundo del arte culinario ha inventado nada que sea de más alimento que esa especie de migas ampliadas que llaman *galianos* en la Mancha.

El que se come una docena de cucharadas de galianos á las siete de la mañana puede cazar todo el dia con la seguridad de que el estómago no le dirá *una palabra*.

Durante mí permanencia en el *Deheson* por las noches me iba con los pastores á ver confeccionar las tortas para los *galianos*. Aquella masa sin levadura extendida y sobada sobre una piel, aquella fogata al aire libre cuyo rescoldo sirve para cocer las tortas de media pulgada de grueso y grandes como una piel de carnero, me recordaba los tiempos primitivos en que el hombre hacia una vida nómada en medio de sus inmensos rebaños.

He buscado en vano la etimología de la palabra *galianos;* no la encuentro, pero voy á permitirme dos deducciones ó definiciones que el lector podrá aceptar ó rechazar á su antojo.

Cuando los *Galos*, aquellos guerreros indomables que adornaban sus casas con las cabezas de los enemigos muertos, invadieron una parte de España mezclándose con los Iberos y confundiendo con ellos sus costumbres, es *indudable* que en la region manchega aclimataron el antiguo guiso que nos ocupa, dándole el nombre de *galianos*, por venir de los *Galos ó de la Galia*.

Otra definicion, y esta tal vez es la más exacta: se llama *galiana* á la cañada por donde cruzan los ganados y levantan los atos los pastores para pasar la noche y hacer su comida. Como los *galianos* es una verdadera comida de pastor, y éstos guisan casi siempre en la *galiana*, pudiera muy bien nacer de ahí el nombre del manjar manchego que nos ocupa.

Advertencia. No tenemos ningun interés en mantener nuestras definiciones, y continuamos.

Una prueba de que los *galianos* son un manjar sano y nutritivo es que cuentan una antigüedad cuyo orígen se pierde en la noche de los tiempos, pues ántes de la era cristiana ya los *galianos* tenian su reputacion bien sentada en la Mancha.

Cuando los siglos no destruyen, mejoran ó adulteran una cosa, cuando la dejan en el mismo estado que la encuentran, es una prueba irrecusable de su bondad imperecedera: los *galianos* son inmortales, no envejecerán nunca; si algun dia el sol se rompe en pedazos y un cataclismo destruye este pícaro mundo, estoy seguro que el último rayo del padre vivificador del Universo que caiga sobre la Mancha iluminará un caldero de *galianos*.

. . . .

. . . .

Salimos de la *Casa-Blanca* á las ocho de la mañana; yo por mi parte iba encantado de la amabilidad de aquellos quinteros que nos saludaban

desde la puerta con las manos y los pañuelos, pero aún me quedaba mucho que ver y admirar de la hospitalidad manchega, me quedaba la villa de San Clemente; pero ya llegaremos.

A las diez de la mañana comenzó á cambiar la topografía del terreno, á lo léjos se veian grandes manchas oscuras que indicaban montes de caza y carboneo y abundantes pastizales para el ganado. La monotonía de la tierra llana que tanto fatiga la vista iba desapareciendo.

De pronto divisamos una casa blanca rodeada de viñedos cuyo horizonte lo cerraba una dehesa de tallar salpicada aquí y allá de pequeñas encinas y pinos enanos de reducidas copas.

—Allí vamos á almorzar—me dijo el marqués —es una finca de mi amigo D. Antonio Bastida, debe encontrarse ahí con su familia, porque todos los años se pasa un par de meses en ese desierto cazando el *macho;* hay muchas perdices; ya verá usted que bien nos reciben.

No me cabia la menor duda de que siendo manchegos sabrian hacernos los honores de la hospitalidad.

Como el camino era bueno y llano, el marqués dió un par de palmadas y las mulas que iban sosegadamente al paso tomaron un galope bastante vivo.

Pronto vimos salir de la casa alguna gente y dos hombres se dirigieron hácia nosotros seguidos por

un *alano* blanco como la nieve y de un tamaño colosal.

—Ese que viene á la derecha es D. Antonio, el otro su administrador—me dijó el marqués.

Cuando estuvimos á unos quinientos metros de la casa me bastó una mirada para comprender que la finca del señor Bastida reunia á las comodidades propias de una casa de labor las superfluidades encantadoras con que los modernos sibaritas embellecen sus casas de campo.

Tenía su pequeño jardin, sus cortinas de persianas pintadas de verde, sus cenadores cubiertos de plantas trepadoras y todo aquello que puede apetecer la comodidad en medio del desierto.

Bajamos de la galera; el marqués despues de abrazar á D. Antonio, me presentó y nos dirigimos hácia la casa en cuya puerta se hallaba la señora de Bastida.

Estaba escrito que no habia de encontrar en aquella expedicion ni manchega fea ni manchego inhospitalario.

La señora de D. Antonio se hallaba en esa edad en que la mujer se embellece redondeando sus formas; su semblante risueño, los hermosos colores de sus mejillas, la limpieza de sus ojos tenian cierto atractivo; nada tan agradable para el viajero que cruza el desierto como encontrar un ángel á la sombra del *oasis* que le brinda la hospitalidad con una sonrisa en los labios; y por cierto que la que

nos dió en su casa D. Antonio Bastida fué de primer órden, aunque de poca duracion, porque como el marqués queria llegar á San Clemente ántes de la fiesta del pueblo, sólo permanecimos algunas horas en aquel paraíso terrenal.

D. Antonio Bastida y su señora procuraron detenernos un par de dias, y para conseguirlo, durante el almuerzo nos hicieron un programa encantador, pero preciso fué desechar aquel porvenir de color de rosa y emprender de nuevo el *via-crucis* de la galera.

Un poco más adelante me llamó la atencion un pueblo completamente abandonado, pregunté la causa al marqués y me dijo que habia padecido una sequía tan enorme, que sus pobres habitantes tenían que llevar las mulas cuatro leguas de distancia para darles agua.

Pregunté el nombre de aquel pueblo desgraciado al marqués, y me dijo que se llamaba *Barrás*, este apellido me recordó al célebre convencional francés jefe de la fuerza pública de París, que dió el golpe del 9 thermidor tan funesto á Maximiliano Robespierre, y luégo estuvo en trato con los Borbones para devolverles el trono de Francia por doce millones de francos.

¿Qué analogía podia tener aquel pueblo abandonado con el célebre republicano...? Lo ignoro.

Llegamos por fin á San Clemente entrada la noche.

CAPÍTULO VIII.

La fiesta del pueblo.

La villa de San Clemente se halla enclavada en la provincia de Cuenca á trece leguas de la capital y á once de Albacete. Al recorrer sus calles y su arrabal morisco, al contemplar los antiguos edificios y los derruidos muros de sus conventos; al visitar los santuarios que le circundan, centinelas avanzados de la fe, se adivina que en los siglos XV y XVI San Clemente era una poblacion de mucha más importancia que lo es en la actualidad.

Los pueblos, lo mismo que los individuos, tienen vicisitudes, alternativas, prosperidades y decadencia, juventud y vejez. La historia presenta ejemplos para probarnos lo pequeño y deleznable de la grandeza humana, para humillar el satánico orgullo de ese gusano llamado hombre.

Babilonia, la prepotente ciudad de los Sátrapas; Babilonia con sus cuatro millones de habitantes

que se revolcaban en el asqueroso cieno de sus vicios; Babilonia con sus treinta leguas de circunferencia, sus colosales templos, sus asombrosos palacios, no existe, todo ha desaparecido, sólo queda un sauce entre sus ruinas á cuya sombra se sienta el peregrino para meditar sobre la pequeñez humana, murmurando en el fondo de su conciencia, estas palabras: «Vanidad de vanidades.»

Sin revolver archivos para buscar el pasado de la villa de San Clemente, podemos asegurar que ayer fué más de lo que es hoy; para probarlo nos bastará un testimonio sacado de los libros parroquiales que debemos á la amabilidad de nuestro amigo D. Luciano Lopez y Torres, dice así: «Habiendo habido en la villa de San Clemente una peste en el año de 1600, fué tal el desmembramiento que causara en la poblacion que murieron tres mil quinientas personas á pesar de las disposiciones que se tomaron para aminorar los efectos de aquel espantoso azote. Se habilitaron cuatro hospitales: uno exclusivamente para los moros en la ermita del Remedio: otro en la de San Cristobal; otro en la de San Roque y otro en la iglesia de los Evangelistas. Todas las personas que caian enfermas eran forzosa é inmediatamente conducidas al hospital á que correspondian sin consideracion á clases ni gerarquías. Las que fallecian se sacaban del hospital para darles luégo sepultura, y las ropas que habian usado eran depositadas en las afueras de la ermita de Santa

Ana, siendo tal el cúmulo de ropas que se amontonó que llegó á subir más alto que el tejado de la ermita, estas ropas fueron luégo quemadas.»

Por el anterior relato puede sacarse en consecuencia lo que sería la villa de San Clemente al comenzar el siglo XVI, porque aún calculando (lo cual no es creible) que el terrible azote devorara la cuarta parte de sus habitantes, contaria entónces un censo de poblacion de catorce mil almas, y así lo hace creer sus antiguos edificios, su profusion de conventos y sus arrabales moriscos convertidos en ruinas.

Uno de los edificios que me llamaron la atencion por sus bajo-relieves de gran mérito y su gravedad arquitectónica, que indudablemente data del siglo XV, fué el que sirve hoy de carnecería y se halla próximo á la cárcel.

La iglesia parroquial es hermosa, su ancha nave, su artístico coro y sus atrevidas bóvedas recuerdan algo del gusto de Herrera.

El palacio de los marqueses de Valdeguerrero es tambien un buen edificio digno de reparacion; sus cornisas tienen un vuelo de dos metros que se extiende sobre la calle como una amenaza perpetua de los transeuntes.

Vi además en San Clemente otros edificios de gran mérito y respetable antigüedad, pero no es mi propósito hacer aquí un concienzudo estudio arqueológico.

San Clemente es un pueblo alegre, tiene buenas calles, buen cielo y pintorescas cercanías, y como sus habitantes se muestran siempre afectuosos con el forastero, se pasa bien la vida; yo no olvidaré nunca los ocho dias que permanecí en él.

Llamaban vivamente mi atencion la extremada limpieza interior de las casas, algunas tienen la escalera de mármol bruñido que pone en grave riesgo el equilibrio del que sube ó baja llevando clavos en las botas; pero la mayor parte son de madera encerada y de azulejos blancos. Resumiendo: las casas de las personas acomodadas de San Clemente conservan la seriedad, la limpieza y la comodidad señorial del tiempo de Felipe III.

. . . .

. . . .

La noticia de nuestra llegada fué reuniendo en casa del marqués á todos aquellos camaradas que habian tomado parte en las expediciones de *La Torre* y el *Deheson*. Allí volví á abrazar á mis amigos los Risueños, Mondejar, Mata y otros señores, allí tuve el gusto de conocer á las encantadoras hijas del marqués, Amalia y Pilar, y efectivamente Ramon Velasco no habia exagerado nada levantando un altar á aquellas dos preciosidades femeninas.

Sabido es que en la tierra hay tambien ángeles, aunque la Iglesia no siempre los canoniza, y ángeles son las marquesitas de San Clemente para todos aquellos que tienen la fortuna de conocerlas

y admirar la aureola de pureza y bondad que las circunda.

Dejando aparte la belleza griega, la plástica, la del cuerpo, la que se ve, la que se admira con los ojos, la que puede trasmitir el pincel ó el buril para recreo de los adoradores de la forma, la mujer tiene otra belleza más sólida, más envidiable, más grande, más imperecedera: la belleza del alma.

Cuando la mujer reune á la hermosura del cuerpo la pureza del espíritu y el candor del alma, entónces resulta el ángel de la tierra que Dios pone de vez en cuando para ejemplo y consuelo de este pobre hormiguero humano.

En tiempo de Solon, sabio legislador de Grecia, existian en Aténas dos hermanas de notable belleza aunque no de una perfeccion completa pues lo que á la una le sobraba le faltaba á la otra. Los griegos, tan adoradores de la pureza de la forma, deseando tener una Vénus púdica que fuera la admiracion de los siglos venideros, encargaron á un famoso escultor, que tomando por modelo lo más hermoso de cada una de las dos hermanas, hiciera una estatua de mármol. La reunion de ambos modelos en una sola copia habia formado el tipo completo de la belleza griega.

Pues bien, las hijas del marqués de Valdeguerrero son perfectas juntas y separadas, no necesitan prestarse nada como las hermanas griegas, porque cada una de por sí lo posee todo.

Yo estuve enfermo en San Clemente de un ligero resfriado, las hijas del marqués se constituyeron en mis enfermeras, su cariñosa solicitud para conmigo me recordaba á mi querida hija Cármen, sólo que en vez de una hija la hospitalidad habia colocado á dos junto á la cabecera de mi lecho. Las marquesitas siempre sonriéndose me daban á beber cocimientos tan dulces, tan agradables al paladar, golosinas tan exquisitas que yo en vez de desear mi curacion le pedia á Dios que prolongara mi enfermedad.

Además tenía otras razones para ello y me decia:

—Enrique, tú ya vas siendo viejo y es indudable que has cometido algun pecadillo en este valle de lágrimas, penalidades y tentaciones y si ahora te murieras teniendo á la cabecera á estos dos angelitos, es probable que Dios sino por ti por ellas concediera á tu alma un rinconcito en el cielo.

Pero el constipado se curó y cesaron para mí todas las esperanzas de salvacion.

. . . .

. . . .

Las letras no producen en España como en otros países grandes fortunas, pero suelen dar á los que tenemos el feo vicio de escribir para entretener el ocio de los desocupados un poco de consideracion social y otro poco de curiosidad pública.

Yo he escrito mucho, mis libros se han extendido lo bastante para que pueda decir sin modestia

que por todas partes donde voy me encuentro con un lector ó lectora que me dice: «Yo creia que estaba usted más gordo» porque sabido es que allá en su imaginacion y á gusto de su deseo se forma el tipo del escritor cuyas obras ha leido, y cuando le encuentra frente á frente, cuando le mira y le habla entónces suele llevarse un gran desengaño.

El marqués me llevó por todas partes como un objeto de curiosidad, yo no sé si por el noble padrino que me servia de introductor ó por haber escrito *El cura de aldea*, *El Mártir del Gólgota* y *El frac azul* me recibian con tanto cariño que comenzé á temer que mi pobre fragilidad humana corria el peligro de no regresar nunca á Madrid.

En San Clemente conocí á unas señoras parientas del marqués que no puedo recordar sin remordimientos. Consignaré aquí sus nombres como un descargo de mi conciencia algo conturbada, se llaman doña Encarnacion y doña Consolacion Melgarejo: voy á declarar mi culpa en letras de molde para que caiga sobre mí toda la reprobacion de mis lectores; pero al mismo tiempo como esas señoras son tan excesivamente buenas, espero que me perdonen, que buena falta me hace para tranquilizar mi espíritu.

Las señoras de Melgarejo, devotas apasionadas de *Nuestra Señora de Rus*, dedican una parte no pequeña de su renta y todo su cariño á enaltecer el culto de la milagrosa Vírgen, patrona de San

Clemente cuya solemnidad religiosa se celebra en la villa todos los años el dia segundo de la Pascua de Pentecostés con tal fervor, con tal entusiasmo que serian pálidos todos los colores para pintarlos.

Nuestra Señora de Rus habita un modesto santuario lleno de exvotos y ofrendas, situado una hora distante del pueblo; desde este punto la trasladan en hombros de cuatro devotos á la iglesia parroquial; ántes de entrar en el pueblo se detiene la Vírgen en la ermita de San Cristóbal adonde sale á recibirla el clero, el ayuntamiento y todo el pueblo engalanados con sus más vistosos trajes.

Los cuatro fieles conductores de la imágen son casi siempre pobres trabajadores del campo que pujan en la plaza pública el derecho de traer sobre sus hombros á su milagrosa imágen; este dinero es una limosna que se dedica al culto de la Vírgen y muchas veces sube á la respetable cantidad de seiscientos reales, suma que obliga á sufrir algunas privaciones durante el invierno á los fervorosos conductores de la Vírgen, pero sabido es que la fe lo vence todo.

Es gala entre los mozos que han salido vencedores en la puja, cruzar la legua y media de áspero y pedregoso camino con la mayor velocidad posible llevando la sagrada carga sobre los hombros que les infunde fuerza y aliento para soportar la fatiga. Cubren á la imágen con un capuchon de hule para preservarla del polvo y las influencias

atmosféricas y causa asombro verles llegar jadeantes por el cansancio, empapados en sudor y con la sonrisa seráfica del creyente en los labios.

Multitud de gente les rodea, unos á caballo, otros á pié y animándoles todos.

De los pueblos de diez leguas al contorno acuden peregrinos á presenciar la fiesta de *Nuestra Señora de Rus*, algunos van descalzos, otros visten el hábito que debió servirles de mortaja; mujeres jóvenes con el pelo rapado porque han ofrecido á la Vírgen la más preciosa belleza de su cuerpo, cumpliendo así los votos hechos á su milagrosa patrona.

¡Qué entusiasmo, qué fervor religioso! El hombre más incrédulo contagiado por la corriente eléctrica que mana de aquellas almas llenas de fe cristiana prorumpe en exclamaciones y en vítores á la Vírgen.

Nuestra Señora de Rus es para los hijos de San Clemente lo que la Vírgen del Pilar para los aragoneses y la de los Desamparados para los valencianos.

Pues bien, aquí entra mi culpa, de aquí nacen mis remordimientos, yo no podia negar nada á las señoras de Melgarejo por su bondad cariñosa para conmigo y doña Encarnacion me suplicó escribiera unos versos para su querida Vírgen, yo la ofrecí escribir la tradicion de *Nuestra Señora de Rus* y mandársela impresa desde Madrid; pero ¡ay! llegué á esta inmensa fuente del olvido donde me

esperaban graves disgustos que habian de cambiar por completo el horizonte de mi vida y entregado además *al demonio del trabajo* he ido siempre dejando para mañana mi poesía á la Estrella de los mares, á la Reina del cielo.

Pero no importa, la deuda queda en pié, el ofrecimiento vive fresco en mi memoria, el tiempo no ha logrado borrarlo, yo pido perdon á las ilustres damas de San Clemente por esta demora que tan poco me favorece á sus ojos, y las suplico que no me guarden rencor, que me quieran mucho y que no olviden el recomendarme en sus oraciones, á esa misma matrona del paraíso con quien está en deuda el que estas líneas escribe y les dedica.

. . . .

El marqués me llevó á *Villar de Cantos*, pueblo situado á una legua de San Clemente, donde viven sus hermanos en una buena y antigua casa solariega. Allí conocí á doña Dolores y á D. Joaquin, continuaron los obsequios y la hospitalidad manchega, doña Dolores tan buena, tan generosa que apénas decia yo:—qué bueno es esto, qué bonito es aquéllo, me contestaba:—se lo llevará usted á Madrid.

Doña Dolores excesivamente buena y generosa en grado superlativo estaba empeñada en que me llevara todo aquello que me gustase.

A pesar de mi empeño en no aumentar el equipaje tuve que cargar con tres ó cuatro cajones llenos de golosinas manchegas, que si bien por el pronto me causaron alguna molestia, fueron recibidos con gran éxito por mi familia y mis amigos de Madrid.

Al aumento de estas mercancías contribuyeron tambien la señoras de Melgarejo.

Yo estaba aplanado, me faltaban palabras con que demostrar mi gratitud y mi asombro, sólo podia compararse al de Sancho Panza en presencia de los preparativos de las bodas de Camacho.

Tres años despues de aquel en que tuvieron lugar las escenas que voy narrando, ví en Madrid á Pilar, la hija segunda del marqués de Valdeguerrero.

—Amigo Escrich—me dijo, sin duda le hemos tratado á usted muy mal en San Clemente cuando no ha vuelto usted á visitarnos, y yo traigo encargo de todos los amigos y las amigas para decirle á usted que seguimos queriéndole mucho.

—Hija mia—la contesté,—esa reconvencion es justa, pero tambien es justo el motivo que yo tengo para no ir á San Clemente. Soy débil y ustedes demasiado buenos, me temo á mí mismo: Si cuando no tenía el gusto de conocer á ustedes fuí por ocho dias y me estuve cuárenta y dos, ¿qué haría si fuese ahora que les conozco tanto y les

quiero tanto? Créame usted, Pilar, *yo me he prohibido* á San Clemente, pero sigo gritando por todas partes ¡Viva la Mancha!...

Otra vez la galera. Llegó el dia de la despedida, salimos de San Clemente acompañados de nuestros amigos á caballo que fueron dándonos escolta hasta larga distancia, es decir, hasta que les prohibimos pasar adelante, porque á no hacerlo así de seguro nos acompañan hasta Villarrobledo, punto en donde debiamos pasar la noche el marqués y yo para tomar el tren de Madrid al dia siguiente.

Llegamos á Villarrobledo por la tarde y fuimos á hospedarnos en casa de D. Enrique Arce, que se hallaba cazando en su precioso monte *La Berruga*, pero para hacernos los honores de la hospitalidad con toda la tradicional esplendidez manchega, se hallaban allí la anciana madre de D. Enrique, respetable y santa señora, y sus nietas, que desde que nos vieron entrar por las puertas de la casa no cesaron de agasajarnos y rodearnos de todas las comodidades apetecibles.

El marqués de Valdeguerrero que trata á estas niñas como un padre, porque le une con D. Enrique Arce una amistad fraternal, les decia muchas veces riéndose:

—Hijas mias, me aturdis á fuerza de agasajarme y cuidarme.

Y volviéndose á mí, añadia:

—Todo lo que usted ha visto en la expedicion, todo el asombro que á usted ha causado la hospitalidad manchega, no vale un comino para la que hacen en esta casa con sus huéspedes; si usted estuviera aquí ocho dias, lo que ha visto en *La Torre*, en el *Deheson*, en la *Casa-Blanca*, en *La Bastida* y en *San Clemente* le pareceria una miseria; aquí es preciso coger un palo y defenderse de los agasajos que le rodean; en cuanto dirija usted una mirada á la botella del agua se encuentra usted con cuatro vasos de refrescos delante de la boca; si saca usted un cigarro siente usted el calor de cuatro fósforos junto á la nariz; si bosteza usted, le ponen delante una mesa que ni la de Baltasar; si estornuda usted, tabican todas las rendijas y le echan encima todas las mantas de la casa.

La madre y las hijas de D. Enrique Arce se reian de las exageraciones del marqués y continuaban rodeándonos de obsequios.

Pero á qué continuar: el idioma español tan rico, tan abundante en flores retóricas, no tiene bastantes palabras para seguir describiendo la hospitalidad manchega. A los que crean exagerada esta narracion les compadecemos, porque es indudable que no han conocido ni han sido huéspedes de las personan cuyos nombres consigna en estas páginans un deber de justicia y de gratitud.

Al dia siguiente me despedí de la santa familia

de D. Enrique Arce, dí un abrazo al marqués en la estacion de Villarrobledo y la velocidad vertiginosa de la locomotora me arrancó de la Mancha en donde dejaba todas mis simpatías, de donde me llevaba recuerdos tan gratos como imperecederos.

FIN.

LA VEDA DE LA CODORNIZ.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR CONDE DE BALMASEDA.

I.

Desde Pinto, en donde vivo,
en mi humilde hogar cautivo
por las redes de la veda,
estas quintillas escribo
al conde de Balmaseda.
El corazon se me ensancha
pensando que muy en breve,
en Castilla y en la Mancha,
sin el recelo más leve
podré tomar la revancha.
En mi modesto retiro
el plan de campaña trazo:
ya en los rastrojos me miro,
y de cada escopetazo
me estoy prometiendo un tiro.
Ansioso está de matar
mi espíritu de ardor lleno;
más fuego voy á soltar

que el *San Juan Nepomuceno*
y el *Centauro* en Trafalgar.
¡Duerme, querida escopeta,
en el armero colgada!...
y pues la ley te sujeta,
prueba callando que honrada
la ley tu aficion respeta.
Pero el tiempo no perdamos
y el campo reconozcamos;
pues nos dice la experiencia
que es muy útil que sepamos
de la caza la querencia.

II.

Cuando la tarde declina
y la brisa vespertina
refresca la madre tierra,
vóime á la vega vecina
con mi baston y mi perra.
El sol se hunde en Occidente,
reina una calma octaviana,
y el tibio y suave ambiente
me trae el cántico ardiente
de la avecilla africana.
De cazar mi *Nena* ansiosa
va por la linde alfombrada
de verde mielga jugosa,
muy despacio y encorvada
rastreando recelosa.
La tierna espiga se mece
por su rabo sacudida:

con frecuencia se estremece,
y en lo nerviosa parece
que centuplica su vida.
Inmóvil, petrificada,
mi perra se pára en seco;
con la nariz levantada
fija su ardiente mirada
y el rabo estirado y hueco.
¡Que vengan aquí pintores
á retratar los primores
de mi perra en este instante!
pues nada he visto, señores,
más bello, más elegante.
¡Oh, dolor!... ¡Oh, desconsuelo!
¡La codorniz sale á vuelo!
¡Yo apuntó con el baston!!!
Vamos, me doy un *camelo*
en gracia de la aficion.
Mi perra vuelve el hocico
y se me queda mirando,
diciéndome: «No me explico
el que yo esté trabajando
y sea usted tan borrico.»
¡Cómo envidio al padre Adan,
que cazaba sin afan,
pues fué el primer *matutero*,
aunque no tuvo sombrero,
pantalones ni gaban!...
Pero ¿por qué han incluido
la codorniz en la veda
los que la ley han zurcido?
¡Ay, conde de Balmaseda!!!
Lo que es á mí me han... ¡partido!

TAMBERLIK Y GAYARRE,

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON JOSÉ DE ARGAIZ.

Mi querido camarada: si no le conmueven á usted las desventuras del héroe de mi relato que le dedico, me veré precisado, bien á pesar mio, á formar mal concepto del primer cazador de perdices en *guerra galana*, reconocido por los aficionados de pura sangre.

«Sr. D. Celestino Aliaga: Me alegraré que al recibo de estas cortas letras que estoy escribiéndole, se halle con la cabal salud que yo para mí deseo; la mia buena, á Dios gracias. Por aquí no hay novedad ninguna, todos robustos y sanos, exceptuando mi suegra, á quien le ha dado un par de coces la mula *Roma* en mitad de la barriga, que la tiene hace cuatro dias enganchada como un garabato en un rincon de la cocina y encomendándose á todos los santos de la corte celestial; el albéitar del pueblo la ha puesto una cataplasma, que segun

él, que es un pozo de ciencia, no tiene más remedio que sanar ó reventar; excuso decir á usted que yo le dí un pié de paliza á la *Roma* que la he dejado sin gana de retozo para un par de meses.

»Sr. D. Celestino: sabrá usted como en estos montes *por mor de las blanduras* las perdices están en la *picadilla* y es una gloria de Dios de oirlas por las mañanas *chasquear y revolotear á los comederos arreando de firme con el pié.*

»Sr. D. Celestino: sabrá usted como el tio *Cacharra* mató ayer en la punta del *Engarronao* siete perdiganas de una *toradita*; hizo el puesto en la mata del *Cominero* y se le *colarón* de *celo arrastrando las alas y piteando* por la chorrera de en medio de *doña Buena*. Sabrá usted tambien, cómo mi mujer la Blasa se ha bajado al pueblo á *desocupar*, pues estaba de meses mayores y *me ha dicho que le diga* que tan pronto *como lo suelte* subirá al monte á ponerse á la disposicion de usted de muy fina y buena voluntad.

»Como una mujer es el *rigen* de la casa, he hablado con la Juana, la sobrina del tio *Marica* y me ha ofrecido subir á dormir con nosotros. La Juana es muy limpia y espero que le dará gusto en todo aquello que sea de su parte.

»Con que Sr. D. Celestino, si este año quiere usted cazar el *celo del macho*, véngase pronto porque en los *Orillones* hace ya quince dias que las

están matando y despues de *urraqueadas* no se va á *correr un par* ni por un Cristo.

»El tiempo aquí es bueno: al amanecer un remusguillo, luego tan sereno.

»Dé usted memorias á todas aquellas personas que sean de su agrado y fina voluntad y mande como guste á su guarda que le besa los piés.—Anton Melones.

»*Postdata.*—No se olvide de traer la *cosa* de la botica para reventar á las zorras, porque están haciendo mucho daño en las gazaperas: tráigame un poco de pólvora y municion de cuarta.»

D. Celestino Aliaga leyó con vivo interés la anterior carta á las once de la mañana, encontrándola tan elocuente como los diálogos de Platon, y dejando asomar á su bondadoso semblante una de esas sonrisas que, naciendo del fondo del alma, esparcen los tonos de la felicidad por el semblante, se dijo:

—Anton, tiene razon. La primavera se adelanta este año, es preciso disponerlo todo, ó por mejor decir, dejarlo todo... irse al monte... ¡y con lo que yo tengo!!!

Y al decir esto dirigió una mirada seráfica, una mirada llena de ternura, de gozo inefable, de ardiente amor, á un elegante jaulero de nogal que se hallaba sobre la piedra de la chimenea.

Aquel jaulero era el *artefacto* predilecto que adornaba el despacho de D. Celestino. Sostenia

dos elegantes jaulas de perdiz y dentro de ellas, prisioneros dos *machos* de la citàda especie, que habian proporcionado á su dueño horas de inefable felicidad.

Llamábase uno de ellos *Tamberlik*, el otro *Gayarre*; habia elegido para bautizarlos el nombre de dos eminencias en el arte del canto. ¡Pero cómo ponerles otros á tan excelentes cantores! D. Celestino hubiera cometido un acto injusto, y reprobable por los buenos aficionados, no escribiendo en letra redonda y clara sobre las piqueras de las jaulas *Tamberlik—Gayarre*, pues segun él estos nombres eran la epopeya de la melodía y al bautizar con ellos á sus reclamos, habia dicho la última palabra para enaltecerlos.

D. Celestino comenzó á disponerlo todo. ¿Dónde hay poesía; encanto, placer comparable al que rodea al cazador de *jaula* cuando se ocupa en arreglar lo necesario para una expedicion...? Y cuidado que necesita cosas un *jaulero* para cazar el reclamo desde el banco seráfico de la paciencia: las fundas, las soleras, la silla, la orquilla, la herramienta para retapar el puesto, los ganchos, el palo y la correa para unir y sujetar las jaulas, las pastillas de regaliz ó azúcar piedra para endulzar el matinal destilo de la garganta, siempre inoportuno; de seguro el célebre explorador del Africa central Liwingstone, no llevaba en su arriesgada expedicion un equipaje tan complicado como lleva un *jaulero* de Madrid para cazar el macho.

D. Celestino meditó profundamente la lista de los comestibles poniendo como primera partida un saco de cañamones y trigo y la fresca é imprescindible escarola para los reclamos; revisó las fundas, los ganchos, las soleras, puso una gotita de aceite en los alambres de la piquera de las jaulas, lo examinó todo con ese minucioso detenimiento propio del cariño, y despues de dar trescientas vueltas por la casa mirando al cielo y cogiéndose el labio inferior con el índice y el pulgar de la mano derecha como el que busca algo por los rincones de su imaginacion, se dejó caer en una butaca, murmurando:

—Creo que no me falta nada.

¡Oh placer de los dioses...! Esta encantadora ocupacion absorbió á D. Celestino un dia y parte del otro; quiso dormir aquella noche, pero le fué imposible. Cien veces, al quedarse traspuesto, le despertó el *pichou... pichou...* de la perdiz que se revuela y el *cuchichi*, *cuchichi* del macho jacarándoso que sube ansiando pelea por una ladera atraido por las ardientes notas de *Gayarre* ó *Tamberlik*.

Al dia siguiente se levantó temprano; su primera visita fué para los reclamos. Celestino palideció... *Tamberlik* hacia jée... jée... como si tuviera gargajillo y *Gayarre* serio, *mantudo* y cabizbajo, miraba á su amo bostezando y haciendo al mismo tiempo *¡miaaaau!... ¡miaaaau!...*

—¡Dios mio!—exclamó D. Celestino palidecien-

do y llevándose las manos á la cabeza.—¡Qué es lo que oigo!... ¡mis pájaros están malos! *¡Tamberlik* tose! *¡Gayarre* maya! ¡y Anton Melones me espera esta noche en la estacion! No faltaba más sino que se me echase á perder un *celo* que tan bien se presenta.

Celestino le dió á *Tamberlik* un poco de cebolla picada y un baño de piés con agua fria á *Gayarre*; luego se dedicó á hacer los últimos preparativos para la expedicion; colocó en una de las maletas doscientos cartuchos y renaciendo en su pecho la esperanza, volvió á decirse frotándose las manos como el hombre satisfecho de sí mismo.

—Voy á coger el *celo* en toda su fuerza. Hay muchas perdices; en ocho dias puedo matar doscientas, porque si *ahumo* alguna, en cambio espero hacer alguna *carambola*, de modo que mataré doscientas.

Un cazador, aunque cuente setenta años de antigüedad, no pierde las ilusiones del niño. Su vida es un sueño de color de rosa que se prolonga hasta lo infinito, y aquí el lector me permitirá una ligera digresion, pues voy á confiarle con la mayor reserva una debilidad mia. Me gusta la escopeta porque ella me mantiene en perfecto estado de juventud, me hace vivir en un círculo encantador de ilusiones que nunca desvanecen los continuos desengaños que con harta frecuencia toca el aficionado á la venatoria, pues así como en los enfermos del

pecho á manera que se acerca la muerte ven aparecer ante sus ojos un hermoso horizonte que les hace formar planes encantadores para el mañana, así el cazador vive oreado por las adormecedoras brisas de la esperanza y apénas termina una expedicion desgraciada, proyecta otra prometiéndose grandes y felices resultados.

Volvamos á D. Celestino que pertrechado como si fuera á hacer un viaje al interior de África, salió aquella noche tomando asiento en un coche de primera en el tren-correo de Zaragoza.

Nada de particular le sucedió en el viaje. Llegó felízmente á las doce de la noche á la estacion de... nada importa el nombre. Allí le esperaba el guarda con una caballería mayor para él, y una borriquilla para las perdices y el equipaje.

El tiempo habia cambiado: esto sucede con frecuencia á los cazadores de reclamo, porque precisamente la época del celo es la época de los rápidos cambios atmosféricos. La noche que nos ocupa hacia mucho frio y un airecillo desapacible y penetrante, que se infiltraba hasta la médula de los huesos; pero D. Celestino no se arredraba por tan poco: dió un trago de cognac al guarda, bebió él otro, encendió un cigarro, se bajó las orejas de la gorra de pelo, se ató el capote á la cintura y montando en la mula, abandonó la estacion dirigiendo la cabeza del *arre* hácia el monte apetecido.

El cazadero se hallaba distante legua y media de

la estacion; como el camino era propio para cabras, y la noche oscura, no podia andarse de prisa sin grave riesgo de un batacazo y sus consecuencias; necesitaban, pues, tres horas para llegar al monte.

Pero D. Celestino todo lo daba por bien empleado, porque la esperanza le perfumaba por los cuatro lados.

—Vamos á ver, Anton—dijo D. Celestino á su guarda, que caminaba á pié al lado de la burra,—¿cómo estamos de perdices?

—De perdices—contestó el guarda,—de perdices... yo le diré á usted... perdices... lo que es perdices hay muchas en el monte, pero...

Este *pero* fué la primera nube que oscureció el hermoso sol de la felicidad que iluminaba el corazon de D. Celestino.

—Pero ¿qué? hombre, ¡acaba!...

—Pero... hace dos dias que parece que se las ha tragado la tierra; ni cantan, ni se revuelan, ni veo una por ninguna parte.

—¿Pues no me has dicho en tu carta que estaban?...

—Toma, cuando yo le escribí á usted hacía otro tiempo, y me sacaban las perdices á bailar; pero han caido dos grandes escarchas y han vuelto á unirse en bandos; yo creo que ha venido usted demasiado pronto.

—Pero, ¿es posible que en veinte años que cazo en el monte el *celo* del *macho* nunca he de llegar

á tiempo para divertirme? Unas veces vengo muy pronto; otras muy tarde, y luégo dicen los que quieren prohibir el reclamo que les matamos nosotros los padres.

Aquí dió un tropezon la mula, y D. Celestino se hubiera apeado por las orejas, á no levantar á tiempo la caballería la cabeza, dándole un golpe en el pecho que le volvió á colocar dolorosamente sobre la albarda.

—No se confíe usted mucho—dijo el guarda,—que la mula no es muy segura.

—Buena seguridad te dé Dios—repusó con mal humorado acento D. Celestino,—con un ramalillo de mala muerte, una albarda como una torre, y sin estribos donde apoyarme, si vuelve á tropezar, de seguro me rompo las narices contra los guijarros del camino.

Y efectivamente; en aquella ocasion D. Celestino fué profeta y se apeó por las orejas, dando una costalada mayúscula; pero, por fortuna, sin más consecuencias que el susto y una leve rozadura en la oreja derecha.

Lo primero que se le ocurrió al ver que habia salido ileso del lance, fué pensar que si la burra tropezaba, lo cual estaba dentro de la esfera de lo posible, *Tamberlik* y *Gayarre* podian sufrir algun percance desagradable, aún peor que el haberse roto él las narices, pues una pata rota ó una ala dislocada es suficiente causa para que un reclamo

deje de cantar, y esto es grave para un verdadero aficionado al *cuchichí.*

D. Celestino, que habia resuelto no montar más en la mula que tan pocas seguridades *personales* le ofrecia, se dijo:

—Iré al cuidado de mis *pájaros;* es preciso evitar que les suceda alguna desgracia.

D. Celestino cogió el áspero borde de las aguaderas con la mano derecha, y continuó á pié su camino al lado de la burra.

El guarda, que no era muy partidario del caballito de San Francisco, montó en la mula, y á las tres de la mañana, despues de soportar algunas docenas de tropezones que pusieron en bastante mal estado los callos y los juanetes de nuestro cazador, llegaron á la codiciada casa del monte.

Despues de los cumplidos de ordenanza, y miéntras la hija del tio *Marica* disponia unas sopas con huevos para calentar el desfallecido estómago de D. Celestino, éste, desenfundando los *faroles*, puso las jaulas sobre una mesa, colocó junto á ellas una luz y picó un poco de escarola con la escrupulosidad y delicadeza de un verdadero aficionado al *cuchichí*; levantó las piqueras de la jaula, y se las puso, diciéndole con cariñoso semblante: ¡Chiquito! ¡Chiquito! ¡Chiquito!

Miéntras los dos reclamos comieron verde, su amo les acarició con dulces y cariñosos diminutivos y miradas llenas de amorosa ternura.

D. Celestino, sentado junto al hogar, y comiéndose las sopas con huevos, un trozo de carne fiambre y una taza de café, se creyó el hombre más feliz de la creacion.

Otro ménos aficionado á la *jaula* que nuestro héroe se hubiera acostado; pero eran las cinco de la mañana y D. Celestino tenía hambre de oir á *Tamberlik* hacer prodigios de garganta sobre la verde copa de un chaparro.

Dirigió cuatro palabras cariñosas á *Tamberlik*, le puso la *sayuela* y se colgó el *farol* á la espalda, procurando zarandearlo lo ménos posible; dió la escopeta, la silla de tijera y el capote al guarda, y dijo:

—Vamos, Anton.

Salieron de la casa; el guarda delante y D. Celestino pisándole los talones y procurando menear lo ménos posible las espaldas, para que *Tamberlik* viajara con toda comodidad.

La oscuridad era completa; un airecillo frio y desapacible comenzó á juguetear en derredor de las sienes de D. Celestino, causándole un estremecimiento desagradable; pero un *jaulero* de pura sangre no se detiene por tan poca cosa.

Despues de media hora de marcha y no pocos tropezones llegaron al *pico del Obispo*, término del monte por la parte del Mediodía, que dominaba una fértil vega.

Aquel puesto era el más famoso del monte; se

habian matado muchos cientos de perdices (no don Celestino.) La voz del reclamo dominaba una gran extension de sembrados. Celestino colocó á *Tamberlik* entre las ramas de una pequeña encina, *retapó* bien la jaula, limpió el *tiradero* de toda piedra que pudiera hacer rechazar los plomos, y despues de tomar las precauciones de un *jaulero práctico* se metió en el *tollo*, sentóse cómodamente, puso la escopeta en la *tronera* y sacó la petaca, dándole un cigarro al guarda y diciéndole:

—Vete.

El dia comenzaba á clarear, pero aún no se distinguian bien los objetos. D. Celestino se puso á mirar por la tronera. Las sombras aún extendian su imperio por la tierra, no se veian bien los objetos, y hasta el punto de que la mata más insignificante de un tomillo parece una perdiz.

D. Celestino creyó ver una perdiz á la derecha del *tanganillo* en donde se hallaba colgado el reclamo, y más le confirmó en la sospecha el oir á *Tamberlik* que comenzó á *besar* y *cuchichear* por lo bajo como si *recibiera* á un *macho* que entrara de *callada*.

Tomando todas las precauciones propias de las circunstancias, acercó la cara á la *tronera* para inspeccionar el terreno, y una hojita de chaparro se le introdujo sin pedirle permiso en el ojo, produciéndole un efecto tan vivo, que D. Celestino vió, como suele decirse, las estrellas, y no pudo

contener una interjeccion impropia de todo lenguaje escrito.

Llevóse las manos á los ojos, que entre el frio de la mañana, el no dormir y el dolor de la rozadura comenzaban á convertirse en un mar de lágrimas.

—¡Y es el derecho!—exclamó D. Celestino.—¡El derecho! ¡Qué fatalidad!!!

Miéntras tanto *Tamberlik* continuaba del modo más meloso y seductor *cuchicheando* por lo bajo y despidiendo *besos* provocativos.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio!—pensó desde el fondo del alma D. Celestino, limpiándose el ojo con el pañuelo.—¡Le está *recibiendo,* va á entrar y no le voy á ver!...

Y haciendo un esfuerzo el infortunado cazador cerró el ojo izquierdo, aplicó el derecho al agujero de la tronera y como las lágrimas y el escozor extendian delante de él una aurora boreal, volvió á repetir:

—¡Nada!... ¡nada!... ¡nada!...

De pronto á su derecha, casi al alcance de la mano, oyó una voz cuyo eco retumbó en lo más profundo de su corazon. Esta voz grave, reposada, que se iba acercando pausadamente, decia:

—*Ca*, *ca*, *ca*, *carac*, *carac*, *caracacha... Ca*, *ca*, *cara*, *caracacha... cuchichí... cuchichí...*

—¡Es un *macho!*—volvió á repetir D. Celestino.

Y nuevamente hizo esfuerzos heroicos para des-

cubrir terreno. Todo fué en vano; las lágrimas empañaban su vista, el dolor le producia el efecto óptico de multiplicar los objetos.

Una perdiz se presentó en la *plaza*. D. Celestino suspiró *para adentro*, lo cual sabe hacer todo *jaulero* para desahogar su pecho sin producir ruido, se *encaró* la escopeta, cerró el ojo izquierdo y entónces le pareció ver al pié de la jaula tres perdices.

—¡Tres!... ¡tres!... esto empieza bien—se dijo de un modo que ni él mismo lo oyó.

D. Celestino se quedó inmóvil con la mala intencion de matar á aquellas tres gallináceas de un solo tiro.

Pero cosa extraña, asombrosa y nunca vista por un cazador de *jaula*, las tres perdices que le tenian electrizado hasta el punto de no sentir los dolores del ojo, comenzaron á hacer á un tiempo y con exactitud matemática los mismos movimientos, si una picaba la hierba, picaban tambien las otras dos, si *engallaba* la cabeza, hacian lo mismo sus compañeras, si daba una carrerita *parándose en seco* hacian lo mismo las otras dos.

D. Celestino cansado de tanta inmovilidad apuntó á la que se hallaba á la izquierda, hizo fuego, y casi al mismo tiempo de la detonacion se oyó el estridente vuelo de una perdiz acompañada de estas palabras bárbaras: *pichou... pichou... pichou...*

D. Celestino se dijo:

—He muerto una y han volado las otras, ellas volverán.

Puso un cartucho, se llevó la mano al ojo cuyos dolores y lágrimas le causaban un escozor harto molesto y se quedó rodeado de un paraíso de dolorosas estrellas escuchando á *Tamberlik* que decia: *Carac... Carac... Caracacha... Carac... Carac... Cachac... Cuchichí... Cuchichí...*

—¡Otra, otra!—repuso D. Celestino limpiándose los ojos.

Y arrimando la cara á la *tronera* le pareció ver cuatro perdices en la *plaza*.

D. Celestino á pesar de su averiado ojo, su conturbada vista y sus agudos dolores, se creyó en aquel instante el hombre más feliz del globo terráqueo, disparó un segundo escopetazo apuntando á la perdiz de la derecha y volvió á repetirse el vuelo estridente y el *pichou... pichou...* grito de alarma y fuga de las perdices.

Entónces quiso reconocer el terreno. Se limpió de nuevo los ojos llenos de lágrimas y todas las matas le parecian perdices muertas, la desesperacion se apoderó del alma del *jaulero*, y cosa extraña, *Tamberlik* cerró el pico, calló, no *se quedó recibiendo con el tiro*, y este silencio fué tan espantoso para D. Celestino, que al mismo tiempo que de sus ojos deslumbrados caian lágrimas de dolor sus labios trémulos pronunciaron dulcemente estas palabras:

—Chiquito, hermoso, ¿qué tienes?...

Tamberlik no dijo esta boca es mia; aquel silencio fué para D. Celestino una puñalada más dolorosa que los pinchazos del ojo.

Miéntras tanto por la derecha, por la izquierda, por delante y por detrás, las perdices del campo cantaban saludando al sol sin que *Tamberlik* contestara ni una sola *pitada*.

D. Celestino no podia explicarse el mutismo de su reclamo favorito.

De pronto el cazador se estremeció. Un pensamiento negro como el fondo del pozo Airon, triste como las lamentaciones de Jeremías, aterrador como las imágenes del Apocalípsis, cruzó por su mente.

Entónces sintió un gran frio en el corazon, le zumbaron los oidos y se le pusieron de punta los pocos pelos que tenía en la cabeza y levantándose de la silla como impulsado por una catapulta, salió tambaleándose del *tollo* llevándose la mano derecha al ojo y la izquierda al corazon.

En el *tiradero* no habia ninguna perdiz muerta, ni siquiera plumas. Dirigió el ojo sano hácia la jaula; *Tamberlik* se habia echado, estaba pegado á la solera y con la cabeza inclinada.

Celestino avanzó con miedo, estremeciéndose, espantado de que sus temores se realizaran, de que la incertidumbre se convirtiera en una realidad.

Julio César no vaciló tanto para pasar el Rubicon como nuestro cazador para aproximarse á la jaula, llegó por fin y lanzó un grito cuyo eco doloroso fué á perderse en las concavidades del pico del Obispo, grito indescriptible, *Dies ire* sin palabras ni acompañamiento de *canto llano* que brotaba de la destrozada alma de un cazador, poema de amargura que no tiene equivalente en los terribles fastos del dolor.

D. Celestino habia visto una gota de sangre asomar al pico de coral de su querido reclamo, un perdigon habia perforado la garganta privilegiada de *Tamberlik* que dirigia á su amo una mirada dolorosa, moviendo con fatiga la cabeza, muestra inequívoca de su mortal agonía.

Entónces D. Celestino oyó allá en el fondo de su conciencia una voz que le gritaba: ¡Asesino! ¡asesino! ¡asesino!

Celestino cayó de rodillas junto á la jaula y se echó á llorar de un modo tan estrepitoso que hubiera causado envidia á las plañideras de Israel.

De pronto, como si los remordimientos le asaltaran, como si le causara espanto la presencia de su víctima, emprendió la fuga gritando:

—¡Yo le he matado!... ¡yo le he matado!...

El infeliz llegó á la casa del guarda ¡pero en qué estado, Dios mio! el rostro descompuesto, pálido, sudoroso, el ojo derecho hinchado, sanguinolento por el dolor, el ojo izquierdo apagado y hundido

por el remordimiento, las manos crispadas, el pecho palpitante y gritando:

—¡Yo le he matado!... ¡yo le he matado!...

La hija del tio *Marica*, al verle entrar de aquel modo, al oir áquellas terribles exclamaciones, al ver la desesperacion con que se arrojó sobre la cama creyó que el muerto era Anton Melones y se puso á gritar:

—¡Que desgracia, Dios mio, pobres de nosotros!

Afortunadamente la presencia del guarda calmó las lamentaciones de la *Marica* y entónces se supo toda la verdad.

Se recogió el cadáver de *Tamberlik*, la escopeta, el capote y todos los adminículos que D. Celestino se habia dejado en el *tollo*, se aplicaron paños de árnica al ojo del *jaulero* y como la inflamacion iba en aumento al dia siguiente regresó á Madrid con el ojo vendado y su reclamo favorito muerto.

A *Tamberlik* lo disecó Severini, el ojo lo curó el doctor Cervera, pero nadie pudo nunca tranquilizar el dolor, ni apagar los remordimientos que atormentaron toda la vida el sensible corazon de D. Celestino Aliaga; porque el *jaulero* que tiene la desgracia de matar á un reclamo que le ha prestado buenos servicios, no olvida nunca los detalles de aquel dia funesto en sus fastos venatorios.

EPÍSTOLA VENATORIA.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

¡Un mes!... ¿Será verdad? ¡Un mes entero!...
¡Oh, Dioses inmortales!...
¡Treinta dias cabales
Mi escopeta colgada en el armero!...
Mil novecientas veinte horas... ¡Cielos!
¡Sin cortar ni una pluma ni dos pelos!
¡Un mes sin ver del monte
El terreno quebrado!...
¡Un mes sin admirar el horizonte
Del cielo dilatado!...
¡Un mes sin contemplar las alboradas,
Ni aspirar de las brisas perfumadas
El saludable ambiente!...
¡Un mes sin ver el campo hermoso y puro,
Ni escuchar el murmurio de una fuente!...
Francamente, señores, de seguro
Para mí no hay remedio
Si ese mes se prolonga á mes y medio.

¡Á cazar!... ¡Á cazar!... Corta es la vida,
Y además de ser corta vale poco;
La muerte, entre las sombras escondida,
Espera la ocasion, siempre traidora,
Y sale á lo mejor, nos hace el *coco*,
Y nos viene á decir: «¡Llegó tu hora!»
En verdad, caballeros, no me explico
Por qué trabaja el hombre siendo rico:
Aunque sea inmoral, os aconsejo
Que no seais esclavos del trabajo;
Yo he trabajado mucho... ya soy viejo,
Harto estoy de seguir por el atajo,
Y hablando con franqueza,
Os lo voy á decir... pero muy bajo:
Yo rindo adoracion á la pereza.

El aire de Madrid, envenenado,
Al aspirarle, mata;
El aire de los montes, perfumado,
Salud nos presta y el pulmon dilata.
¡Adios! villa del oso,
Tu atmósfera me abruma;
Voy á buscar la calma y el reposo
Léjos de mi tintero y de mi pluma.

Ya llego á la estacion, tomo un billete,
Y al instante dos vales de perrera
Para mi hermosa *Flay* y el noble *Pinto* (1),

(1) Fly se escribe en inglés, y suena Flay en español. Ambos perros han muerto. Flay, de enfermedad; Pinto, despeñado.

Perros que, siendo dos, valen por siete,
Por sus vientos, sus cobros, y su instinto.
Me acomodo en un coche de primera.
—¡Viajeros al tren!...—grita un camueso,
Á quien la empresa paga para eso;
Suena la campanilla,
La máquina formula un resoplido,
La presion del vapor se escapa y chilla,
Los topes chocan, el herraje cruje,
El moderno titan lanza un bramido,
Muestra potente del gigante empuje
Que lleva en sus entrañas escondido.

¡Adios! villa del oso y el madroño,
Sólo habitable cuando reina otoño;
Á manera que el tren de ti me aleja,
Me siento remozado;
Ni el mal me aflige, ni el pesar me aqueja,
En cuanto llego al monte codiciado.
La hacendosa guardesa que me espera,
Muy cerca del hogar la mesa pone;
La modesta vajilla,
Sobre el blanco mantel cual plata brilla;
La llama del hogar vivificante
Que en torno reverbera,
Tintas de robustez presta al semblante.
Ceno, tomo café, fumo y me acuesto,
Desnudo, por su puesto,
Y pensando en el goce, en la delicia
Que el cazadero donde estoy me ofrece,
Morfeo dulcemente me acaricia,
En sus brazos me mece.

Por fin, quedo dormido,
Los pesares de ayer dando al olvido.

El alba precursora
Del sol radiante que los campos dora;
La alondra que del surco se levanta,
Y al dia saludando
Bate las alas, se remonta y canta;
Mis perros bostezando,
El cuerpo y las orejas sacudiendo;
Hasta el gallo cantando,
Todo me está anunciando
Que ha llegado la hora, á lo que entiendo,
De abandonar el abrigado lecho.
Me pongo el pantalon, luégo la faja,
Las botas, el chaleco, la chaqueta;
Coloco en los bolsillos
El pañuelo, navaja,
Fósforos de carton y cigarrillos;
Silbo á los perros, cojo la escopeta,
El sombrero me encajo,
Me ciño la canana,
Y alegre y satisfecho
Tomo ladera abajo
Al despuntar la luz de la mañana.

Antes, lector, que digas
Que en ayunas cazar es desatino,
Debo advertirte que comí unas migas
Con jamon adornadas,
Y un buen vaso de vino

De varias *convidadas;*
Pues nunca olvida el cazador prudente,
Que ántes de dar principio á la batida
Es preciso tomar algo caliente.

¡Oh, qué hermoso está el dia!...
¡Salud, gratos perfumes que del monte
El tomillo me envia
En los pliegues del céfiro escondidos!...
¡Salud, limpio horizonte!
¡Salud, gratos sonidos
Que la perdiz guerrera,
Que canta en la ladera,
Le dedica al amor de sus amores
Cuando nacen del sol los resplandores!

Sobre alfombra mullida
De verde hierba, que el rocío esmalta,
Comienzo con mis perros la partida;
De gozo el corazon alegre salta;
Á mis espaldas, por la altiva loma,
Su corona de luz y resplandores
El sol naciente sonriendo asoma.
Y esto de dar la espalda al sol que nace,
Y dársela tambien al sol que muere,
Es costumbre de doctos cazadores;
Pues con chispas de fuego
Su oblicuo rayo las pupilas hiere;
Y de poco sirviera la destreza
Si al querer apuntar te deja ciego
Y no derribas la anhelada pieza.

Vamos, hermosa *Flay*, llegó el momento
De comenzar la mano codiciada;
Basta ya de carreras y locuras,
Cacemos cara al viento,
La nariz levantada,
Dando al cuerpo graciosas curvaturas.
No te adelantes mucho, imita á *Pinto*,
Que vuelve con frecuencia la cabeza
Á ver si estoy yo léjos,
Pues le indica su instinto
Que no es posible derribar la pieza,
Aun siendo el cazador hombre de suerte,
Si no arranca en el radio de la muerte.

Al fin de una cañada,
Do vegetaban unos pobres cardos
En medio de unos calvos espartales,
Hizo *Pinto* de pronto una parada
Y con ella de alerta las señales,
Que al darle al rabo movimientos tardos
Me indicó que allí habia
Algo donde probar la puntería.
Yo no hice caso; de repente arranca
Una liebre más grande que una zorra:
Veloz, cual la centella,
Emprende en direccion á una barranca,
Las orejas tendidas sobre el cuello.
Flay y *Pinto* se lanzan en pos de ella,
Le envio el prímer tiro, y hago porra,
Me aturdo, me atropello,
Y le envio el segundo,
Y en vez de dar los plomos en la carne

¡Oh vergüenza! ¡Oh baldon! dan en el mundo.
Me di un cachete, me mordí una mano,
Y con voz por la rabia conmovida,
Formulé una palabra en castellano
Que está por la decencia prohibida.

Mis perros regresaron
Cansados, jadeantes,
Y con la lengua fuera de la boca
Parados ante mí los dos qúedaron.
En sus pupilas tristes, chispeantes,
Leí un poema de elocuencia muda
Que me llenaba de vergüenza y luto,
Pues no me cabe duda
Que querian decirme: «Usté es muy bruto.»
¡Ay! si los perros por desgracia hablaran
Cuántas cosas dirian
Que el rubor al semblante nos sacaran,
Pues siempre con razones probarian
Que al castigarles sin fundado agravio
El hombre es animal y el perro sabio!

—Vamos, mi viejo amigo,
Le dije al noble *Pinto*, que tenía,
Con pertinaz empeño,
Fija su vista en la mirada mia,
Alegra el rostro, desarruga el ceño;
Era una buena pieza,
Y espero me dispenses la torpeza;
Siento haberte enfadado,
Y te ofrezco, si salta otra rabona,

Apuntar con más calma y más cuidado;
No me guardes rencor, caza y perdona.—
Y dándole en el lomo unas palmadas
Y un suave tiron de las orejas,
Quedaron en un punto terminadas
todas mis rabias y sus justas quejas.

Llegamos á un tallar, ¡paisaje hermoso!
Fresca vegetacion lo tapizaba,
Y aquí y allá de la copuda encina
El penacho frondosó
Con pausado vaiven se cimbreaba
Al beso de la brisa cariñoso.
Sobre una alta colina,
Paloma blanca cual la nieve pura,
Veíase una casa
De modesta y sencilla arquitectura.
Hogar modesto donde el hombre vive,
Donde el trabajo y el amor concilia,
Cuando de Dios la bendicíon recibe
Al calor sin igual de la familia.
Mas veo que me olvido,
Entregado á mis sueños de poeta,
Que á cazar he venido,
Que llevo sobre el hombro la escopeta.
Hola, ¡hay novedad! Mucho me agrada
Al ver que *Pinto* y *Flay* se han alegrado:
Ella el hocico estira,
Le tiembla el labio, brilla su mirada;
Pinto, que está á su lado,
A un espeso chaparro atento mira;
Yo voy á prepararme por si acaso,

Pues adivino en su intencion siniestra
Y receloso paso,
Que ámbos muy pronto quedarán de muestra.
El rastro es muy caliente,
Pinto no fué jamás perro embustero;
Flay es algo impaciente,
Es hembra, es jóven, sabe que la quiero,
Y algunas veces, por capricho, miente.

De muestra se han quedado:
¡Vengan aquí pintores!
Colóquense á mi lado
Á copiar de mis perros los primores;
Inmóviles, cual rocas,
Hácia el suelo los pechos encorvados,
Sin respirar las entreabiertas bocas,
Los rabos en alambres trasformados,
La mano levantada
Y la mirada chispeante y fija
Donde magnetizada
La codiciada pieza se cobija.
«¡Entra!» Les grito yo, y cual torrente
De la cumbre del monte desprendido,
Penetran en la mata de repente.
Yo me hallo prevenido:
Pichou... pichou .. pichou... ¡Son dos perdices!
Lanzo un grito de gozo y hago fuego;
¡Oh, momentos felices!...
Derribo la primera,
Un placer sin igual mi pecho inunda,
Y me revuelvo con presteza luégo

Y cae como un trapo la segunda.
Mis perros se abalanzan en pos de ellas,
Y alegres y arrogantes
Las traen á mis manos palpitantes,
Y por las rojas puertas de la herida
En doliente estertor pierden la vida.

Fumemos un cigarro
Y aspiremos la brisa embalsamada
Á la sombra que presta este chaparro;
La vida sin cazar no vale nada,
Que en los montes el alma se refresca;
Al que no es cazador le compadezco,
Ni sabe, vive Dios, lo que se pesca.
¡Ay, Sr. D. José, mi buen amigo!...
¡Usted que tantas veces fué testigo
Del placer inefable que bosquejo...
Usted que, como yo, tanto ha cazado,
Usted que es, como yo, cazador viejo
Y ha visto, como yo, tanto conejo
En varias actitudes encamado!...
¿No me podrá decir qué hace ese gente
Que sin coger jamás una escopeta,
Ni gozar de la caza los encantos,
Pasa entre afanes su existencia inquieta
Aspirando un ambiente
De farsa y corrupcion, de angustia y llantos?
¿Qué es vivir sin cazar? ¡Terrible pena!...
La existencia del hombre se desgasta
Atada del afan á la cadena,
Y poco á poco nuestra pobre casta,
Desmedrada y raquítica,

En los crisoles se consume y gasta
Del interés, el vicio y la política.

¡Oh, tiempos venturosos
Que en nuestra España habia
Ménos gas y más osos
Y era cazar la ocupacion del dia.
El indómito ibero
Con el empuje del potente brazo
Derribaba un ternero
De un solo puñetazo,
Y al despuntar del sol la luz primera
Se almorzaba tres libras de ternera!

¡Á cazar! ¡Á cazar! Corta es la vida...
Y el hombre, pobre loco,
Por su desgracia con frecuencia olvida
Que ante sí tiene de la muerte el faro,
Que este pícaro mundo vale poco,
Y aunque vale tan poco, cuesta caro.

UN DRAMA SUBTERRÁNEO.

(Memorias tristes de una honrada familia de conejos.)

DEDICADO Á MI QUERIDO AMIGO Y COMPAÑERO DE CAZA
DON FRANCISCO GARNICA DE LARA.

Esopo, Cervántes, Samaniego y otros muchos escritores eminentes hicieron hablar á los animales, y... ¡oh poder mágico del genio! los hicieron hablar con más gracia, más filosofía y más entendimiento que hablan la generalidad de los hombres.

Seguir buenos ejemplos es doctrina provechosa en este valle de lágrimas, y como la palabra es el verbo divino para expresar las pasiones, las alegrías y los pesares entre los racionales, yo, que á ellos me dirijo, voy á hacer hablar á una honrada familia de conejos.

El presente artículo es un acto de conciencia que descargo sobre el papel; he hecho dar la *voltereta mortal* á muchos miles de conejos, he presenciado todas las variadas fases que representa la muerte de los mamíferos roedores del género liebre, viéndoles estirar la *pata* de cien diversos modos; y si la trasmigracion de las almas es cierta, como

afirma Bracman en la India, y Pitágoras en Grecia; si cuando el alma queda libre de los lazos de la materia, reposa un poco en el seno de la muerte yendo á animar despues el cuerpo de un hombre ó un animal hasta su perfecta purificacion, aseguro á ustedes que si algun dia soy conejo, pasaré una vida de sobresaltos y de terrores, que no la deséo ni al mayor de mis enemigos; justa recompensa á los arroyos de la sangre inocente que he derramado durante los treinta años de batallas venatorias que cuenta mi hoja de servicios.

Entremos en materia:

D. Prudencio era un conejo que contaba la respetable ancianidad de cuatro celos ó hierbas. El hombre era para Prudencio el animal más feroz de la creacion. ¡Le habia dado tantos sustos! ¡Le perseguia con un encarnizamiento tan salvaje! ¡Habia interrumpido tantas veces la dulce paz de sus digestiones, que el pobre pasaba los dias en el rincon más profundo de su madriguera, saliendo solamente por las noches, despues de tomar toda clase de precauciones, á rumiar alguna hierbecilla de las cercanías de su vivar!

Dos meses tenía Prudencio grabados en su memoria: Marzo, todo color de rosa; Setiembre, todo negro como el fondo de una tumba; porque en e monte que le habia tocado la *desgracia* de nacer, se guardaba rigurosamente la veda.

El dia primero de Marzo era para Prudencio el

más hermoso del año. Los meses de Abril, Mayo, Junio, Julio y Agosto recorria el monte con la alegría retozona de un cabritillo, visitaba á sus amigos, saludaba á los lagartos y tenía una sonrisa cariñosa para la indolente zumaya, un ratito de conversacion para la gruñona marica, y muchos suspiros enamorados para las tres hembras de su especie, que libres del plomo mortífero, le habian tocado en suerte para aumentar su progenie.

¡Qué feliz era entónces! ¡con cuánta delicia rumiaba la amarilla flor del árnica y el azulado penacho del romero! Un tomillo le servia de flotante y olorosa tienda para tomar la siesta, libre de los ardientes rayos del sol; un chaparro era su palacio de verano. Los dioses del Olimpo eran unos desgraciados comparados con él, porque D. Prudencio, durante los cinco meses de veda, no tenía que hacer otra cosa que comer, dormir, amar y rascarse de vez en cuando las siete docenas de garrapatas que festoneaban sus orejas.

La tibia luz del alba sorprendia á D. Prudencio retozando con sus dulces compañeras sobre el blando césped que bordeaba su vivar; ¡qué saltos! ¡qué zapateados! ¡qué revolcones sobre la removida tierra, tan poéticamente perezosos! Tendido á la bartola, recibia el primer rayo del sol, y las hembras, puestas de *bolo* en derredor suyo, le prodigaban toda clase de caricias; D.ª Mónica le rascaba la barriga con toda la coquetería de su en-

trañable amor; D.ª Dominga daba saltos de carnero agitando el rabillo; D.ª Lázara le lamia el hocico haciéndole cosquillas con los bigotes, y miéntras tanto el dichoso D. Prudencio se estiraba... y se estiraba... tomando posturas académicas que volvian locas de amor á las queridas prendas de su corazon.

De estos retozos y estos estirones resultó que, al concluir la veda, D. Prudencio tenía una familia de treinta y cinco individuos entre *varones* y hembras.

Buen padre, esposo amante y bondadoso abuelo, gozábase viendo la inocente alegría de su dilatada prole manifestarse con todo el candor poético de la infancia por la perfumada *ladera* de su vivar. Puesto de *bolo* sobre las *bocas*, contemplaba sus retozones juegos, y era tan feliz, que hasta el hombre, su constante perseguidor, le parecia hermoso; porque el hombre durante los venturosos meses de la veda no le molestaba.

Un dia D. Prudencio se hallaba *encamado* á la sombra de una espesa maraña; sintió pasos, y con marcadas muestras de sobresalto hizo girar sus orejas al viento. Los pasos se acercaban, y por fin la voz de un hombre resonó como un eco de muerte en el fondo de su corazon.

Eran dos guardas: avanzaron por la inmediata vereda: el uno llevaba una cachiporra; el otro una carabina. Afortunadamente para D. Prudencio, á

los guardas no les seguia ningun perro denunciador incansable de la pereza conejil.

Prudencio replegó su cuerpo hasta reducirlo á la octava parte.

Al pasar junto á la maraña, uno de los guardas dijo:

—Ya lo sabes, mañana vienen los amos y se abre la veda; es preciso hacer una *rifla de colines*, para que se vayan contentos de nuestra guardería.

Prudencio tembló... se erizaron todos los pelos de su cuerpo, y cuando el ruído de los pasos se extinguió á lo léjos, salió de la maraña, y haciendo mil regates, inspirados por el miedo, llegó trémulo y agitado á su madriguera.

De los treinta y cinco séres queridos que constituyen su familia, sólo siete se hallan en *casa*. Mandó emisarios en busca de los ausentes, reunió su amante *rebaño en el salon de las grandes recepciones*, y tomando una postura digna y propia de las circunstancias, les habló de esta manera:

—Queridas esposas, amados hijos, idolatrados nietos: escuchadme todos con atencion, pues la experiencia es la que va á dirigiros la palabra.

D. Prudencio hizo una pausa; escombró, miró en derredor suyo con gravedad paternal, y viendo que toda la familia se hallaba de *bolo* escuchándole con el mayor silencio, prosiguió de esta manera.

—Hijos mios: aunque siempre he vivido practicando el femenino de mi nombre, tengo, como sabeis, una *pata acodada*, la rozadura de un plomo en el ojo izquierdo, tres perdigones incrustados en las nalgas, catorce agujeros en las orejas, y me han afeitado cuatro veces con perdigones todo el pelo del lomo. Soy, pues, un conejo que se ha librado diez y nueve veces de los brutales *saludos* de los hombres y dos del traidor lazo de los matuteros. Yo he sido causa de que algun cazador salvaje castigara de un modo cruel á su perro, porque al ver en la tierra el surco del tiro sembrado de pelos, se empeñaba en que me *cobrara*, cuando yo repuesto del susto, me reia de él oculto en el rincon más profundo de mi madriguera.

Aquí hizo una pausa, y observando que dos gazapos habian perdido la gravedad propia de las circunstancias, les dijo:

—¡Joaquinito! ¡Manolito! tengan ustedes formalidad, que está hablando el abuelo.

Los gazapos se quedaron inmóviles, y su madre, meneando las orejas con marcado enojo, repuso:

—¡Si voy ahí!...

—Ahora bien, hijos mios, añadió D. Prudencio, mañana se abre la veda y comienza nuestro calvario. Los peligros, las asechanzas, la muerte, en fin, nos cercarán por todas partes. Nada importa que la naturaleza nos conceda el sutil oido del lince ni una extrema rapidez para hacer regates con las

piernas. Somos cortos de vista y largos de pereza, esas son nuestras grandes desventajas. El hombre astuto y cruel, ha inventado el rayo deteniéndole siempre obediente dentro del cañon de su escopeta; es un esclavo suyo que siembra la muerte; vivid alerta, dormid con un ojo abierto y el oido avizor. No os alejeis nunca cien pasos de las *bocas*, desconfiad de todo. Cuando oigais voces, gritos intempestivos y estruendo de caracoles y trompetas, no huyais nunca á favor del aire, porque por allí está el peligro; ocultaos en el primer *vivar* ó *boquijo* que encontreis al paso, y esperad la noche; si algun perro os sorprende encamados, salid por la parte más espesa haciendo regates y evoluciones rápidas; el tiro de *tenazon* es muy difícil, lo entienden pocos cazadores, y algunas veces sólo da por resultado dejar cojo á un compañero. Seguid, pues, mis consejos; sed prudentes, precavidos y astutos. Dichoso yo si algun dia oigo decir á los hombres, nuestros incansables perseguidores, que los conejos de este monte *llevan coraza* y *saben latin*.

Terminado el discurso, D. Prudencio echóles su paternal bendicion y se retiró á su aposento triste y preocupado.

Nació el nuevo dia y obedeciendo á esa ley imperiosa de la costumbre, los hijos y los nietos de D. Prudencio comenzaron á salir de la madriguera á tomar el sol, y saltito por aquí, escarbadura por allá, retozo por la derecha y carrera por la izquier-

da, fueron poco á poco alejándose de su casa sin acordarse de los prudentes consejos de su progenitor.

Miéntras tanto D. Prudencio, sus tres esposas y cuatro gazapos enfermos, recorrian los pasillos de la madriguera inquietos por los ausentes.

De vez en cuando se asomaban á las *bocas* y volvian á entrar precipitadamente.

El silencio religioso del monte se habia convertido con la presencia del hombre, en una espantosa bacanal de tiros, gritos, blasfemias y trompetazos.

—¡Lo oís! ¡lo oís! exclamaba D. Prudencio arrancándose los pelos del bigote. ¡Cazan á ojeo! ¡Cuánta víctima harán! ¡Pero, Dios mio, qué bruto es el hombre! ¡qué malo! ¡qué salvaje! ¡y la echa de civilizado! ¡hipócrita! ¡cuándo querrá un genio protector de la inocencia, que los conejos inventen un fusil de aguja para defenderse de sus enemigos!

—Cálmate, Prudencio, le dijo una de sus esposas, tal vez no ojeén por esta parte.

—¡Inocente! ¿olvidas que estas laderas son lo mejor del monte? ¿Crees tú que esos sanguinarios cazadores vienen desde Madrid á roer el hueso y dejarse la carne? ¡Infeliz! ¡crédula! ¡coneja al fin! Antes de una hora los tendremos aquí, y pobres de nuestros hijos si no se refugian á tiempo en la madriguera, infelices de...

D. Prudencio no pudo concluir; un gazapo entró en el vivar levantando remolinos de tierra y trope-

zando contra las paredes de los *pasillos*, cayendo por fin, exánime á los piés de D. Prudencio.

Todos lanzaron un grito de espanto. Miéntras tanto el gazapo, trémulo, aterrado, muerto de miedo, dirigió una mirada opaca á sus mayores.

—¡Joaquinito! exclamó D. Prudencio, reconociendo al gazapo.

—¡Joaquinito! repitieron á coro sus tres esposas.

¡Era Joaquinito! ¡el chiquitin de la casa! ¡el encanto de la familia! ¡la alegría del hogar doméstico!

Todos se arrojaron sobre aquel sér querido para reconocerle y ¡oh placer, inmediato consuelo del dolor! ¡oh esperanza, bálsamo inefable de la incertidumbre! Joaquinito se hallaba ileso; no le faltaba ni un pelo en su cuerpo: todos respiraron.

Joaquinito hizo un esfuerzo para sonreirse, pero no pudo, porque esa graciosa curvatura de los labios, que trasmite una viva impresion al rostro, es propiedad absoluta del hombre á quien se la ha concedido la naturaleza para que engañe más fácilmente á sus semejantes.

Joaquinito hubiera querido sonreirse, pero no pudo.

Su madre, despues de prodigarle toda clase de caricias, le mandó que les refiriera todo lo que le habia sucedido, porque la encantadora media lengua de Joaquinito era el regocijo de la familia.

—Pues verá usted, mamá; añadió Joaquinito. Esta mañana salí sin intencion de alejarme de casa

pero tropecé con Paquita, la hija de D. Mamerto, y siempre que nos encontramos jugamos á hacer escarbaduras, saltar tomillitos y dar coces arrojando la tierra y las chinitas por encima de las orejas; Paquita me dijo que ella sabia una *majada* en donde los brotecillos de las hierbas eran los más finos, los más frescos y los más tiernos de todo el monte. Fuimos allí y almorzamos hasta llenar de verdad las tripitas, y luégo ella buscó una mata y yo busqué otra, hicimos nuestra cama y nos acostamos. El sol comenzaba á salir entónces; ¡qué ricamente se estaba allí, mamá! Las ramitas movidas, por la brisa matinal, me rozaban en el lomo y las orejas haciéndome cosquillas. Yo sentia un sueño dulce... dulce... los ojos se me cerraban poco á poco, hasta que, por fin, me quedé dormido. No sé el tiempo que transcurrió, pero en sueños me pareció oir á lo léjos voces y sonidos de pitos y trompetas. De pronto la mata que me servia de refugio se estremeció tronchándose en todas direcciones, como si un gigante la sacudiese con una fuerte estaca; y una voz agria, aterradora, que me llenó de espanto gritó: «¡Ah perro! ¡ahí va el colin! ¡ahí va! ¡ahí va!» Yo dí un salto, y rápido como un rayo arranqué ladera arriba á favor del viento que me empujaba dando mayor velocidad á mi carrera. Cuando llegué á la cumbre me encontré de repente con un animal muy grande, cuya presencia, llenándome de terror me cortaba el paso.

—¡Un animal muy grande! era un hombre, exclamó Prudencio interrumpiendo á su nieto.

Joaquinito continuó de este modo:

—Yo hice muchos regates, me escabullí entre sus piés; él dió algunos saltos y me apuntó con una *cosa larga* y *redonda* que llevaba en las manos. De aquella *cosa* salió un chorro de fuego y un ruido espantoso, como si reventara el monte. Yo me ví envuelto en tierra y hojas de chaparro. Dí tres ó cuatro saltos, seguí corriendo, porque me silbaban los oidos y me ardia el pelo. Por fin, sin saber cómo, llegué á *casa*, y aquí me tienen ustedes más muerto que vivo.

—Bendito sea Dios que te ha librado de un *tenazon*. Si llega á cogerte te divide, y á estas horas te hallarias *apiolado* y destripado en poder de ese animal llamado hombre. Hoy has nacido, hijo mio, gracias á la torpeza de ese cazador, causa de todos tus sustos.

Apénas D. Prudencio habia pronunciado la última palabra, cuando otro conejo entró precipitadamente en la madriguera. Todos corrieron á su encuentro, pero ¡ay! el infeliz herbívoro sólo tuvo tiempo para arquear el espinazo, dirigir á derecha é izquierda el hocico, mirar con dolorosa expresion en derredor suyo, dar un salto y caer tan largo como era, exhalando el último suspiro.

—¡Muerto! exclamó D. Prudencio.

—¡Muerto!!! repitieron los que le rodeaban.

—¡Infeliz Manolito!

Todos aquellos ojos claros, redondos y saltones que contemplaban el cadáver de Manolito, buscaron una lágrima para expresar su pena, pero fué inútil. La naturaleza, madrastra de los conejos, les ha negado las lágrimas, bálsamo consolador del corazon.

El silencio de las tumbas se estableció en la madriguera de D. Prudencio.

Miéntras tanto en la superficie de la tierra crecia la algazara, la chacota, los trompetazos y las detonaciones de las armas de fuego.

Estaban ojeando encima de aquella desventurada familia de roedores. Los hombres se divertian. Los conejos temblaban.

Cada estampido causaba un doloroso estremecimiento á la medrosa prole de D. Prudencio.

Otro conejo penetró por las bocas. Tenía el cuarto trasero destrozado y se apoyaba con fatiga en las patas delanteras. Era un herido grave: se acurrucó en un rincon exhalando un suspiro.

Poco despues entró otro con una mano rota y el lomo chamuscado. Luégo otro, que espiró á los dos minutos, tenía pasados los riñones.

El dolor extendia sus melancólicas tintas por las concavidades del vivar. El frio de la muerte se infiltraba en todos los corazones.

D. Prudencio paseaba triste, meditabundo, murmurando en voz baja palabras entrecortadas. Aquel

infeliz padre de familia era la desesperacion vestida de conejo.

Poco á poco fueron extinguiéndose las detonaciones de las armas de fuego y la algazara de los ojeadores. El mutismo de D. Prudencio se hacia más sombrio, más impenetrable.

Así trascurrió mucho tiempo. Llegó la noche... D. Prudencio reunió el resto de su familia, contó once individos sanos, tres cadáveres, cinco heridos, total diez y nueve; hasta treinta y cinco faltaban diez y seis, indudablemente muertos, *apiolados*... sin tripas y en poder de los hombres. ¡Pobre familia!...

Aquel padre infeliz levantó los ojos al cielo de su madriguera con profunda expresion de dolor, y rechinando los dientes murmuró en voz baja estas palabras:

—¡Cobardes! ¡salvajes!! ¡pillos!!! ¿qué daño os habian hecho mis queridos hijos? ¡qué infame es el hombre! ¡qué repugnante cuando la echa de filántropo! ¡Hipócritas!

De repente D. Prudencio se estremeció. Dilató y replegó las narices muchas veces con nerviosa rapidez, como si *venteara algo*; hizo girar sus largas orejas en todas direcciones y por último meneó la cabeza.

Todos comprendieron que aquellos síntomas eran alarmantes.

Encima de las bocas se oyeron pasos. Aquellos

pasos retumbaron en las concavidades de la madriguera de un modo tétrico.

D. Prudencio dijo:

—Si tendremos despues de los cazadores señoritos, que ojean á la luz del dia, el cazador de pan y cebolla, que huronea las bocas de noche, el soez matutero que vive fuera de la ley.

D. Prudencio aplicó con más tenacidad las orejas, oyó el imperceptible sonido de dos cascabeles, uno por la derecha, otro por la izquierda, y dando un salto que desmentia la vejez de sus piernas, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Maldicion, los hurones!!!

—¡Los hurones!—repitieron con espanto todos los que le rodeaban.

—¡Sálvese el que pueda!—gritó una coneja anciana, saltando por encima de un gazapo.

¡Aquí fué Troya! ¡Noche de luto! ¡noche de espanto! ¡noche de sangre! La pluma es impotente para describirte. Los colores del prisma, pálidos para pintarte. La sencilla y honrada familia de D. Prudencio corria, saltaba en todas direcciones, tropezaban los unos contra los otros haciendo increibles evoluciones. Entraban por un caño con la rapidez del rayo y volvian á retroceder con la velocidad de la centella. El pánico habia roto los cariñosos lazos de la familia. El egoismo se desarrollaba con toda su repugnante pequeñez. Cada cual

pensaba en salvarse solo, áun á costa de sacrificar á su semejante.

La madriguera construida por D. Prudencio y sus descendientes, era una obra de arte que hubiera causado la admiracion de los arquitectos y los castores. Tenía tres pisos y un profundo sótano, y era un dolor ver el azoramiento de los pobres conejos, que huyendo de los *bichos*, tan pronto se subian á las boardillas como se bajaban á las cuevas.

El pestilente olor y el sonido de los cascabeles eran indicios de muerte. Los enemigos se acercaban. Toda la prole de D. Prudencio se refugió en la pieza central, es decir, en el salon de las grandes ceremonias; allí formaron un grupo que hubiera hecho derramar lágrimas de dolor á un usurero.

De repente, por dos distintos corredores, asomaron los largos hocicos y cilíndricos cuerpos de los hurones. Allí se detuvieron, se relamieron con delicia los bigotes, y con esa incansable movilidad temblona de cabeza que les es propia y que sólo puede compararse á la de los conejos de yeso que tienen el cuello sostenido por un alambre, olfatearon con placer su abundante presa.

D. Prudencio dirigió en derredor suyo la última mirada del náufrago, en cuyo fondo brilla el moribundo resto de esa hermosa luz de la esperanza. En esa mirada vió dos cosas; que uno de los hu-

rones llevaba bozal, y que detrás del sitio donde se hallaba habia un agujero practicado en la pared, principio de un caño sin salida.

Con la rapidez del pensamiento se ocultó en aquel agujero, y haciendo un esfuerzo titánico, arrastró con los dientes y las patas delanteras el cuerpo de un compañero muerto, con el cual cubrió la entrada. Quedóse como dice el *Diccionario*, trasconejado, y respirando con fatiga, se dijo para sí:

—Aquí me escondo y sea lo que Dios quiera.

Aquel padre de familia por la primera vez de su vida cometia una accion indigna; pensaba salvarse abandonando á su prole.

El hediondo olor de los hurones se extendió por la madriguera. Los asquerosos carniceros de generacion de las astutas martas, se lanzaron con la ferocidad propia de su instinto sobre los amedrentados conejos.

Sabido es que el huron á manera que se irrita le brillan los ojos, como si despidieran fuego, y aumenta de un modo insoportable la fetidez que despide su cuerpo.

Su ferocidad es tan extrema, que en la época del *celo*, la hembra persigue con tenaz empeño al macho; y si no es correspondida, muere de rabia, y no pocas veces devora á sus hijuelos al mismo tiempo que los va pariendo.

Los conejos saben todas estas cosas, que ignoran

muchos hombres, y por eso cuando ven penetrar á los hurones en sus vivares huyen aterrados buscando en la fuga la salvacion; pero ¡ay! la fuga para la infeliz familia de D. Prudencio, no fué esta vez la salvacion, sino la muerte; pues la boca que no estaba tapada tenía su *capillo* de red, en donde iban cayendo uno en pos del otro; y el hombre, el infame matutero, que les esperaba á la salida, les cogia sencillamente las patas traseras con la mano derecha y las orejas con la izquierda y estirando en sentido contrario, los iba desnucando uno á uno con criminal indiferencia.

¡Todos perecieron! ménos D. Prudencio, que pasó *trasconejado* horas de mortal angustia, de increible dolor.

Cuando un largo y prolongado silencio le convenció de que los hurones habian abandonado la madriguera, Prudencio salió de su escondrijo.

¡Espantoso cuadro fué el que se presentó ante sus ojos! La sangre, la muerte, sembraban el pavimento de aquel *hogar* querido.

Prudencio hubiera dado todos los pelos de su bigote por derramar una lágrima sobre aquellos restos amados. Pero ¡ay! sus ojos permanecieron secos cuando su corazon se rompia en pedazos. ¡No pudo llorar!

—¡Huyamos de esta mansion de muerte y de sangre! exclamó arañándose las orejas con furor. ¡Huyamos de este hogar que en otro tiempo fué

el paraíso de mis amores! ¡Si permanezco aquí me moriré de tristeza y de dolor, y yo quiero vivir!

Prudencio, con toda la cautela de un conejo viejo, comenzó buscar una salida. Algunas bocas estaban tapadas. Por fin, despues de muchos afanes, se encontró una libre por donde penetraba un poético rayo de la luna.

Antes de arriesgarse á salir, examinó con prudencia si la boca tenía *capilló*, y persuadido de que estaba franca, aspiró con delicia la brisa nocturna que le enviaba todos los perfumes del monte.

Avanzó un poco, sacando medio hocico y la punta de las orejas. Se detuvo. Todo era calma, todo quietud. El silencio de la noche convidaba á la fuga. Prudencio recobró por completo la serenidad, y avanzando resueltamente algunos pasos, salió de aquella mansion de espanto y terror.

Pero... estaba escrito... apénas habia sacado todo el cuerpo de la madriguera, cuando sintió un peso inconmensurable sobre su lomo, que le pegaba á la tierra, y un aliento de fuego que le quemaba el cogote. Volvió espantado la cabeza y se encontró junto á sus ojos la risueña fisonomía de una zorra, que le dijo dulcemente haciéndole un saludo.

—Buenas noches, señor conejo.

D. Prudencio cerró los ojos, exhaló un gemido y pensó en la muerte.

La zorra matutera de última hora, merodeadora

de los montes, abrió la boca, bostezó con delicia, y cogiendo con sus agudos dientes á D. Prudencio por los riñones, le sacudió con rapidez á derecha é izquierda, tirándole por el aire.

Prudencio cayó al suelo, estiró las patas y murmuró con agonizante acento:

—Está visto... no se puede... ser... cone... jo.

Luégo espiró.

La zorra cogió su presa y se internó con ella en la boca por un matorral espeso.

D. Prudencio y su familia habian dejado de pertenecer al mundo de los séres animados. Los hombres, los hurones y la zorra, habian borrado sus nombres del gran libro de los vivos.

¡Pobres conejos!!!

. . . .

. . . .

Al dia siguiente unos cazadores almorzaban con gran algazara sobre el vivar de D. Prudencio. Aquellos *infames* ni siquiera sospechaban que debajo de sus posaderas se habia desarrollado la sangrienta accion de un *drama subterráneo*.

LA LEY DE CAZA.

AL SEÑOR DON JUAN CAZURRO Y RUIZ, PROFESOR DE JURISPRUDENCIA CON APROBACION LEGÍTIMA.

EPÍSTOLA.

¿Conque ya te han licenciado?
¿Conque te han autorizado
para hacer lo blanco negro!!...
¡Bien Juanito!... ¡bien!... ¡me alegro!!!
y te nombro mi abogado.

—

Empieza á buscar la traza
á ver si en un plazo breve,
ponemos una mordaza
á esa injusta ley de caza,
del año setenta y nueve.

—

Ley, que con fiero rigor
privilegio da enriqueño
al opulento señor;
y permite que al pequeño
se lo meriende el mayor.

Ley, que con lo justo lidia,
que da ventajas al fuerte
llenando al débil de envidia;
ley, que á los ricos divierte
y que á los pobres fastidia.

—

Ley, que no corta los males
de cazadores arteros,
ley, que obliga á los mortales
unos, á ser matuteros,
otros, señores feudales.

—

Ley, que al rico potentado
tributos sérviles rinde
y dice al desheredado:
el cazar te esta védado
á ocho tiros de la linde.»

—

Ley, que estudio y no me explico:
ley, que al propietario chico
dice, aunque razon le sobre;
que los conejos del rico
coman la viña del pobre.

—

Ni le valdrán textos viejos
ni escucharán al que arguya;
pues le dirán, «caza léjos,
que esa viña aunque hoy es tuya,
se la comen mis conejos.»

Ni con perro, ni con perra,
no cazarás en la tierra
donde el grano fecundices;
y al segar, las codornices
todas se irán á la sierra.

—

Y allí el que tenga dinero
y se halle desocupado
podrá en Agosto, sin pero,
matar las que tú has criado
á expensas de tu granero.

—

Pues el buen legislador
cinegético ha olvidado,
de que hay tierras de labor,
donde en pos del segador
entra á pastar el ganado.

—

Y la codorniz medrosa
cuando ve que se le acosa,
emprende el vuelo sutil
diciendo con voz melosa
«si hay buen pan, vendré en Abril.»

—

Por eso todas las leyes
que hicieron sabios y reyes;
no juzgaron procreadoras
á las volátiles greyes
llamadas emigradoras.

Pues si en el campo no hay pan,
apénas llegan, se van,
con marcial desembarazo;
por eso dice el refran;
«ave de paso cañazo.»

—

Mas en la ley nueva asoma
de Francia un remedo vago,
ovidando aquel axioma
«que nunca leyes de Roma
sirvieron para Cartago.»

—

Pues las feraces dehesas,
las riberas montañesas
que fecunda el sol de España,
parécense á las francesas
«como un huevo á una castaña.»

—

En fin, Juan, seguir no quiero:
y pues tú eres mi abogado
y cazador verdadero;
defiende á este *matutero*
de qualquier desaguisado.

LA PLUMA Y LA ESCOPETA.

AL SEÑOR DON CEFERINO AVECILLA.

Mi distinguido amigo: como usted conoce al héroe de mi cuento, quiérale mucho y llévele una botella de Borgoña cuando le convide á cazar.

Verdaderamente es una desgracia haber nacido en un siglo tan analítico, tan filosófico, tan sabio como el siglo XIX. Hoy el que escribe para el público, debe enseñar deleitando. El teatro y el libro, si no se proponen *algo*, están demas en la república de las letras; el arte de escribir sin decir nada sólo era tolerable á nuestros antepasados; entónces los espectadores iban á los coliseos á pasar tres horas entretenidos oyendo versos y flores poéticas; hoy, hoy es otra cosa; todo escritor al trasladar sus pensamientos al papel, tiene el imprescindible deber de plantear y resolver cuestiones que sirvan de provechoso ejemplo, porque sino ¡pobre de él,

los Aristarcos modernos le despedazan sin compasion y hacen muy bien, ¡ya lo creo!

Por eso al escribir el presente artículo, pienso ser útil, por lo ménos, á mi amigo Elías, á quien amo como á mí mismo, á pesar de los muchos disgustos que me ha dado en esta vida; pues como nacimos en el mismo dia y somos inseparables desde la infancia, disfruto de todas sus alegrías y sufro con todos sus pesares.

Nada tendria de particular que la lectura de estas líneas, sirviera de provechosa enseñanza á alguno que yo conozco, y en ese caso tanto mejor, pues ademas de llenar las exigencias del siglo, habriamos llevado á cabo una obra meritoria: comencemos.

Elías tuvo desde la edad más temprana dos grandes pasiones: la poesía y la escopeta. Antes de estudiar el teatro de Shakespeare amaba al autor de *El mercader de Venecia*, porque fué aficionado á la caza; y más de una vez, por cazar en vedado, el gran trágico inglés tuvo algunos disgustillos con los guardadores de la ley.

Entre los seis grandes poetas dramáticos españoles del siglo XVII, demostraba Elías un gran cariño á D. Francisco de Rojas Zorrilla por los célebres versos de *García del Castañar* que dicen:

Más precio entre aquellos cerros
Salir á la primer luz
Prevenido el arcabuz
Y que levanten mis perros... etc., etc.

versos que recitaba Elías con entusiasmo haciendo la delicia de sus padres; porque las precocidades de los chiquitines, por impertinentes que sean, siempre son el encanto de la familia.

Tratándose de reyes españoles, Elías no ignoraba que Favila, hijo de D. Pelayo, habia muerto despedazado por un oso en una cacería, concluyendo de un modo trágico su cortísimo reinado; que el sabio Alfonso X, Sancho IV, Alfonso XI, Pedro I, Cárlos I, Felipe IV, y en fin, casi todos los monarcas españoles y grandes caballeros, habian sido aficionados de pura sangre á la venatoria, sin duda por aquello que dice Platon de: *La caza es un divino ejercicio que sirve de escuela á las virtudvs militares;* pero Elías daba la preferencia á Cárlos IV sobre todos sus antepasados, por que verdaderamente era preciso tener un alma muy grande y una filosofía superior para despreciar los disgustillos domésticos que le rodeaban; no hacer caso de las picardigüelas y marrullerías de su hijo, su esposa y su favorito, coger la escopeta y los perros, é irse al Pardo á matar venados, diciendo cachazudamente: «ahí queda eso.»

En cuanto á cruces y honores preferia Elías la del *cuervo de oro* fundada por Jorge Guillermo, duque de Silesia, el año 1672, para premiar los méritos venatorios de sus súbditos.

El abuelo de Elías, gran aficionado á la escopeta, le contaba por las noches las proezas de Cár-

los IV como cazador, y estos relatos enardecian al pequeño cinegético. Decíale que una vez, viendo el rey que un cura de misa y olla mataba las perdices al vuelo con bala, le habia hecho de golpe y porrazo canónigo; que el bondadoso monarca mandaba con frecuencia á presidio á los que cazaban con huron, y que hizo capitan de sus guardias á una *escopeta negra* qne luchó á brazo partido con un jabalí; le degolló, se lo echó al hombro y fué á presentárselo con el debido respeto que correspondia á todo súbdito leal.

Si estas no son grandes condiciones para ser un gran rey y hacêr la felicidad de un pueblo, que venga Dios y lo vea.

Ademas, Cárlos IV, siempre justo y bueno, compraba las cosechas de todos los labradores que tenian tierras colindantes con sus cazaderos, prohibiéndoles, como era natural, que entraran en sus campos bajo penas muy severas; y de ese modo la caza tenía abundantes pastos de trigo, cebada y avena, y se libraba de dañadores.

Elías hubiera querido que Roma canonizara á aquel rey, por el gusto de adorarle como á un santo; pero al padre comun de los fieles no se le ocurrió semejante cosa, y Cárlos IV no pasó nunca de ser un pobre pecador, á quien indudablemente Dios le concedió un rincon en el cielo por su mucha paciencia en la tierra.

Pero basta de marcha real y continuemos.

Ya hemos dicho que Elías era tan apasionado de la pluma como de la escopeta. Abrigaba en su alma la noble ambicion de inmortalizar su nombre como poeta dramático y como cazador. El oscuro rincon de un pueblo no era el más á propósito para realizar el hermoso sueño de su vida. Allí le faltaba público que le comprendiera; atmósfera literaria que le estimulara; actores que interpretaran sus creaciones y editores que le explotaran.

Madrid comenzó á ser su pensamiento fijo: cuando por las tardes regresaba con la escopeta al hombro, dirigia la mirada hácia un lejano punto del horizonte y exclamaba con el fervor de un israelita: «allí está el templo de Sion, es decir, Madrid.»

Por fin Elías, despues de profundas meditaciones y grandes debates de familia, abandonó su pueblo y se trasladó á la coronada villa en busca de una posicion social, como Jerónimo Paturot.

Los bienes de Elías á su llegada á Madrid se reducian á lo siguiente: un drama inédito, una escopeta de piston *inclusera,* 45 reales en moneda corriente y una poca ropa; ¡pero muy poca!...

¡Mas qué importa ser pobre en bienes de fortuna, cuando el corazon late rico en esperanza!

Elías llevaba consigo ese tesoro inagotable, ese poder prodigioso que vence tantos imposibles: la fuerza de voluntad; y entró en la capital de España diciendo como Augusto: «Roma es mia.»

Su primer afan fué conocer personalmente y de

cerca á los grandes poetas que habia admirado désde léjos; les creia hombres superiores; de otra raza; viviendo separados de la prosa de la vida, y caminando por las calles con la corona de laurel en la frente y la lira en la mano; pero ¡ay! un dia le dijeron en la calle del Príncipe:

—¿No querias conocer al poeta A...?

—Sí, contestó precipitadamente Elías.

—Pues aquél es; ven voy á presentarte.

Elías se estremeció de placer y fué acercándose hácia el gran hombre, con la vista baja, temiendo quedarse ciego ante el vivo resplandor de su genio.

Cuando estuvo cerca, le miró acobardado y respetuoso, y vió que aquella eminencia literaria iba envuelta en una mala capa, y llevaba un prosaico sombrero de copa alta en bastante mal estado.

La casualidad hizo que el gran hombre se desembozara, y Elías vió que llevaba un objeto debajo de la capa, de hechura cilíndrica, color rojizo, adornado de movibles remos.

Al pronto, tal era su aturdimiento, que creyó que *aquello* sería algun instrumento músico propio de los hijos del Parnaso; pero ¡oh, desengaño! pronto se convenció que lo que el gran poeta llevaba debajo de la capa, no era otra cosa, que un crustáceo de la familia de los macruros, llamado vúlgarmente langosta. La habia comprado con los

instintos más prosaicos, más vulgares: comérsela aquella tarde en una salsa á la mayonesa.

Desde aquel dia. Elías se dijo:

—Un poeta, por célebre, por grande que sea, no es otra cosa que un hombre sujeto á todas las necesidades de su organismo animal. El que sueña, desaprovecha las ventajas de la realidad; el que vive de esperanzas, se muere de hambre; á trabajar, á ganarse un nombre, y aunque se tenga por una paradoja, con la pluma mantengamos el cuerpo, y con la escopeta el alma.

Elías tenía un cazadero libre en las cercanías de Madrid, cazadero de chiripa, donde en los dias revueltos del invierno, no faltaba distraccion á los aficionados: era el canal, desde el segundo molino al octavo; habia por entónces unos charcales rodeados de carrizo y maleza y en estos pantanos las pollas de agua, las gallinas ciegas, las *becasinas* y los patos tenian su cuartel de invierno, no siendo extraño tropezar con alguna chocha que solia detenerse en la época de sus emigraciones.

Además de esto, en los cerros y cañadas de la izquierda, mirando al Mediodía, solia matarse de vez en cuando algun conejito y en las tierras llanas de la derecha no era extraño tropezar con alguna liebre.

Pero ya lo hemos dicho: el canal en la época que nos ocupa, era un cazadero de chiripa; muchos dias no se disparaba la escopeta, otros se llenaba

el morral. Cazadero frecuentado por gente no muy santa y del que huian todos los cazadores ricos, como los viajeros huian de Sierra-Morena á principios del siglo actual.

¿Pero qué le importaba á Elías que aquellos ventorrillos, donde se vendia vino y sardinas fritas, fueran el refugio de toda la gente del bronce de Madrid? ¿Por ventura llevaba él algo cuyo valor moviera la codicia? Su chaqueton de paño viejo y remendado, su hongo mugriento, sus botas viejas y su vieja y pobre escopeta, no pocas veces habian hecho exclamar á los émulos de Caco que rondaban por aquellos terrenos: «¿Quién será ese *chaval*? Tal vez algun desheredado como nosotros.»

Por otra parte, Elías, acostumbrado á cazar solo con su perro, tenía la buena costumbre de no intimar con nadie en el campo; y el que le pedia un papel de fumar ó un fósforo, podia estar seguro de que no se le daba; conducta salvaje y muy recomendable para los cazadores, evitándose sorpresas desagradables, hijas siempre de la excesiva confianza.

Cuando mataba un par de patos ó chochas ó una docena de acachadizas, se las vendia al fondista itáliano de la calle del Príncipe, porque durante los primeros cuatro años de su llegada á Madrid, Elías comia más con la escopeta que con la pluma; pues los templos del arte tenian cerradas sus gloriosas puertas con llave y cerrojo, y gracias, que de vez

en cuando, y despues de no pocas fatigas, le admitieran una piececita que los editores le compraban como baratija en liquidacion judicial.

Cazando y escribiendo pasaban los dias; y como la perseverancia era el más rico tesoro de Elías, terminó un drama en tres actos, y quiso su buena suerte que lo admitiera la empresa del teatro Español; que se pusiera en escena y que le gustara al público.

Elías pasó el puente de un salto y se conquistó un nombre en la república de las letras. Desde entónces dejó su cazadero del canal; se compró una escopeta inglesa de Manton; se pertrechó como una persona decente, y comenzó á cazar como un señorito, es decir, en buenos cazaderos y con muchas comodidades.

Sin embargo, Elías no podia olvidar las charcas del canal, ni aquellos dos célebres versos que campeaban en una de las tapias del embarcadero, escritos por la ignorada mano de un *genio*; versos hijos del entusiasmo, de la inspiracion de un poeta realista, en honor de su querido monarca el Deseado, decian así:

Navegacion y arbolado
Son obras dignas del gran Fernando.

Hay pensamientos que enorgullecen con justicia al que los ha concebido. ¡Quién sería el autor de este pareado! Tal vez Comella...

El canal ya no existe, los versos se han borrado; sola la historia conserva el nombre del rey que los inspiró. Algo es algo.

El escritor que no tiene otro patrimonio que su pluma, difícilmente se hace rico en España, y gracias que gane lo suficiente para cubrir sus necesidades. Pero á fuer de justos, preciso es confesar que las letras producen bastante en este país. Gobernador conozco yo, que debe su gobierno á una pieza traducida del francés, y hay quien por haber escrito una oda al queso de Flandes, le han nombrado director de un ramo; y por una balada á un perro chino, le han dado una de esas prebendas que permiten al hombre vivir con la pierna en alto.

En cuanto á honores y cruces, de eso no hay que hablar. Escritor conozco yo que tiene las coronas de laurel por cientos y las condecoraiocnes por docenas. ¡Quejarse de esta tierra de promision sería una injusticia, y las injusticias son impropias de las personas honradas!

Pero continuemos.

Desde este momento la vida de Elías cambió como la decoracion de una comedia de magia. Se relacionó con todo lo más floridito de la sociedad; fué de caza con duques, marqueses, condes, barones, generales y hasta con un príncipe de Alemania. La noble señora que regía los destinos de la nacion, le dió una licencia para cazar en los montes

del real patrimonio, y Elías se creyó el hombre más feliz del universo.

¡Cazar! ¡Escribir!... ¡Ser invitado por los cazadores más ilustres! ¡Ser buscado como una niña bonita por los editores! ¡Pedirle obras todas las empresas teatrales! ¡Oh! Vamos, no hay palabras con que expresar la satisfaccion que hervia en el pecho del poeta cinegético. El problema de la felicidad se hallaba resuelto. El mundo era suyo.

Pero ¡ay! qué verdad dijo el que dijo: *desgraciado del que se duerme sobre sus laureles*. Elías habia puesto en la balanza de su vida la escopeta sobre un platillo y la pluma sobre el otro, y como la escopeta pesa más, se inclinó por aquella parte y comenzó á perder la santa costumbre del trabajo.

Tenía delante de su mesa-escritorio el armero y cuando comenzaba á escribir una obra literaria miraba con cariño las escopetas, que parecian decirle: «Nos tienes abandonadas, acaba pronto y vámonos al monte.»

Esto era tentador, el hombre es débil, y si además se añade que diariamente Elías recibia invitaciones seductoras de caza, se comprenderá que cualquiera, no siendo muy aficionado al vil ochavo, hubiera hecho lo mismo que hacia Elías, es decir, dejar la pluma por la escopeta.

La aficion á la caza fué creciendo en Elías, convirtiéndose en una monomanía, en una *chifladura* completa. Su mal era incorregible; pensaba estarse

ocho dias en un monte y se estaba cuarenta. Una vez fué á cazar á las sierras del Maestrazgo y del Alto Aragon, y se estuvo cinco meses sin acordarse de que existia otro mundo que aquellos breñales que le rodeaban.

Su sueño constante eran las perdices, las liebres, los jabalíes, los corzos; no contento con matarlos despierto, los mataba por centenares dormido. Su cabeza era una arca de Noé coreada por las detonaciones de la escopeta; un perro de caza tenía para el más encantos que la mujer más hermosa; un buen cazador era para él más grande que Platon; y lo que era peor, en su locura creciente, hablaba mal de Dante, de Gœthe, de Cervantes y enaltecia hasta el quinto cielo á todos los cazadores famosos.

Un dia se detuvo, meditó y consultando á su concienza se dijo:

—Tú debes estar loco, y en ese caso tu casa se halla en Leganés.

Tomó el camino del citado pueblo y se presentó al director del establecimiento de enajenados, que era amigo suyo.

—Querido doctor—le dijo—yo creo que estoy loco, y vengo á que usted me tenga en observacion algunos dias. Deseo curarme; si es necesario para ello emplear los baños frios de impresion, los laxantes, las sangrías, ó la camisa de fuerza, no vacile usted, soy todo suyo.

Elías permaneció un mes en el manicomio. Un dia el médico le dijo:

—Efectivamente, tiene usted la monomanía de la caza, y los monómanos de esa naturaleza sólo se curan con los años, el reuma, la flojedad de piernas, ó el cansancio de los pulmones. Puede usted volverse á Madrid, pues yo no conozco el remedio para curarle.

Elías volvió á las andadas, y vive esperando que el tiempo, para curarle de su monomamía, le proporcione los alifafes que le indicó el facultativo de Leganés, y que son la herencia infalible de los cazadores incorregibles que toman la aficion á la escopeta, no como un entretenimiento higiénico, sino como un vértigo perjudicial y funesto.

La escopeta con moderacion, es la salud; la expansion; el descanso fecundo del cerebro; la vida en fin. ¡Ay de aquellos que á imitacion de Elías, convierten la aficion á la caza en un vértigo que anticipa su vejez rodeándola de achaques!

LAS PACHECAS.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON PABLO DE SANDOVAL,
MARQUÉS VIUDO DE CASA-PACHECO.

DEDICATORIA.

Mi querido marqués: *La Caldea*, cuna de las sociedades humanas y patria de Abraham, tuvo la gloria de ser la inventora de la hospitalidad, que tantos beneficios ha producido á los pobres habitantes de este valle de miserias y penalidades.

El pueblo caldeo, cazador, sencillo y compasivo, que llevaba una vida nómada, en medio de sus numerosos ganados, tenía siempre levantadas las cortinas de sus tiendas para dar albergue en ellas al viajero hambriento y fatigado, porque los nobles corazones de los caldeos, rendian fervoroso culto á la hospitalidad.

El pan sin levadura, la carne ahumada, las frutas secas, la leche de ovejas y el agua trasparente de sus ánforas, eran ofrecidas con la sonrisa de la caridad en los labios y la dulce mirada de la

compasion en los ojos, á todos los menesterosos que recorrian las tierras de Haran y Sichem.

El viajero mataba el hambre, recobraba las fuerzas y continuaba su camino bendiciendo á los caldeos.

Nemrod, *el cazador fuerte delante de Dios*, como le llama la Biblia, aquel atleta de la venatoria y de la usurpacion real, reunió bajo su mano poderosa y al amparo de sus bárbaras leyes á los dispersos pueblos de Caldea. Entónces las variadas costumbres, las distintas religiones, se mezclaron y se pervirtieron dentro de la inmensa cloaca llamada Babilonia, y la hospitalidad degeneró en prostitucion, el cieno enturbió la trasparencia de las aguas, el vicio ahuyentó á la virtud y los sátrapas sustituyeron á los patriarcas.

Afortunadamente la Mancha, tan hospitalaria como la Caldea de los tiempos de Abraham, no se ha encenagado en los vicios de la impura Babilonia, ni rinde culto á la diosa Mileto; afortunadamente aún el hogar manchego tiene reservado un puesto de honor para sus huéspedes, donde son recibidos como los Benjamines de la familia.

Usted, querido marqués, es un ejemplo vivo de lo que voy diciendo: recuerdo una noche que nos hallábamos sentados diez ó doce amigos alrededor de una mesa en *Las Pachecas*. La abundancia de los manjares, la brillante campaña venatoria de aquel dia, la franqueza de nuestro anfitrion, eran

los poderosos motivos del general contento que reinaba.

En este instante un criado entró á decir que un cazador que se dirigia á un monte inmediato se habia extraviado y pedia un práctico que le acompañara.

Usted, sin vacilar, como el que obedece á una costumbre inveterada que forma en él una segunda naturaleza, dijo:

—Hace mucho frio, la noche está oscura y los montes que ha de atravesar son poco seguros; que suba, que coma, que duerma, y mañana á la luz del sol, será dueño de continuar su camino ó quedarse con nosotros.

El cazador aceptó la oferta, se sentó á la mesa, y tan grata, tan hermosa le pareció la hospitalidad de su huésped, que permaneció en *Las Pachecas* ocho dias.

Este cazador, que ni usted conocia ni él conocia á usted, más que de nombre, supimos luégo que era el fiscal de Alcázar de San Juan.

Dichosos aquellos que llevan escritos en el corazon estos dos preceptos evangélicos: «Dar posada al peregrino.» «Dar de comer al hambriento.»

Reciba usted, mi querido marqués, en pago de la generosa hospitalidad que tantas veces me ha dado en *Las Pachecas* y de la hermosa y cómoda *celda* que habito cuando voy á visitarle, el pre-

sente relato venatorio que le dedica como una débil muestra del fraternal cariño que por usted siente

Su amigo y compañero de caza

Escrich.

Madrid 24 de Octubre de 1881.

CAPITULO I.

Las Pachecas.

Si quieres estar gordo,
  macizo y sano,
atrácate en ayunas
  de *galianos*.
Baila manchegas
y come pastelillos
  de *Las Pachecas*.

Nada tan difícil para mí, como hablar de la dehesa *Las Pachecas* despues de haber hablado del monte *La Torre de Albar Ruiz*, porque como son primos hermanos los marqueses de Valdeguerrero y Casa-Pacheco, llevan el mismo apellido de Sandoval, son manchegos y cazadores; tienen muchos puntos de contacto cuando reciben y obsequian á sus amigos en medio de aquellos desiertos de la Mancha, que tan espléndida hospitalidad nos ofrecen.

Yo quisiera darle á la presente narracion, toda la novedad, todo el encanto de que es susceptible un ingenio rico en colores y fecundo en imágenes; quisiera pintar con diferentes tonos los mismos horizontes, evitar á mis lectores la monotonía

de la repeticion, vestir con traje nuevo un cuerpo viejo; pero esto es bastante difícil para mi modesta pluma, si bien confio, por lo ménos, que tendré el valor de intentarlo aunque sucumba en la empresa.

Es indudable que para poner feliz término á la presente narracion, me prestarán fuerza en las horas de desaliento la fe, la gratitud y el cariño; palancas poderosas que, movidas por el buen deseo, suplen muchas veces la pequeñez del talento: manos á la obra.

Conocí al marqués de Casa-Pacheco en el teatro de la Zarzuela, nos presentó mutuamente el marqués de Valdeguerrero, pasamos la noche en un palco hablando de caza, sin importárnos la obra que se estaba representando; luégo fuimos á cenar al Suizo, quedando tan amigos como si nos hubiéramos tratado toda la vida: estas ventajas sólo las disfrutan los cazadores.

Durante la cena ofrecí á D. Pablo Sandoval ir á su dehesa *Las Pachecas*, que se halla enclavada en el término de ***Argamasilla de Alba***, pueblo á quien ha dado una celebridad imperecedera, ese rey de los libros, esa portentosa creacion del ingenio humano llamada *D. Quijote de la Mancha.*

¡Ah! si Miguel de Cervántes hubiera conocido en Argamasilla la familia de los Frias y de los Montalvanes, si hubiera tratado á Balbino Alarcon, á Alejandro Cappa, á Juan Antonio Millan, á

Fernandez Flores, á Antonio Dotor y otros cuyos nombres siento no recordar; si se hubiera hospedado en la quintería del marqués de Casa-Pacheco, estoy seguro que los puntos de su docta y maravillosa pluma, no hubieran escrito aquella amarga y desconsoladora frase, aquella imperecedera acusacion que ha quedado grabada en todas las memorias y que dice: «*En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme.*»

Es indudable que un impertinente monomaniaco ofendió á Cervántes, encerrándole en una cárcel *donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitacion*, peró Cervántes que tenía una alma generosa y un entendimiento elevado, en medió de sus amarguras, sus sinsabores y sus privaciones, creó el tipo más hermoso, más perfecto, más concluido que imaginó nunca el cerebro humano. Homero tuvo un Zóilo que se complació en criticar durante su vida los versos del autor de la Iliada, Cervántes tuvo un hidalgo que mortificó su cuerpo. Ni Zóilo representa á la Grecia, ni el carcelero de Argamasilla representa á la Mancha; un individuo no forma clase, es una excepcion.

Para la cacería de *Las Pachecas* estaba tambien invitado por el marqués mi querido amigo y antiguo camarada D. Mariano Zacarías Cazurro, cazador de buena raza con cuya amistad me honro hace muchos años.

Algunos dias despues recibimos carta de don Pablo Sandoval diciéndonos que habia llegado á *Las Pachecas* y que esperaba nuestro aviso para mandarnos la galera á la estacion de Argamasilla.

Salimos de Madrid en el tren mixto de las siete de la mañana, Mariano Cazurro, Juanito su hijo y el que estas líneas escribe.

Llegamos á la estacion de Argamasilla á la una de la tarde: allí nos esperaba la galera del marqués uncida á dos hermosas mulas que llevaban por nombre *la Imperiala* y *la Condesa.* Basilio el mayoral trasladó nuestro equipaje desde el tren á la galera y emprendimos el camino, divisando á la media hora de marcha, los blancos muros de la quintería de *Las Pachecas.*

Desde la estacion de Argamasilla hasta *Las Pachecas* se extiende una explanada de viñedos y tierras de labor, donde el ojo del ingeniero más práctico no encontraría medio grado de desnivel en el terreno. Innumerables *majanos* salpican aquí y allá aquella vasta llanura; los montones de piedras colocadas simétricamente unas encima de otras en forma de cono, hacen á la vista el efecto de un descomunal tablero de damas.

Son incalculables las perdices que se crian en aquella llanura. Desde la galera se las ve con frecuencia *apeonando* por los surcos de los sembrados y saltando de piedra en piedra por la cerca de los viñedos y los *majanos;* algunas se descuidan y se

las hace fuego desde el pescante; pero en aquel terreno descubierto á pesar de la abundancia no pueden cazarse *á mano*: la *jaula* es la que las impone una crecida contribucion todos los años.

Las abutardas y los sisones ofrecen tambien alguna distraccion á la monotonía del camino; camino robado por las ruedas de los pocos carros que por allí transitan á las lindes y á la propiedad, especie de vía que cambia de carácter como el desierto segun arrecian los temporales, obligando á los carreteros á abrir surcos nuevos, haciendo unos *zic-zacs* tan poco matemáticos que indudablemente hubieran causado la admiracion de Dédalos, arquitecto del laberinto de Creta.

Así es que la blanca quintería de *Las Pachecas* tan pronto se ve delante como detrás, á la izquierda como á la derecha; unas veces se acerca, otras se aleja, causando un verdadero desconsuelo al viajero.

Si desde la estacion de Argamasilla á *Las Pachecas*, se trazara una línea recta y se construyera un camino firme, es indudable que bastaría una hora para atravesar la distancia que les separa; pero el propietario tiene sus derechos y el carretero sólo puede permitirse ir lamiendo con las ruedas de su vehículo las lindes de la propiedad ajena. Aquello no es camino, el arado del labrador lo destruye todos los años, las lluvias de invierno lo hacen cambiar de carácter, pero las galeras y las

mulas manchegas no retroceden ante los baches y las blanduras del terreno; si se hunden hasta los ejes se rabia un poco, se desahoga el pecho con algunas interjecciones enérgicas y se continúa el camino despues de una detencion de algunas horas.

Afortunadamente nosotros llegamos á *Las Pachecas* sin ningun contratiempo de mayor cuantía porque todo tiene un término en este pícaro mundo. El viaje fué feliz, si bien empleamos cuatro horas en él; pero todas las fatigas, todo el continuo zarandeo que sufre el cuerpo, pueden darse por bien empleados al llegar á *Las Pachecas*, porque si el camino es el purgatorio de la vida, *Las Pachecas* son el paraíso terrenal para todo buen aficionado á la escopeta.

Las Pachecas se hallan situadas á unos quinientos metros de la dehesa del mismo nombre. Es una enorme casa rodeada de sembrados, viñedos y olivares. Tiene dos aljibes y un pozo, la planta baja está destinada á la labor, la planta alta á los marqueses y amigos que le visitan, que no son pocos, pues muchas veces nos hemos reunido á la mesa treinta personas; pero una docenita eso es moda corriente; el pan nuestro de cada dia.

El marqués tiene monomanía por los albañiles: cuando comienza á preludiar la primavera, así como otros toman canchilagua ó hierba de San Antonio para atemperar la sangre, el marqués *toma* albañiles, de modo que todos los años cuando va-

mos á abrir la veda por Octubre encontramos en *Las Pachecas* alguna novedad, alguna ampliacion que los cazadores sibaritas celebran con entusiasmo, porque les proporciona mayores comodidades.

La puerta *Huldah* del templo de Salomon que daba paso al *atrio de las naciones* no era tan grande como la puerta por donde entramos en la quintería de *Las Pachecas*. El primer patio, que es anchuroso como una plaza de toros, está rodeado de soportales que dan entrada á las cuadras y las habitaciones de los trabajadores; encima se ve una galería corrida con multitud de ventanas con cristales; en esta galería se hallan las *celdas* destinadas á los huéspedes.

El segundo patio ó corral, tan grande como el primero, tiene todo el aspecto del monte *Ararat* cuando al bajar las aguas del diluvio abrió el patriarca Noé las puertas del Arca santa y salieron á tomar el sol los animales que se habian salvado de la catástrofe.

Yo no he visto nunca una bichería mayor reunida entre cuatro paredes; pavos reales, pavos comunes, gallinas, patos, gansos, gallos, palomas, cabras, carneros, cabritos, bueyes y cerdos (con perdon de ustedes); todos se hallaban gozando de su salvaje independencia, revolcándose por los basureros y tomando el sol. Al vernos entrar se alborotaron y cada cuál demostró su asombro con

los tonos más irritados de su garganta; el instinto les decia que nosotros eramos malos huéspedes, y es indudable que unos á otros se comunicaban sus temores llamándonos asesinos que ibamos allí á matar el hambre con la suculenta carne de sus inocentes cuerpos, y en verdad que no les faltaba razon porque, durante nuestra permanencia en la quintería de *Las Pachecas* el número de *muertes violentas* es considerable entre la familia alada y la familia rumiante.

En la galería alta, que como los claustros de un convento sirve de terreno neutral y paseo de la *comunidad*, se hallan las puertas que dan paso á las *celdas*. Cada una tiene sobre el umbral un número. El mayordomo del marqués entrega á cada huésped una llave que lleva pendiente de una cadenita de metal una plancha de laton con un número, el convidado busca su número, abre la puerta, entra en la *celda* y se encuentra con una habitacion de 14 piés de ancho por 20 de largo; ésta habitacion tiene una reja que da al campo, una cama limpia y cómoda, una mesa de noche con su *chisme* para los efectos nocturnos, un *lávabo* con todos los pertrechos que exige la limpieza personal, seis sillas, una percha y un cordon llamador para que desde vuestro cuarto podais pedir todo aquello que os haga falta.

Sabido es que en ninguna parte se agradecen tanto las comodidades como en él desierto. ¡Qué

bien se está en las *celdas* de *Las Pachecas!* ¡qué profunda tristeza se apodera del alma cuando llega el dia de abandonarlas! Yo, aseguro que pasaria el resto de mi vida en una de aquellas *celdas* sin acordarme del hormiguero humano que se revuelca en el fango de las grandes ciudades; el silencio religioso de los campos, los mil inexplicables ruidos de la naturaleza, todos llenos de encantadora poesía, el vuelo estridente de la perdiz, son para mí más gratos que la charlatanería de los hombres que sólo sirve para engañarse mutuamente.

Siempre que llego á *Las Pachecas*, cuando entro en la *celda* que el marqués me tiene destinada, me parece que las paredes, los muebles, hasta los hierros de la ventana me saludan sonriéndose y me dan la bien venida.

Por las mañanas cuando dejo el lecho y abro mi ventana, limpio los cristales empañados por el helado relente de la noche, dirijo una mirada hácia el campo; la alondra se levanta de los escarchados surcos, canta y se remonta saludando al sol, la pajarita de nieve agita nerviosamente su cola saltando con infantil alegría sobre los helados terrones, la ancha llanura que se extiende ante mis ojos, las brumas que nacen de la tierra me producen el efecto óptico del espejismo y un lago sin fin cierra aquel vasto horizonte abrillantado por los rayos del sol. ¡Ah! ¡qué hermoso es

todo aquello!... ¡Cómo se dilatan los pulmones respirando el aire libre, porque la libertad vigoriza el cuerpo, disipa las tétricas nubes del pensamiento, ensancha el alma y dilata la vida.

¡Libertad! ¿Hay algo tan hermoso como la libertad que disfrutan los huéspedes del marqués de Casa-Pacheco? Allí se desconoce el absolutismo de la etiqueta y la tiranía del frac y la corbata blanca. En *Las Pachecas* los amigos del marqués pueden hacer lo que les dé la gana siempre que no ofendan al projimo, al decoro, á la buena educacion y á los preceptos de la sana moral.

Se sirve el desayuno á las ocho de la mañana, el almuerzo á las doce, la comida á las siete de la tarde, pero cada convidado es dueño de cambiar las horas y cazar solo si lo estima conveniente; los marqueses no se ofenden por eso, son tan buenos que comprenden que para muchos cazadores impenitentes y *chiflados* como el que éstas líneas escribe, el mayor goce es dejarles con sus ribetes de salvajismo sin obligarles á que tomen parte en el *ojeo general*, sobre todo en aquellos dias en que ciertas organizaciones necesitan la soledad de los montes.

Miguel de Cervántes lo ha dicho, por boca de don Quijote, cuando al salir de la casa de los duques, donde tanto le habian obsequiado, pero donde tanto habian mortificado á la vez la independencia del incomparable hidalgo, al verse en el campo

solo con su *Rocinante*, su fiel escudero y su lanza, respira con gozo y exclama: *La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que á los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra y el mar encubre.*

Pero retrocedamos, pues, hemos entrado en *Las Pachecas* por asalto sin saludar á sus nobles dueños.

Llegamos á la quintería á las cuatro de la tarde. El marqués con algunos amigos nos esperaban junto á los aljibes, echamos pié á tierra, nos abrazamos y nos presentó á su hijo político, D. Francisco Garnica de Lara, jóven simpático, de fisonomía risueña y con el que no tardamos en estrechar una franca amistad que ha ido creciendo con el tiempo y la costumbre de vernos; hoy me llama Enrique y yo le llamo Paco, es un marqués demócrata como á mí me gustan, y espero que seamos amigos hasta que á Dios se le ocurra el mal pensamiento de borrar nuestros nombres del gran libro de los vivos.

D. Pablo continuó las presentaciones, y terminadas éstas y los apretones de manos, subimos á saludar á la marquesa.

En las narraciones venatorias procuro siempre que la cabeza tome poca parte y hable siempre el corazon; digo lo que siento sin ocuparme de si es ó no literario, porque en esta clase de trabajos no tengo la pretension de pasar por atildado en la forma, ni me dejo la verdad en el fondo del tintero

aconsejado por necios escrúpulos; por eso voy á decir que al saber que la marquesa estaba en *Las Pachecas* lo sentí por la parte de libertad que pudiera quitarnos la presencia de una señora; yo no tenía entónces el gusto ni el honor de conocerla más que de nombre, sabía que era jóven, hermosa y acostumbrada al trato social de Madrid; que su nombre ilustre estaba inscrito en la guía entre los grandes de España, y creí encontrarme con una de esas señoras esclavas de la etiqueta que establecen un círculo de hielo en derredor de ellas, que hacen imposible la encantadora viveza de la conversacion.

Todos estos temores se desvanecieron á la media hora de hallarme en *Las Pachecas*.

Subimos donde estaba la marquesa y nos encontramos agradablemente sorprendidos, porque doña Paz Sandoval de Garnica, marquesa de Casa-Pacheco predispone en favor suyo desde el primer golpe de vista ¿y cómo no, cuando á la juventud y á la hermosura se une una mirada llena de bondad y una sonrisa que está rebosando simpatías por todas partes?

La marquesa se hallaba rodeada de sus tres pequeñuelos, satisfecha de haber dado vida á aquellos séres amados que la habian hecho comprender el amor maternal mucho ántes de haberlos visto con los ojos del cuerpo; porque la mujer desde el instante que siente en sus entrañas el estremeci-

miento del cuerpo que se nutre con su sangre, comienza á ver con los ojos del alma aquel cuerpo y lo reviste de todas las más poéticas formas.

Un grito de dolor, una convulsion titánica, un estremecimiento de la naturaleza que la retuerce con los tormentos de Prometeo le indican que va á ser madre: una lágrima, un suspiro, una sonrisa de mártir y un beso le añaden; tiene un hijo y desde este momento comienza junto á la cuna para terminar junto al sepulcro, el hermoso, el sublime, el incomparable poema de la maternidad.

La marquesa, jóven y hermosa, rodeada de sus hijos, acariciando con sus blancas manos las rubias cabezas de sus revoltosos angelillos; se hallaba revestida para mí de una aureola de simpatías, ternura y respeto. Siempre que veo una madre enamorada de sus hijos, recuerdo á la mia, que desgraciadamente ya no existe, que ya no veré más, porque la madre es lo mismo que el honor: el que la pierde una vez no vuelve á encontrarla nunca, aunque viva cien años en este valle de miserias y penalidades.

Los hijos de la marquesa se llaman Joaquin, Pablo y Rafael; el mayor cuenta cinco años de edad, el menor dos; aquellos niños nos miraban con la curiosidad propia de la infancia y aceptando nuestras caricias como moneda corriente;

yo cometí una inoportunidad que me hizó perder la confianza de Joaquinito, pero luego reparé mi falta y volví á captarme sus simpatías: hoy somos buenos amigos.

Pero se me ocurre hacer capítulo aparte y titularlo del modo siguiente:

CAPÍTULO II.

Exposicion del personal.

Como un libro no se escribe solamente para un número determinado de personas, voy á decir algo con la mayor brevedad posible, del personal que nos reunimos en *Las Pachecas* para que lo conozcan mis lectores.

Siguiendo el sistema del célebre novelista Balzac yo podria llenar muchas páginas describiendo detalladamente la belleza física y moral de la marquesa; pero ya he dicho que es una señora jóven, simpática, hermosa, de cútis trasparente, de envidiable color, cuya perpetua sonrisa es una manifestacion clara del candor de su alma. La marquesa desconoce la pedantería, hace admirablemente los honores de su casa y procura que no carezcan de nada sus huéspedes. Cuando despues de la comida la conversacion se anima y toma á veces un giro vivo, entónces se levanta con un

pretexto cualquiera y nos deja solos; pero esto sucede pocas veces porque la presencia de la marquesa es siempre muy grata á todos sus huéspedes.

La marquesa, con las satisfacciones encantadoras y santas de la maternidad ha engruesado un poco y sabido es que las carnes favorecen; yo miro con indiferencia á las mujeres flacas, nunca las he dirigido un requiebro, porque me parece que me estoy requebrando á mí mismo, lo cual supondria un gusto detestable y un sentido moral perverso.

Yo puedo permitirme decir á la marquesa de Casa-Pacheco lo que queda consignado en las líneas anteriores, porque como soy viejo y desmedrado, hace tiempo que la seduccion levanta ante mí una valla que no tengo fuerzas para saltar.

Además, la marquesa se reirá de todo esto como se rie de todo lo que yo digo, y con decir: cosas de Escrich, pone un punto final á todas mis apreciaciones.

Confieso, pues, con el permiso de mi amigo Paco Garnica, que quiero mucho á la marquesa, que me alegro mucho de que esté en *Las Pachecas* cuando yo voy á cazar, aunque no sea más que por el plato de *criadillas de tierra* y la taza torcida que elige con especial cuidado entre toda la vajilla para servirme el café.

D. Pablo de Sandoval, marqués viudo de Casa-Pacheco, aunque hoy tiene los cabellos canos, conserva grandes reminiscencias de sus buenos

tiempos, como fué un buen mozo, aún le queda algo, porque *el que tuvo y retuvo guardó para la vejez.* Aseguran malas lenguas, que nunca faltan, que cuando D. Pablo va á pasar algunas temporaditas á Madrid oye más de una vez: «*Adios, rubio*» pero yo estoy seguro, pues le conozco, que se hace el sordo y continúa su camino.

D. Pablo es uno de esos hombres graves que tiene la bondad impresa en el rostro: su carácter es condescendiente y tolerante, nunca la echa de amo, sus amigos disponen y él tiene mucho gusto en complacerles; conocerle y quererle es todo una cosa, lo mismo sus amigos que sus criados; en una palabra, D. Pablo es una bellísima persona cuya amistad se busca como las piedras preciosas.

D. Francisco de Garnica de Lara, esposo de la marquesa es un jóven simpático y muy amigo mio; solemos echar grandes párrafos en el monte, y estamos siempre de acuerdo exceptuando en dos puntos: cuando riñe á sus hijos echándosela de padre nuevo y cuando se le ocurre escribirme versos; por lo demas es un hombre completo, yo le quiero mucho y me parece que él me quiere á mí un poquito. Dios se lo pague.

He descrito ligeramente la familia del marqués y para concluir con la enojosa tarea del personal, voy á decir dos palabras de los convidados. Comenzaré por mi querido amigo D. Mariano Zacarías Cazurro. ¿Pero qué voy á decir de mi amigo Ma-

riano? Que escribió hace años algunas comedias que tuvieron un brillante éxito y le valieron una fisonomía propia y un lugar en la primera fila de la escena española; que se ha dejado el teatro por la política, con gran sentimiento de la diosa Talía; que ha ocupado altos puestos en la administracion pública; que ha sido varias veces representante del país en las Córtes; que tiene una ilustracion vastísima; que somos compañeros de caza hace más de treinta años; que él me quiere mucho, que yo le quiero más, que me tolera á veces lo que no toleraria á nadie y que yo le pago en la misma moneda, por lo cual no hay nunca entre nosotros ni la más pequeña nubecilla que empañe el hermoso sol de nuestra fraternal amistad.

Juanito Cazurro, éste como es hijo de Mariano y mi discípulo en el arte venatorio, sólo digo que le quiero como á un hijo, él ya lo sabe á pesar de que su buena y santa madre, mi amiga Concha, dice que yo le echo á perder, pero aunque lo dice no lo cree.

Otro de los expedicionarios era D. José Salazar, manchego de pura raza, alto, flaco, con uno de esos bigotes que asustan á los niños, tipo á quien Miguel de Cervantes debió conocer en otros tiempos. D. José Salazar es bueno como el pan y condescendiente como la mansedumbre; estoy seguro que su conciencia reposa serena como las aguas de un lago en el fondo de su alma; Salazar no ha

hecho en su vida daño á nadie; su única ocupacion se reduce á cazar; tiene galgos, hurones y reclamos, toca las castañuelas y baila con gran maestría; la venatoria y otro *ejercicio* al que se dedica en los ratos de ocio, son las dos únicas ocupaciones que han absorbido todas las horas de su vida; Salazar permanece soltero, no ha encontrado aún su media naranja; probablemente no la encontrará nunca, por lo cual le felicito con todo mi corazon.

D. Joaquin Molina, escribano de profesion, carácter alegre y franco, sano de rostro y de cuerpo y supongo que tambien de alma á pesar del magisterio que ejerce. Molina lleva siempre consigo un criado, cuando va de caza, que se llama de apodo *El Morchato*, complemento de la persona de su amo y tercer cañon de su escopeta.

En *Las Pachecas* se encontraba tambien un padre capellan, D. Diego Salazar, sér inofensivo, con su traje negro y su montera murciana, rostro evangelista y estómago privilegiado, que dividia las horas de su pacífica existencia entre el breviario, la escopeta y la mesa; tres ocupaciones muy á propósito para alcanzar una vejez patriarcal.

El marqués tiene servidores de antigua procedencia y limpia y honrada historia, de esos que nacen y mueren en la casa, que se enfadan, que gruñen cuando el señor hace un mal negocio ó es

condescendiente con un arrendatario moroso; que consideran su lealtad como su mayor fortuna; que miran lo que pertenece á su amo como si les perteneciera á ellos, y que á fuerza de tomarse interés cometen impertinencias que es preciso tolerarles y recompensar consignando sus nombres en el testamento.

Antonio, el administrador de *Las Pachecas*, es uno de estos tipos; tiene en la actualidad más de 60 años, su padre fué un antiguo pastor de la casa, Antonio siguió las huellas del autor de sus dias; desde la temprana edad de 7 años se dedicó á cuidar ovejas y á mirar al cielo apoyado en su cayado, pero quiso su buena fortuna que un dia se fijara en el pastorcillo el padre del actual marqués.

—Ven todas las noches al pueblo y te enseñaré á leer y á escribir—le dijo.

Este paseo de tres leguas era para el pastorcillo una bicoca. Aprendió á leer y á escribir sirviéndole de mesa las rodillas y la anchurosa bóveda del cielo de escuela. El marqués encariñado con su discípulo le nombró con el tiempo administrador de una de las más hermosas fincas que posee: *Las Pachecas*.

Antonio es un abogado sin títulos académicos, partidario de la discusion por sistema y de la controversia por naturaleza, si bien cuando discute con el marqués repite cien veces con el sombrero

en la mano: *Dispense usía*, para atemperar á su amo; pero continúa defendiendo su tésis porque es un ergotista de primera fuerza, que le planta un *distingo* al argumento más lógico, cortando el hilo del discurso con una imperturbabilidad admirable.

Un dia el marqués y Antonio disputaban sobre si debia ó no venderse una partida de trigo; Mariano Cazurro y yo escuchábamos aquella discusion patriarcal, con verdadero interés. Aquel amo y aquel criado tenían algo de los felices tiempos que nos describe *La Biblia* cuando los ángeles bajaban á la tierra á visitar á los hombres; de pronto Antonio, dijo:

—Señor marqués, me parece que usía va sacando los piés de las alforjas.

Cazurro y yo nos echamos á reir, aquella salida de pié de banco no tenía precio para nosotros, en el teatro hubiera producido un efecto de primer órden.

El marqués cogió á Antonio por el cuello, pero de pronto se echó á reir y dijo:

—Anda, haz lo que te dé la gana, déjame en paz, he venido á divertirme y á cazar con mis amigos.

Y le dió un empujon, pero el administrador se habia salido con la suya.

Antonio conoce la dehesa de *Las Pachecas* como los dedos de su mano: él dirige los ojeos, coloca las



escopetas y pone gran empeño en que los amigos de su amo se diviertan.

El pobre Antonio, que es la lealtad y la honradez personificada, ha sufrido hace poco tiempo uno de esos dolores, una de esas pérdidas que llenan de amargura el alma por el resto de la vida, que matan la felicidad, que apresuran los achaques de la vejez. Un hijo suyo de 20 años de edad ha sido cobardemente asesinado en las calles de un pueblo. ¡Pobre padre!

¡Muy buenos dias Cármen! Voy á hablar de usted un poquito y de ti tambien Luisa, porque sería una ingratitud que vuestros nombres no aparecieran en las páginas de este libro que mi cariño dedica á ese *quita-pesares* de mi corazon llamado *Las Pachecas*.

Cármen y Luisa son dos hermanas que están al servicio de los marqueses desde pequeñuelas; verdaderamente puede decirse que pertenecen á la familia. Cármen es el ministro de Hacienda de la casa, el alma administrativa de la despensa, la repostera maravillosa que surte la mesa de pastelillos, flanes, compotas y demas golosinas culinarias: los marqueses lo dejan todo á su cargo y á fe que hacen bien, porque nunca falta nada, lo mismo cuando somos pocos que cuando somos muchos, porque Cármen ha descubierto el secreto de multiplicarse en ciertas ocasiones.

Cármen es una jóven limpia como la plata y co-

loradita como la flor del terebinto de Judea; su rostro es agraciado, y sus formas redondeadas por esa carne fresca que tanto estimula el apetito de los antropófagos civilizados; pero todo mal pensamiento se detiene ante la aureola de seriedad bondadosa que circunda la cabeza de Cármen.

Luisa, su hermana, es un tipo distinto, delgadita, sonrosadita, con una fisonomía que se mueve con increible viveza; en sus ojos y en su boca está jugueteando siempre la alegría matinal de los pájaros. Luisa sirve á la mesa y adivina los deseos de los huéspedes, satisfaciéndoles en el acto con rapidez asombrosa.

Yo no he visto nunca un semblante más candoroso que el de esta muchacha, y su alma es la imágen de su rostro; cuando se hace daño un hijo de la marquesa, Luisa llora, pero al mismo tiempo que se llenan sus ojos de lágrimas se llena su boca de sonrisas.

La virtud no necesita otras armas para defenderse que su misma pureza, y como Luisa es la virtud dentro de un vestido de percal, á nadie se le ocurre nunca dirigirla una inconveniencia que conturbe la serena paz de su alma.

En una palabra: Cármen y Luisa valen un mundo cada una por su estilo, y yo las deseo en este valle de lágrimas muchas prosperidades.

Creo que no falta más que yo por ahora, porque

en el trascurso de esta narracion la lista de los personajes que toman parte se hará á veces más larga que la de un melodrama francés en quince cuadros, pues en *Las Pachecas* los huéspedes se renuevan como en las fondas, con la ventaja de que en casa del marqués se come gratis y en las fondas se pagan hasta las sonrisas de los camareros.

Digo, pues, que sólo falto yo por ahora, pero creo prudente quedarme entre bastidores, porque si me presento tal y como soy y digo todo lo que yo puedo decir de mí mismo, tendria que poner de manifiesto ciertos pecadillos que me conviene mucho que no se sepan.

Una hora despues de nuestra llegada á *Las Pachecas* éramos todos buenos amigos. El marqués nos enseño la casa, dejamos los equipajes en nuestras *celdas* y sonó la hora de la comida; *hacia hambre*, y en estos casos no hay espectáculo más agradable que una mesa espléndidamente servida.

Entramos en el comedor: continuaban para mí en la Mancha *las bodas de Camacho*. Sobre los blancos manteles se veian multitud de variados postres incitando la voracidad pública de un modo superlativo; el porvenir tomaba todos los poéticos tonos del más hermoso color de rosa.

La comida fué buena y abundante, reinó el buen humor y la alegría, se charló mucho sin ofender á

nadie, se prodigaron algunos chistes de buena ley, y la marquesa nos sirvió el café.

Dicen los gastrónomos que una comida sin queso es una mujer tuerta, pero para mí el complemento de la comida es el café.

Cuando estoy saboreando ése rico cocimiento de Moka y caracolillo, cuando aspiro su perfume que despeja los sentidos y produce tan grato placer al paladar como probados efectos digestivos al estómago; no puedo ménos de compadecerme de los grandes banquetes, de las cacareadas comilonas de Baltasar, Asuero y Lúculo, que duraban muchos dias con sus noches, pero sin disfrutar las libaciones del café y las emanaciones del tabaco.

Aquellos glotones históricos que se hacian servir un buey entero y lo devoraban sin otro auxilio que el de los dedos y los dientes, eran verdaderamente unos desgraciados, pues no conocian ni el café, ni el tabaco, ni los pastelillos de tocino de *Las Pachecas:* compadezcámosles.

La velada en el comedor de *Las Pachecas* se pasó agradablemente. Se dispuso la partida para el dia siguiente, y se combinó que cazariamos á ojeo.

A las diez y media se despidió la marquesa de nosotros; nos quedamos solos, nos sirvieron una copita de coñac y continuamos charlando hasta las once y media, hora en que *cada mochuelo se fué á su olivo.*

Yo me encerré en mi *celda* y me quedé dormido como el justo á quien no inquietan ni los remordimientos ni los acreedores, y soñé que una multitud de querubines alados me envolvian con guirnaldas de rosas perfumadas y me llevaban á un paraíso llamado *Las Pachecas*.

CAPÍTULO III.

Donde comienza la campaña.

Me levanté á las siete de la mañana, y mi primera visita fué para Mariano Cazurro y su hijo Juanito, que ocupaban la *celda* inmediata á la mia..

Mariano en el campo es el último que se acuesta y el primero que se levanta, tiene justamente adquirida la reputacion de madrugador entre los cazadores; cuando los demas se levantan él ya se ha afeitado, porque jamás se olvida de la policía de su persona; yo no conozco un cazador más limpio, indudablemente su ropa tiene un amuleto que rechaza las manchas como la piel del armiño; nunca lleva nada roto, jamás le falta un boton, á mí me llama Adan, y tiene razon que le sobra; si no fuera por Mariano muchas veces regresaria á mi casa, despues de una excursion de ocho ó diez dias, con los pantalones atados á la cintura con una cuerda y en mangas de camisa.

Desde la *celda* de Cazurro nos dirigimos al comedor; la mesa estaba puesta, cada cual podia desayunarse sin esperar á sus compañeros. Chocolate, migas, leche, manteca, ensaimadas, uvas, un par de huevos con jamon, lo que más le apeteciera.

Lo dicho, continuaban *las bodas de Camacho;* á mí comenzaba á faltarme un manchego antipático, una manchega repulsiva y una mala mesa para poder hablar mal del país de D. Quijote. ¡Pero cómo hacerlo! fué preciso resignarme y continuar queriéndoles mucho y hablando bien de su espléndida hospitalidad.

Poco á poco fueron reuniéndose los cazadores en el comedor. El marqués se presentó frotándose las manos y sonriéndose, nos dimos los buenos dias y comenzó el desayuno de la comunidad.

¡Qué buen apetito!... ¡Qué platos de migas rociadas de chocolate!... ¡Qué vasos de leche tan piramidales!... Cualquiera al vernos hubiera dicho que habíamos hecho una larga jornada á pié.

Otro cazador nos sorprendió en la grata faena del desayuno, D. Alfonso Vega, registrador de la hipoteca de Manzanares, se sentó á la mesa rebujado con su carrik gris como el hombre que ha madrugado mucho y tiene frio.

El Sr. Vega es un buen compañero de caza; cuando el marqués se halla en *Las Pachecas* le visita con frecuencia valiéndose de un carrito atartanado que tiene para estas expediciones venatorias.

D. Alfonso es un hombre de pocas palabras, pero muy corriente y muy complaciente: con más facilidad da un caramelo que un ratito de conversacion; no se opone jamás á los deseos de sus camaradas, coge su carrik y su escopeta y les sigue por donde quieren llevarle.

Cuando terminó el desayuno se dió la voz de partida y cada cual se pertrechó de los chismes de matar.

En el patio se hallaba la galera enganchada y tres ó cuatro caballerías para conducirnos hasta el punto del primer ojeo. Allí conocí á la *señora Dominga*, robusta pollina que desde que entró en la mayor edad no ha hecho otra cosa que servir *de arre* al marqués en sus cacerías. *La señora Dominga*. es una burra *inteligente y formal*; jamás se permite una inconveniencia cuando lleva sobre su lomo á su ilustre amo; conoce al dedillo todos los *tollos* de *Las Pachecas* y no hay ejemplo de que se haya permitido ninguna ruidosa expansion cuando el *macho* de la jaula está *recibiendo* al *macho* del campo.

Los ojeos debian empezar en el extremo opuesto del monte y venir cazando hácia la casa. La galera nos evitaba el paseo de una hora con el arma al brazo.

Éramos diez escopetas; el marqués, Paco Garnica, Cazurro, Juanito, Molina, Salazar, Vega, el cura, el administrador y yo.

Nos numeramos, y Antonio comenzó á colocar las escopetas. La bocina hizo la señal; comenzó el clamoreo de los ojeadores, inquietud de los conejos, terror de las liebres, sobresalto de las perdices y alegría de los cazadores.

¡Qué fuego, Dios mio! Los vándalos modernos habian entrado en la dehesa de *Las Pachecas* á turbar la paz de la tranquila república de los inofensivos habitantes de los chaparrales y los tomillares.

Sería prolijo referir detalladamente las matanzas que hemos hecho en las varias expediciones de *Las Pachecas;* sólo diré, como una muestra de la abundancia de caza que tiene la dehesa, que en los primeros tres dias de ojeo se mataron 902 conejos, 27 liebres, 21 perdiz y 2 zorras.

¿Cuántos tiros se tiraron?... sólo podria decirlo la conciencia de los cazadores, porque aunque todos íbamos bien pertrechados; nos vimos en la precision de mandar á Madrid y á Manzanares por cartuchos, que cargábamos por las noches.

Hubo ojeo que se dió la voz de alto cuando los ojeadores se hallaban á cien metros de las escopetas, porque el tropel de conejos que entraba á la muerte y el espantoso fuego que haciamos era un peligro seguro para aquellos buenos muchachos, que venian *mateando* hácia nosotros.

No se concibe en una dehesa que tanta caza tiene como *Las Pachecas* la desproporcion que resulta entre los conejos y las perdices; matar 902 conejos y 21

perdiz, es verdaderamente desesperante para los buenos aficionados á la escopeta.

¿Es culpa del terreno? ¿Es que hay pocas gallináceas en *Las Pachecas*? Nada de eso, el dia que se quieran hacer grandes matanzas de perdices, el hombre con su astucia, con su inteligencia, podrá conseguirlo, mirando con desprecio á los conejos, no haciéndoles caso y cambiando la forma de las manos y de los ojeos.

La caza del conejo es ratera, prosaica y bulliciosa; la perdiz, dotada por la naturaleza de gran oido, gran vista, un recelo perpetuo y ninguna pereza para la fuga, espera muy pocas veces á los perros y á los cazadores que se dedican á matar rumiantes; pero en *Las Pachecas* es tanta la abundancia de los roedores, de esos insaciables enemigos de la agricultura, que es indispensable hacerles una guerra sin cuartel, porque todo lo destruyen.

Da lástima ver las grandes distancias de sembrados, de viñedos, de renuevos de olivo que devoran los conejos en los alrededores de *Las Pachecas*.

Los orillones es lo primero que el marqués procura castigar cuando levanta la veda en su dehesa.

Despues de tres dias de ojeo se dispuso para el cuarto *huronear las bocas* de las lindes, limpiando por este medio las tierras cultivadas de tan funesto enemigo.

El director de esta expedicion era D. José Salazar y sus terribles hurones los héroes de la algarada venatoria.

Dos burras con sus aguaderas se dedicaron para trasportar las repugnantes alimañas que sacaban sus húmedos y punteagudos hocicos por el ahujero respiratorio de la *taribola*, especie de cárcel de esparto donde el huron pasa la mayor parte de su vida dormido.

Yo no habia cazado nunca las *bocas* con huron á *toro suelto*. Aquello era para mí una novedad. Salazar caminaba delante cuidando sus *fieras*, todos le seguiamos con la escopeta al hombro. Cazurro llevaba su perro *Adan* y yo mi perra *Flay* porque teniamos el pensamiento de *perdernos* en el caso que la cacería con los hurones no satisficiera nuestras aspiraciones.

Llegamos á las primeras *bocas* situadas en la linde de la dehesa. Rodeamos la subterránea *casa* de los conejos, unos sobre las *bocas*, otros colocados á sesenta metros de distancia.

Salazar y Juan, uno de los guardas, eran los encargados de hacer maniobrar á los hurones. Se estableció el más profundo silencio, eramos un grupo de cazadores poseidos del más cruel y alevoso mutismo, aquel silencio daba frio, era el preludio de la muerte.

¡Pobres conejos! ni áun debajo de la tierra les deja en paz la ferocidad del hombre.

Yo me hallaba colocado en la segunda fila, es decir, en el grupo de los *cacheteros*, entre los que hacian fuego á los pobres herbívoros que se libraban de la primera descarga.

D. José Salazar, héroe de la fiesta, Bernabeu de *Las Pachecas*, desató las tapaderas de las *taribolas* y dos hurones al verse libres se metieron por distintas *bocas* arrastrando sus cilíndricos, blandos y repulsivos cuerpos, meneando la cabeza y relamiéndose los bigotes con inefable placer.

Excuso decir á ustedes el efecto que, á los pacíficos y cobardes conejos causaria el ver entrar por las puertas de su *casa* á los hurones, sus eternos é irreconciliables enemigos.

Para creerlo es preciso verlo; los pobres roedores comenzaron á abandonar su morada como alma á quien lleva el diablo, eran rayos, exhalaciones rodeadas de pelos grises que buscaban en la fuga la salvacion.

D. José Salazar puesto en cuclillas sobre las *bocas*, con una vara en la mano en la actitud del que va á dar una cuchillada, no cesaba de repetir avisando á los cazadores que se hallaban de espaldas á las *bocas*.

—¡Ahí va, marqués!... ¡pum!... ¡Ahí va, Cazurro!... ¡pum!... ¡Ahí va, Juanito!... ¡pum!... ¡Ahí va, Paco!... ¡pum!... ¡Ahí va, Molina!... ¡pum, pum, pum, pum!

¡Qué fuego! aquello parecia una fiesta de pól-

vora dirigida por Vulcano, yo no sé como no nos fusilamos los unos á los otros; verdaderamente hay una Providencia para los cazadores que les libra en estos casos del mortífero plomo.

De la primera boca salieron más de ochenta conejos; de éstos se salvaron dos terceras partes internándose en el monte ó escondiéndose en los primeros vivares que hallaban á su paso.

¡Qué cosas no dirian de nosotros aquellos infelices herbívoros al comentar nuestra conducta con sus compañeros de infortunio! Y en verdad que les sobraba razon para llamarnos hasta pillos, nuestro comportamiento era indisculpable; ménos criminal es no pagarle al casero, y sin embargo la ley tiene penas para el inquilino moroso.

Yo tuve paciencia para soportar el huroneo de tres vivares, comprendí que continuando aquel fuego graneado sería preciso traladar á *Las Pachecas* el gran bazar de armas y cartuchos que en la calle de Tetuan tiene establecido en Madrid mi amigo Indalecio Perez.

Cuando los cazadores se disponian á cercar el cuarto *juego de bocas* no pudiendo sufrir por más tiempo aquel sistema de caza, hice la procesion del *niño perdido* y me fuí con mi perra Flay léjos de aquel infierno.

Al encontrarme á unos quinientos metros del sitio en donde continuaban los simulacros conejiles respiré con placer como el hombre que se quita

un peso del corazon. Poco despues oí un tiro á mis espaldas y ví al perro *Adan*, de mi amigo Cazurro, que perseguía á una liebre herida. Era Mariano que cansado como yo de los hurones, venía á buscarme para que cazáramos á *mano*.

Miéntras *Adan cobró* la liebre, Mariano y yo nos comunicamos la poca gracia que nos hacia el cazar conejos con huron á *toro suelto*, pero ya lo hemos dicho, en *Las Pachecas* es indispensable emplear este medio para librar los sembrados y los viñedos del roedor diente de los conejos.

Continuamos cazando á mano con Flay y Adan y como no hay placer comparable como el de cazar á *mano* en un buen dia con un buen perro y un buen amigo, eramos dos séres completamente felices.

A lo léjos se oia el continuado bombardeo de los vivares, los hurones sembraban el espanto entre la familia conejil.

Llegamos á un valle y aprovechando los rudos asientos que nos ofrecian unas ruinas, nos sentamos á fumar un cigarro y á dar un descanso á los perros.

Mariano Cazurro y yo contemplábamos en silencio el hermoso panorama que se extendia ante nuestros ojos.

De pronto Mariano me dijo:

—Fíjate en las ruinas que nos rodean y en el sitio en que nos encontramos, recuerda la geogra-

fía y los mapas antiguos y traslada el pensamiento á la época en que Julio César vino á España á hacer la guerra á los Pompeyos y estos dos nombres aparecerán en tu memoria: *Laminium-Munda.*

Cazurro lo mismo en Madrid que en el campo es siempre un profundo observador, su memoria es un archivo poderoso ayudado por un caudal poco comun de conocimientos; se fija en todo y lo analiza con propiedad.

Recuerdo una vez que nos hallábamos cazando en un monte de la Alcarria y nos sentamos en unas piedras largas y cilíndricas: Mariano se quedó mirando aquellas piedras y me dijo:

—Esto no son piedras, son árboles fósiles arrancados de la tierra por algun cataclismo, sobre ellos ha sido preciso que pasen dos mil años para que la madera se convierta en piedra.

Y efectivamente aquellas piedras eran árboles fósiles. Al dia siguiente volvimos al mismo sitio con un guarda y un martillo y nos llevamos los morrales llenos de trozos de encina petrificada que regalamos á nuestros amigos y aún conservamos algunos ejemplares.

Volvamos á *Laminium* del rio *Ana* como la llamaban los romanos, á la populosa ciudad *carpetana* á la que Plinio da el título de insigne.

—¿Por qué no han de ser estas ruinas restos de la antigua ciudad de *Laminium*?—añadió Cazurro —¿hay algun dato irrecusable para creer que Dai-

miel esté fundada sobre sus restos? Tolomeo no lo afirma en sus *tablas*, otros autores aseguran que es la moderna Fuenllana; Estrabon dice que los *Lusones* era un pueblo famoso de España que formaba parte de la confederacion celtíbera, pero en lo que todos están conformes es en que la famosa *Laminium* levantaba sus muros por estos sitios en que nos encontramos, pueblo valeroso que segun Tolomeo *vivia al oriente de las fuentes del Tajo.*

Estas consideraciones de Mariano me parecieron fundadas y al regresar á Madrid procuré buscar algo que me diera alguna luz sobre la historia de la famòsa *Laminium*, pero mis averiguaciones no me han permitido avanzar mucho en el descubrimiento de la verdad; dejaremos por lo tanto á cada cual con su creencia y libre para colocar á su antojo los restos de la famosa *Laminium* ya que no contamos entre nuestros amigos ninguno de aquellos legionarios de Julio César, que cuarenta y cinco años ántes de Jesucristo, tan terrible golpe dieron á los Pompeyos, defensores de la república romana en las inmediaciones de *Munda* rival de *Laminium.*

Cuando llegamos á *Las Pachecas* encontramos la casa llena de gente; eran los amigos del marqués que venian de Argamasilla á saludarle y á invitarnos para que fuéramos á cazar á *Las Ventillas.*

Allí tuvimos el gusto, Mariano y yo, de conocer

á la familia de los Montalbanes y de los Frias, á D. Juan Antonio Millan, á D. Alejandro Cappa, á D. Antonio Dotor, á D. Joaquin Fernandez Florez y á D. Balbino Gimenez Alarcon, que ha escrito un libro de caza en verso y que tuvo la galantería de regalarnos un ejemplar á Cazurro y otro á mí. Alarcon es un buen aficionado á la escopeta que no desacredita su ilustre apellido cuando hace versos.

Todos estos señores, con cuya amistad nos honramos desde aquel dia, son manchegos, que para nosotros es casi sinónimo de bondadosos y hospitalarios. Más adelante hablaré de una comida que nos dieron en *Las Ventillas;* comida en la que faltó poco para que sucediera una gran desgracia: reventar.

Aquella invasion que el cariño y la amistad introducia por las puertas de *Las Pachecas*, puso al marqués de muy buen humor; nos reunimos á la mesa diez y ocho personas. En esta comida sucedió lo mismo que aquella mole de piedra del Escorial, de la que segun cuenta la tradicion, se sacaron seis reyes y un santo y sobró para otro tanto. En la mesa del marqués de Casa-Pacheco, comimos diez y ocho y sobró para treinta y seis.

Por la tarde salimos á dar unos ojeos; despues de la comida hubo en la anchurosa cocina de *Las Pachecas*, velada manchega, con su acompañamiento de castañuelas, guitarras y *cantaores*.

En esta fiesta tomó parte hasta la Guardia civil, y se lució por cierto un cabo llamado Cuchilleros, tocando la guitarra y soltando coplas.

En *Las Pachecas*, hay siempre de guarnicion dos parejas de Guardia civil, cuando está el marqués; es una precaucion contra los émulos de los *Juanillones*.

Como esta velada manchega se parece mucho á la que hemos descrito en nuestro episodio de *La Torre de Albar Ruiz*, sólo diremos que bailó todo el mundo, que se divirtió mucho la gente, que se improvisaron coplas muy oportunas y que la marquesa presidió la fiesta sin que desapareciera ni un solo minuto la bondadosa sonrisa de sus labios.

A las doce se dió por terminado el baile y los Montalbanes y los Frias se fueron en sus galeras á *Las Ventillas*, á disponerlo todo para el dia siguiente y recibirnos con la amabilidad que tienen por costumbre.

La noche estaba hermosa, hacía una luna clarísima, los expedicionarios llevaban una cantidad de buen humor que debió trasmitirse á las mulas que tiraban de las galeras, segun el rápido galope que emprendieron. Mariano, me dijo:

—Si no se estrellan; ántes de media hora están en *Las Ventillas*.

Afortunadamente no se estrellaron.

CAPÍTULO IV.

Las Ventillas.

A las siete de la mañana, unos en galera, otros en *arre*, emprendimos el camino de *Las Ventillas*, adonde llegamos á las ocho.

Nuestros camaradas de Argamasilla, nos esperaban, como asimismo una caldereta de sustanciosos *galianos* y otras frioleras, más propias para una mesa de gastrónomos, que para un ligero desayuno de cazadores.

Pero los manchegos no se andan con miserias; comer, para ellos, es lo mismo que reventar para otros.

Hicimos corro, rodeamos la caldereta, y nos desayunamos en medio de la más ruidosa alegría.

El tiempo era hermoso, el buen humor general. *Las Ventillas*, es uno de esos montes que tienen encanto, todo sonrie; abundan las liebres y las perdices; está dividido en dos grandes cuarteles; es

propiedad uno de ellos, de D. José Montalban; el otro de la señora doña Paula Parra, viuda de Frias; de ésta señora, que es la bondad personificada y de su hija doña Gumersinda, que es rubia como las espigas de Egipto, hablaré más adelante en el capítulo titulado, *Argamasilla.*

La espaciosa y cómoda quintería de *Las Ventillas*, se halla dividida por mitad por una tapia; pero el que llega á aquel poético y solitario albergue, puede entrar por la puerta de los Frias ó por la de los Montalbanes; pues en ámbas encontrará la misma franqueza, el mismo cariño y la misma hospitalidad. Los huéspedes de los Frias y los Montalbanes, no deben temer más que las indigestiones; sólo un estómago como el de Marco Antonio, podria soportar todas las finezas culinarias con que obsequian á sus huéspedes los dueños de *Las Ventillas.*

D. José Montalban tiene una fisonomía que se rie siempre, en particular los ojos; es un señor que tendrá unos cincuenta años de edad, robusto, macizo, campechano y francote. Su gran satisfaccion, se reduce á que sus huéspedes coman mucho y maten mucha caza. Cuando se halla rodeado de sus amigos, le gusta quedar bien; y entónces echa la casa por la ventana, como vulgarmente se dice. Su hermoso corazon goza con la alegría de los demas, sus afectos nacen del alma y son sólidos como su cuerpo.

Su hijo D. Francisco y su hijo político D. Juan Antonio Millan, estuvieron con nosotros afectuosísimos, demostrando un gran interés en que nos divirtiéramos y colocándonos en los puestos por donde, segun ellos, debian *correrse* más liebres.

D. Jerónimo y D. Antonio Frias, son dos jóvenes que se hallan en la primavera de la vida, condescendientes y cariñosos en extremo, montaron á caballo para dirigir á los ojeadores y animarles con su ejemplo.

D. Alejandro Cappa, cuñado de los Frias, es un caballero tan perfecto, que no encuentro palabras con que enaltecerle: como Cincinato y Wamba, ha dejado la espada por el arado, y en vez de mandar soldados, manda gayanes; se halla al frente de la labor de la casa de los Frias con gran elogio de propios y extraños.

Despues del desayuno, comenzaron los ojeos con más algazara de la que hubiera sido conveniente; ¿pero quién impone silencio á un estómago satisfecho?

Se mataron muchas liebres y perdices, no recuerdo el número; porque en esta expedicion no lo apuntábamos como en *Las Pachecas*.

Cuando cambiamos de ojeo, Millan y Alarcon se reunian conmigo y hablamos de literatura; yo estaba encantado de la amabilidad de aquellos buenos amigos, que me habia proporcionado la escopeta; todo les parecia poco para obsequiar á sus huéspedes.

A las doce regresamos á la casa de *Las Ventillas*, y ¡aquí fué Troya! ¡Qué comida, Dios mio! Quedamos aplastados bajo el peso de tantos manjares: allí no se sirvió ningun plato *fofo*, todos eran macizos: yo, sintiendo los horrores de la indigestion, exclamé:—Bienaventurados los que padecen hambre.

Despues de la comida volvimos á coger las escopetas con el objeto de continuar ojeando el resto de la tarde.

¿Pero quién era el *guapo* que ponia órdén? Unos cantaban la *Norma*, otros *peteneras*; los discursos, las improvisaciones, los gritos subversivos de Viva la República y mueran los caseros iban ojeando las perdices y las liebres á quinientos metros por delante, Antonio, el fiel mayordomo del marqués, no abandonaba á su amo, repitiéndole con frecuencia y grave entonacion, estas palabras:

—Señor marqués, suba usía en la *Dominga*, que va mal.

Aquella tarde la caza se rió grandemente de los cazadores; y fortuna y no poca fué el que no nos cazáramos los unos á los otros.

En un ojeo me *entró* una liebre, hice fuego y se quedó tendida: durante veinte minutos no se meneó de aquel sitio, pero cuando fuí á cogerla echó á correr dejándome frío ante aquella inesperada resurreccion.

Regresamos á *Las Pachecas* bastante entrada la

noche. La marquesa nos esperaba en el comedor, la mesa estaba dispuesta y nos sentamos en derredor de ella aunque con poco apetito.

La vida en la Mancha para ciertos séres privilegiados no es otra cosa que una comida sin fin con cortos entreactos para la digestion. El célebre cantar de la cama á la mesa, de la mesa á la cama, tiene en la Mancha una perfecta aplicacion.

Asi trascurrieron cinco dias, empujados por las rápidas brisas de la felicidad. Las horas tenian para nosotros la duracion de los minutos, de vez en cuando una nube venía á empañar los brillantes horizontes, el hermoso sol que nos inundaba, esa nube se extendia siempre por la parte del Norte, se llamaba Madrid.

Continuaron las cacerías, el buen humor y el apetito.

Yo tuve un percance que vino á probarme una vez más el hermoso corazon de la marquesa. Por tirar una liebre que se me cubria con un chaparro dí una carrera, esta rápida evolucion fué causa de que mi pié derecho tropezase con una piedra, este golpe me produjo un dolor bastante vivo, pero seguí cazando.

Cuando llegué á la quintería de *Las Pachecas* me senté á la mesa sin acordarme del golpe, bien es verdad que no sentia el más pequeño dolor; pero al concluir el almuerzo quise levantarme y no pude, comencé á quejarme sin explicar la causa de mis

lamentaciones, pero como á mí me sucede mucho de lo que le sucedió á aquel pastor de la fábula que gritaba: «¡al lobo, al lobo!» todos se echaron á reir miéntras yo veia las estrellas.

No con pocas fatigas logré llegar desde el comedor á mi *celda* y me acosté.

Poco despues entró Cazurro, le conté lo que me sucedia, y sacando su botiquin me puso árnica y una venda con la soltura y limpieza de un médico consumado.

Mariano Cazurro es la providencia de todas las descalabraduras y desperfectos que sufren sus compañeros de caza.

Cuando se supo la verdad, mi *celda* se llenó de gente; yo sentia fuertes dolores en el pié, era imposible continuar cazando aquella tarde; todos querian quedarse conmigo, pero á fuerza de súplicas pude conseguir que salieran de caza.

La marquesa, que se habia reido mucho al principio de mis lamentaciones, convencida de que el mal era cierto, se convirtió en mi enfermera; empezó por prestarme unos calcetines de mullido estambre de esos que gastan las señoras para dormir para que me abrigara el pié, mandó colocar una butaca junto la chimenea, unos almohadones sobre una silla, cogió su labor y se sentó á mi lado.

—Miéntras ellos se divierten con la escopeta, nosotros charlaremos un poco de Madrid, me dijo.

Y efectivamente, pasamos revista á todos nues-



tros amigos, luégo nos metimos en el teatro de telon adentro, entreteniéndonos en la biografía de actrices, actores y poetas, y con esto y humedecer de vez en cuando los paños de árnica, se pasó la tarde y regresaron los expedicionarios.

Gracias á la marquesa y á Cazurro, pude cazar al dia siguiente; si bien me valí de las medias de becerrillo y las alpargatas que llevo siempre á prevencion, pues las botas no me hubiera sido posible ponérmelas.

Otro percance desagradable me sucedió y voy á referirle en pocas palabras, para terminar el artículo de las lamentaciones.

Mi perra *Flay*, indudablemente la perra más hermosa de Madrid, de pura raza *pointer*, y cuyos *ilustres antepasados*, tienen la honra de hallarse inscriptos en el *Kenuel Club Stud Book* de Lóndres y haber ganado medallas de honor en las exposiciones de animales, la tenía yo en mucha estima, no tanto por sus famosos *pergaminos* y glorioso *abolengo*, como por ser regalo de mi querido camarada, el famoso cazador de perdices, D. José de Argaiz.

Flay llamaba la atencion de los verdaderos aficionados; tenía la parte inferior del hocico, el pecho, el vientre y los cuatro *remos* dorados, como asimismo la punta de su delgado rabo y dos redondeles que parecian hechos á pincel, del más puro color de oro, encima de los ojos; el manto del lo-

mo, la cabeza y las orejas eran de un color castaño plomizo.

La pobre *Flay*, aunque ya contaba doce meses de edad, no habia pasado el moquillo, terrible enfermedad de los perros.

Una mañana noté que *Flay* estaba triste; sin pérdida de tiempo recurrí á todos los medios que indica la ciencia y aconseja la práctica; todo fué inútil, *Flay* estaba herida de muerte. Yo no tengo palabras con que demostrar mi agradecimiento á la marquesa por los cuidados y esmero con que procuró que no le faltara nada á la pobre *Flay*.

Parece increible los estragos que causa á los perros el mortal moquillo; en pocos dias *Flay* se trasformó por completo, sólo conservaba de su pasada hermosura, su inteligente cabeza, la dulce mirada de sus claros ojos, que parecian demostrarle su gratitud á la marquesa que tanto la cuidaba.

Flay murió y fué enterrada al pié de una encina, cuya robusta copa sirve de sombra á su tumba. Aquella encina se llama la *Encina de la marquesa:* yo siempre que paso por allí, dedico un recuerdo á la pobre *Flay*.

CAPÍTULO V.

Argamasilla de Alba.

No es posible prolongar esta narracion sin caer en la monotonía; especie de sueño que aletarga al lector y del que yo he procurado siempre librarle en los libros que he escrito, para entretener su ocio.

Un libro *que se cae de la mano*, es insoportable; iré pues resumiendo, para llegar lo más pronto posible al final.

Mariano Cazurro y yo, hemos hecho varias expediciones á *Las Pachecas* y como el marqués es tan bondadoso, nos tiene autorizados para invitar á nuestros amigos y algunas veces, aunque pocas, hemos aprovechado su autorizacion.

En el número de estos amigos, se encuentran D. Luis Mariano de Larra, que estuvo cuatro dias en *Las Pachecas*, D. José Olcina, D. Rafael Aldecoa, D. Miguel Pollo y D. Rafael Guzman que estuvieron algunos más.

Una noche nos hallábamos en el comedor, tomando café, una docena de amigos, cuando de pronto, con gran sorpresa de todos, oimos en el campo las acordes melodías de una música militar.

La marquesa, dijo:

—Esos son los músicos de Argamasilla que viénen á darnos serenata.

La música produce siempre buen efecto, pero mucho mayor cuando no se espera y se oye de pronto en el desierto.

Los marqueses hicieron entrar en la casa á los músicos que habian hecho una jornada de dos leguas con los instrumentos al hombro para darnos una serenata.

Se recibió dignamente á los émulos de *Euterpe*, se repusieron de las fatigas del viaje, y con el plausible motivo de su visita, hubo velada musical, baile, castañuelas y guitarras, con gran contento de las muchachas, de los mozos, de José Salazar y de D. Rafael Perez de Guzman, que punteó la guitarra y cantó por lo flamenco con aprobacion general.

Esta noche estuvo Luis Mariano de Larra én *Las Pachecas*, pero al dia siguiente, bien á pesar suyo, tuvo que marcharse á Madrid, á dirigir los ensayos de *La guerra santa*, zarzuela que habiamos escrito en colaboracion y que reclamaba nuestre presencia en el teatro de Jovellanos; pero yo



cazador más impenitente que Larra, le dejé marchar solo, no sin algun remordimiento de conciencia; pues echaba sobre sus hombros un peso que debiamos compartir los dos; pero Luis me conoce y me quiere con todos mis defectos, y sospechando que mi intencion era pasar la noche del estreno á cuarenta leguas del teàtro, se marchó solo como he dicho; y sus sospechas se realizaron, pues no me presenté en el teatro hasta que la obra llevaba quince representaciones.

Pero, en fin, cada hombre tiene sus debilidades y los buenos amigos nos las respetamos mutuamente. A Luis Larra le gustan los *bastidores*, y á mí la escopeta, y como *sobre gustos no hay nada escrito*, seguimos siendo buenos amigos y, caminando por distinta senda hácia el mismo fin: la muerte.

Despues de esta digresion dedicada á la amistad continuemos.

Mariano Cazurro me preguntaba todas las noches al retirarnos á nuestras *celdas*.

—¿Cuándo nos vamos?

—Cuando tú quieras—le contestaba yo.

Pero es lo cierto que ni él ni yo estábamos resueltos á abandonar aquel paraíso terrenal.

Por otra parte, era bastante difícil abandonar *Las Pachecas*, porque los marqueses siempre tenian un plan encantador para el dia de mañana cuando se hablaba de la marcha.

Otra circunstancia prolongó algunos dias más nuestra partida y fué la llegada á *Las Ventillas* de unos amigos de Cazurro, D. José Macuso, D. Antonio Montalban y el Sr. Casuso. Un guarda vino á decirnos que nos esperaban en *Las Ventillas* para cazar y que nos dárian un *ligero* almuerzo en el campo, el ofrecimiento fué aceptado.

En esta expedicion tuve el gusto de ver á mi antiguo camarada el marqués de Valdeguerrero, á Mondejar y al incomparable cazador de oficio Cristóbal.

Llegamos á *Las Ventillas* los cazadores de *Las Pachecas*. ¿Cuántos éramos? ¡Cómo es posible recordarlo! lo intentaré pidiendo ántes perdon á todos aquellos cuyo nombre omita involuntariamente.

Cazadores de *Las Pachecas.*—El marqués de Casa-Pacheco, el marqués de Valdeguerrero, Garnica de Lara, Cazurro, Aldecoa, Juanito Cazurro, Pollo, Olcina, Mondejar, Salazar, Guzman, Vega, Antonio el mayordomo, el maestro herrador de la casa, Basilio el mayoral, Vicente, el Jarito, Juan, el guarda y un servidor de ustedes, total diez y nueve.

Cazadores de *Las Ventillas.*—D. José, D. Marcelino y D. Francisco Montalban, D. Jerónimo y D. Antonio Frias, Macuso, Millan, Cappá, Alarcon, Casuso, un señor sacerdote que no llevaba más arma que el breviario, y cinco ó seis perso-

nas más cuyos nombres en vano procuro recordar.

Formamos un total de cincuenta hombres armados y pertrechados para la batida; pero como la mucha gente sólo para la guerra es buena, por más que en los ojeos se recomendaba el silencio y se quedaban dos escopetas en cada puesto, se mató mucha ménos caza que hubiéramos muerto siendo ocho escopetas.

Hubo ojeo donde las dos escopetas de un punto hicieron diez y ocho disparos á las perdices sin *cortar pluma*, pero como no se trataba de cazar sino de comer se libraron de un consejo de guerra los dos cazadores que tan mal habian defendido su trinchera.

A eso de las doce llegamos á un valle donde nos estaban esperando algunos señores con el almuerzo.

Desde léjos vimos el campamento dando gritos de ¡hossanna! y echando los sombreros por el aire, porque nada es tan expansivo como el hambre cuando ve al alcance de la boca los comestibles, y nada tan sombrío y mal educado como la citada *señora* cuando presiente una abstinencia prolongada en la imaginacion.

En aquel convite al aire libre, al que yo llamé *el campamento de la abundancia*, se habia previsto todo; y hasta nos encontramos con dos galeras, una tartana y varias caballerías para los que despues de almorzar quisieran dejar la escopeta por los horrores de la digestion.

Se tendieron en el suelo los capotes y se colocaron sobre ellos los comestibles.

¿Qué se almorzó? pues todo lo más apetitoso que ha inventado la glotonería del hombre en fiambres y conservas; en cuanto al vino se empezó con el Bordeaux, tomó parte el Jerez en la contienda, se inmiscuó á los postres el Champagne y pusieron punto final el Benedictino y el Chartreuse, hubo profusion de ricos vegueros de la Vuelta de Abajo, comenzó á desarrollarse el ingenio entre los *comensales* y no faltaron discursos, improvisaciones, ocurrencias felices y alguna que otra caida de esas que hacen perder el equilibrio y la gravedad al hombre.

Yo no sé lo que costaria aquel almuerzo, aquellos vinos, aquellos cigarros con tanta abundancia repartidos, pero de seguro que no bajaba de tres mil reales.

Sería inútil recordar la lista de los comestibles que allí se consumieron, como es inútil decir que si ántes del almuerzo ya nos eran simpáticos don José Macuso, D. Antonio Montalban y el Sr. Casuso, qué sería despues de almorzar.

Yo no sé las botellas de Champagne y Chartreuse que se consumieron, yo sólo diré que cada cazador llevaba una en el bolsillo del chaqueton y que de ojeo á ojeo todo el mundo hacia frecuentes libaciones.

Por fin tuvo un término aquel banquete á lo Sardanápalo sin la intervencion de Vénus y como

las cabezas estaban un poco alborotadas y los ojeos no producian otra cosa que algazara, cantares y sublevaciones, se mandó alto el fuego.

Dias como el que nos dieron Macuso, Montalban y Casuso en *Las Ventillas* no se olvidan nunca, se recuerdan siempre. ¿Cuándo se repiten? Los señores citados tienen la palabra.

Estoy seguro que á la caida de la tarde todos nos separamos con sentimiento, los que se quedaban en *Las Ventillas* y los que nos íbamos á *Las Pachecas.*

Dos dias despues resolvimos Cazurro y yo regresar á Madrid; habiamos pasado trece dias en *Las Pachecas.*

El marqués nos presentaba nuevos y asombrosos proyectos de caza, nos propuso una expedicion á *Las Chimeneas* y sabiendo que yo tenía una carta autorizacion de mi querido amigo D. Tomás Gana para cazar en su monte *Casas-Blancas* nos ofreció acompañarnos con tal de que nos quedásemos.

Verdaderamente, es difícil romper los lazos cariñosos de la amistad en ciertos paréntesis encantadores de la vida, pero era preciso y el marqués convencido de ello, dijo:

—Accedo y consiento en la partida, pero es preciso que vayamos á Argamasilla á despedirnos de los Frias, los Montalbanes y demas amigos de *Las Ventillas.*

Esto era justo y muy grato para Cazurro y para mí.

A la mañana siguiente muy temprano salimos de *Las Pachecas;* la marquesa nos acompañó.

Como el camino no es del todo malo la *Imperiala* y la *Condesa* no tardaron mucho en recorrer las dos leguas que separan *Las Pachecas* de Argamasilla.

Tanto y tanto bueno he dicho de la Mancha que para que no me juzguen exagerado aquellos de mis lectores que no la conocen, me valdré de la docta y bien cortada pluma de mi difunto y querido amigo, el ilustre literato D. Juan Eugenio Hartzenbusch, para describir el pueblo de Argamasilla de Alba: dice así el inolvidable autor de *Los amantes de Teruel. Algun lance poco gustoso le debió suceder á Cervántes en Argamasilla, pues en verdad que no merece desden ni olvido aquella poblacion linda y no pequeña, de buen vecindario, adornada de alamedas, sentada en llano y fértil suelo, regada por el Guadiana que toca á las casas espaciosas y bien construidas en calles anchas y tiradas á cordel como apénas se ven en otro pueblo alguno de España.*

Tan halagado se vió Hartzenbusch por los hijos de Argamasilla, que al separarse de ellos, la gratitud le inspiró la siguiente redondilla:

Dábase aquí á Barrabás
Cervántes cada momento:
yo me voy con sentimiento
de no detenerme más.

Si esto dijo un literato tan concienzudo como el autor del *Sí* y el *nó*, ¿qué podrá decir el que estas líneas escribe para enaltecer el pueblo del hidalgo Pacheco que, enojado con Miguel de Cervántes D. Rodrigo porque se habia atrevido á requebrar á una sobrina suya y dirigirle á él un chiste picante, le encerró en una cárcel, cuna dolorosa del famoso libro *D. Quijote de la Mancha*?

Argamasilla es, indudablemente, uno de los pueblos más pulcros, más limpios y más alegres de España.

Acompañados por los Frias y otros amigos visitamos la iglesia, la casa de Medrano que sirvió dé cárcel á Cervántes y las ruinas del edificio de don Rodrigo Pacheco, que segun todas las probabilidades, es la que describe Cervántes como la morada de D. Quijote; aún se conserva intacta la ventana por donde se supone que la sobrina y el ama de D. Quijote, ayudadas por el cura dé Argamasilla, arrojaron tantos y tantos libros, aberracion del entendimiento humano, para hacer con ellos un auto de fe.

De la puerta que cerraba el calabozo del infortunado autor de las *Novelas ejemplares*, nos llevamos algunos clavos y pedacitos de madera como reliquias literarias.

En la iglesia vimos el altar con el retablo de fondo dorado y el lienzo que representa el retrato de un caballero y una dama, ella jóven y él más

entrado en años, y que segun Hartzenbusch, por su *rostro largo y estrecho, ojos espantadizos y largos bigotes no acomodaria mal el título de caballero de la triste figura.*

Se supone que el original de este retrato fué el hidalgo D. Rodrigo Pacheco que sirvió de modelo á Cervántes para describir á D. Quijote.

Despues de nuestra excursion cervantina por Argamasilla, nos dirigimos á la casa de los Frias, donde estábamos invitados á comer.

Allí tuvimos el gusto de conocer á doña Paula Parra, viuda de Frias y á su hija doña Gumersinda.

Doña Paula es una señora tan respetable como bondadosa. Aferrada á la rectitud de sus costumbres, tiene algo en su fisonomía que inspira veneracion. De su pasada hermosura le queda en el rostro la frescura de la mirada y la limpieza de una vejez sin achaques; la belleza de su alma y la rectitud de sus costumbres, establecen en derredor de doña Paula una aureola de respetabilidad y cariño.

Su hija Gumersinda, esposa de D. Alejandro Cappa, es rubia y hermosa, y tiene, como todas las rubias, cierto candor en la fisonomía; porque sabido es que las rubias van por el mundo diciendo: *mirando muero* y las morenas *mirando mato.*

Gumersinda Frias, ménos apegada que su bondadosa madre á las costumbres antiguas, rinde culto á la moda y viste con elegancia.

La madre y la hija hicieron los honores de la casa con mucha soltura y mucho cariño, y nos dieron una comida tan abundante como delicada.

En cuanto á la casa de los Frias, no me siento con fuerzas para describirla.

Aquellos salones, aquellos muebles de caoba y de nogal bruñidos como el acero, limpios y conservados á pesar de su respetable antigüedad, serian el encanto, la adoracion de uno de esos sabios entusiastas del arte antiguo.

Yo los admiré cuando los ví y hoy no me atrevo á describirlos; sólo diré que la casa de los Frias predispone en favor de sus nobles dueños.

Permanecimos en la mesa tres horas, las criadas no cesaban de servirnos platos, ya lo he dicho y lo vuelvo á repetir, los manchegos que yo conozco no hacen las cosas á medias sino completas.

La Mancha puede tener fama de ser *favorecida* por el bandolerismo, pero á mí sólo me han robado los manchegos el corazon y las simpatías.

Hable mal de la Mancha el que tenga motivo para ello, á mí me está vedado, porque yo miro la ingratitud como el defecto más asqueroso de la criatura.

El primer novelista del mundo, el gran maestro Miguel Cervántes, cuya talla literaria no es posible medirse, se vió postergado en Argamasilla por un hidalgo monomaniaco y terco. El autor de *El Quijote* cruzó la tierra con la antorcha del ge-

nio en la mano y ensangrentándose los piés con las espinas de la vida. ¡Pobre Cervántes! ¡Desheredado del presente, semi-Dios del porvenir, se vió siempre herido en las fibras más delicadas de su corazon y se defendió con su maravillosa pluma; hizo bien, pero yo el último de los novelistas españoles, he encontrado en esa misma Argamasilla tanto cariño, tanta consideracion, hospitalidad tan cumplida, que lamentando la injusticia de los hombres y el rigor de los tiempos al abandonar el risueño suelo que fué cuna de *El Quijote,* no he podido ménos de repetir con fervoroso entusiasmo la redondilla de Hartzenbusch.

Dábase aquí á Barrabás
Cervántes cada momento,
yo me voy con sentimiento
de no detenerme más.

Yo desprecio el libelo; prefiero el panegírico; la alabanza es más grata á mi pluma que la difamacion; ademas, invoco á mis queridos compañeros de caza: Cazurro, Larra, Aldecoa, Pollo, Guzman, Medinilla, Macuso, Olcina, Troyano, Casuso, Molina, Salazar, Vega y otros que no recuerdo y que como yo han defendido siempre la noble hospitalidad manchega, para que digan si hay una sola apreciacion, un solo elogio en este relato, que no sea merecido.

Estoy seguro que ninguno de los nombres citados manchará su lengua con la mentira ni su corazon con la ingratitud, y que todos, como yo, recordando la hospitalidad manchega, gritan desde el fondo de su alma: ¡Viva la Mancha!

A la caida de la tarde regresamos á *Las Pachecas* llevándonos un grato recuerdo en el corazon, de aquel pueblo de cuyo nombre no queria acordarse Miguel de Cervántes.

CAPÍTULO VI.

Lamentaciones.

El hombre es un sér finito, y todos sus goces y sus amarguras, sus placeres y sus sinsabores, ha querido el sumo Hacedor que sean finitos tambien, para que su existencia esté siempre agitada por todo ese voluble enjambre de mariposillas que revolotean enderredor de su corazon, produciéndole encontrados efectos y distintas impresiones.

Pero, despues de todo, esas mariposillas son la vida, y cuando dejan de mortificarnos, el hombre se convierte en un cadáver que come, vive y anda por las calles con la frente inclinada hácia la tierra buscando la fosa donde depositar su cansado cuerpo.

Los expedicionarios de Madrid nos despedimos de los marqueses con verdadero sentimiento, ofreciéndoles volver á disfrutar de su generosa hospitalidad.

La locomotora nos condujo á la corte, y fué tan silencioso, tan triste nuestro viaje, que la conversacion se redujo á algunos monosílabos.

Nunca con más verdad se pudo decir aquellas tradicionales y populares apreciaciones de ¿Adónde vas? A los toros, etc., etc.

Al dia siguiente de mi llegada á Madrid era tanto el trabajo que me esperaba que me *resolví á no hacer nada*, y como era de cajon darle cuenta al marqués de mi persona, dicté una carta á vuela pluma, de la cual copio aquí algunos trozos para demostrar el estado de mi espíritu en aquellos momentos.

IMPROVISACION.

Mi querido marqués: todos llegamos
Sin ningun contratiempo,
Y todos á la vez nos dispersamos,
Como las hojas que arrebata el viento,
Así que en la estacion nos apeamos.
Cuando llegué á mis lares
Un torrente de lágrimas vertian
Mis ojos pecadores;
Que el que dice Madrid dice pesares,
Afanes y prolijos sinsabores.
Un ¡ ay! lanzó mi dolorido pecho,
Temblaron mis mantecas,
Y exclamé en llanto de dolor deshecho:
¡Ay! mi querida Mancha... ¡Ay! mis Pachecas.

Pero, cómo ha de ser, esta es la vida;
El placer es más corto que la pena,
Y hallando á la familia reunida
Les di un abrazo y les pedí la cena.
Cené con apetito,
Tomé café, cargado y muy caliente,
Me fumé un cigarrito,
Y despues de contarles á mi gente
De nuestra cacería
La parte que contárseles podia,
Me zambullí en la cama diligente,
Dí á la luz un soplido
Y al poco rato me quedé dormido.
Soñé que en las laderas del *Barrero*,
Cazando con mi *Nena*,
Á la mata llegué del *Cominero;*
Estaba la mañana tan serena,
Tan tibio y perfumado
El saludable ambiente,
El horizonte limpio y despejado
Como el cristal de cadenciosa fuente,
Que por todo mi sér se difundía
El goce, el bienestar y la alegría.
¡Qué feliz me juzgaba
Soñando que cazaba!
Pero ¡ay! al despertar me hallé en mi cuarto,
Y al ver la claridad ¡suerte funesta!
Dí mi soñada dicha por un cuarto,
Porque escuché la voz de mi tintero
Que me dijo indigesta:
¿Es usted escritor ó *matutero?*
¡Oh, cielo de la Mancha
Que la angostura de mi pecho ensancha!

¡Oh! conejos que dais la voltereta
Al ¡pum!!! de la escopeta.
¡Oh! liebres corredoras,
Perdices voladoras,
Zorras sin polison y con orejas,
Si es que escuchais mis doloridas quejas
Llorad mi triste suerte,
Y de la vida en la diaria muerte
Dadme un sueño de caza
Que ponga á mi dolor una mordaza.
   Adios, marqués querido,
Cuya cara risueña y complaciente
Es de toda bondad puerto y abrigo;
Adios, noble anfitrion, que aunque esté ausente
Llevo el recuerdo de su sér conmigo.
   Un abrazo á Aldecoa,
Pues alegre y feliz vive en el monte,
Como en los aires la indomable *choa*
Gozando de ese límpido horizonte.
   Á Pepe Salazar y á sus hurones
Les recomienda usted mucho juicio,
Pues gozará de malas digestiones
Si se vuelve á entregar á su *ejercicio*.
   Y aquí voy á dar fin á la misiva
Porque la musa se me muestra esquiva,
Pues el dictar en verso al escribiente
Puede dar ocasion, áun sin quererlo,
Á que sea la musa irreverente.
   Cómanse un buen caldero de *galianos*
Á la salud propicia
De Migueles, Juanitos y Marianos,
Y apuren de ese monte las delicias,
Y miéntras llega la anhelada fecha

Del veinte de Febrero;
En prueba de que soy un caballero
Le envio el corazon por una flecha
De dolor traspasado;
¡Si seré liberal y desgraciado!!!

Los anteriores versos no son tan buenos como yo quisiera, y los consigno aquí tan sólo porque ellos expresan el estado de mi espíritu despues de mi regreso de la expedicion de *Las Pachecas.*

Trascurrió algun tiempo y volvió á invitarnos D. Pablo Sandoval para otra expedicion de caza. Yo llevaba un mes de trabajo ímprobo sin levantar mano de las horribles cuartillas de papel blanco que hace treinta años emborrono para entretener el vicio de los lectores. Contesté al marqués aceptando la invitacion y dirigiendo una dolorosa mirada al pasado, como el célebre poeta Jorge Manrique, que tan magistralmente describe la pequeñez de las grandezas humanas.

Hé aquí mis lamentaciones:

¿Qué es la vida? un dolor fuerte
Con minutos de placer;
Un mal que apénas se advierte,
Un veneno que al nacer
Comienza á darnos la muerte.
La ambicion desenfrenada
Empuja al deseo loco
Tras una vida soñada;

La vida vale tan poco
Que casi no vale nada.
¡Ah! mi querido marqués,
Te juro por San Andrés
Que nunca llegué á pensar
Que pudiera estarme un mes
Escribiendo y sin cazar.
Y esto que en la mente mia
Ni en sueños se imaginó,
Pasando dia tras dia
Cuando ménos lo creia
Fatalmente sucedió.

Aquellas tranquilas horas
Que en *Las Pachecas* pasamos
Sin afan,
Y las liebres corredoras
Que en sus laderas matamos
¿Dónde están?
Los pasteles de tocino,
El rico queso manchego,
¡Los *galianos!*
¿Dónde los llevó el destino?
Pues los busco y no los llego
Con mis manos.
¿Qué fué de tanta alegría?
¿Qué fué de tanta chacota
Y placer?
Cuando rápida corria
De mano en mano la bota
De beber.

¿Qué fué de aquellos ojeos
En que tú *borricalmente*
Cabalgabas?
¿Qué los bailes y jaleos?
¿Qué del rom y el aguardiente
Que nos dabas?
¿Qué de Pepe Salazar
Pontífice en el oficio
Del huron?
¿Qué de su airoso bailar?
¿Qué de su grato ejercicio
La aficion?
En dulce trova sentida
Un poeta nos advierte
Deleitando,
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte
Tan callando.
¡Ay! mi querido marqués,
En las horas de alegría
Y de gozar,
Nunca imaginé, á fe mia,
Que pudiera estarme un mes
Sin cazar.
Compadece á este poeta,
Flaco como D. Quijote,
De escribir,
Que va á vender su escopeta,
Su morral y su capote,
Y á morir.
Vivir sin cazar no quiero,
Deja que en cólera estalle
Mi pesar;

¡Adios, marqués, yo me muero!
¡Adios, Pablito, hasta el valle
De Josefar!...

Ahora sólo me resta decir que el marqués continúa siendo tan galante, tan amigo de Cazurro y mio, que siempre que va á *Las Pachecas* á cazar nos invita para que le acompañemos, y nosotros, persuadidos de que la invitacion nace del alma y que es verdadera, la aceptamos, siempre que nuestras ocupaciones nos lo permiten, y sentimos mucho dejar de ir cuando á ello nos obliga una causa ajena á nuestra voluntad.

Y ahora voy á terminar la presente narracion diciéndoles á ustedes, en secreto y en voz muy baja para que no se entere nadie, que si en España continúa el afan de crear conventos y la aficion á los frailes se desarrolla, yo voy á pedir al marqués que me permita terminar mis dias en la poética *celda* de *Las Pachecas*, que ya lleva mi nombre, concesion que colmará todos los deseos del autor de *El Mártir del Gólgota*, *El Cura de aldea* y otras cien obras que no me han producido todas juntas tanto placer, goce tan inefable como el que me causa siempre la generosa hospitalidad de los marqueses de Casa-Pacheco.

Hasta la otra.

EL PARTO DE MI PERRA.

Á JUANITO CAZURRO.

Juanito: parió la *Nena*,
Y fué su parto un gemido
Que me demostró su pena;
Y ahora se encuentra tan buena
Cual si no hubiera parido.
De su mal me condolia
Junto á su cama contrito,
Y ella á veces parecia
Que mirándome decia:
«Muchas gracias, señorito.»
Que en los trances de dolor
Que en este pícaro suelo
Pasa todo pecador,
Siempre sirve de consuelo
Tener un jaleador.
Su angustia tuvo un final,
Pues nunca es eterno el mal;
Y tú, Juanito, no ignoras

Que el parir es natural
Sobre todo, en las *señoras.*
Madre tierna, enamorada,
En su seno recogia
Toda su prole adorada;
¡Con qué placer los lamia
Con su lengua regalada!
Con un cuidado especial
Y solicitud extrema,
Repartia por igual
El dulcísimo poema
Del cariño maternal.
Yo, rebosando placer,
Viendo tan sentida homilia,
Sin poderme detener
Dije: ¡Aquí quiero ver
Á los hijos de familia!
«No hay cual la madre en la tierra,
Y en el llano y en la sierra
Son sus hijos su ventura,
Que una madre áun siendo *perra*
Todo es amor y ternura.»
Ella sus ojos fijó
En mi rostro enternecido;
Y es claro que me entendió,
Pues la infeliz dió un ahullido
Y á sus hijos relamió.
Te digo, Juan, que la pena
Se quita al ver los perritos;
Vamos, que son cosa buena,
¡Qué de raza! ¡Qué bonitos!
Dignos del *Sul* y la *Nena.*
Te haré una pintura breve

Bosquejándote el tesoro:
Mi musa á más no se atreve;
Son copos de blanca nieve
Con bellos matices de oro.
Una perrilla á mi ver
Está destinada á ser
Con el tiempo muy maestra;
Figúrate que al nacer
Le hizo á su madre una *muestra*.
Ven, y elige tú el primero,
Cual cazador verdadero;
Y Dios quiera que te toque
Can sin defectos ni *pero*
Como el perro de San Roque.

LA LIEBRE NEGRA.

CUENTO FANTÁSTICO.

AL POETA ANTONIO TRUEBA DEDICA ESTA TRADICION VIZCAINA SU AMIGO ESCRICH.

En el Orrio, merindad de Durango, en Vizcaya, habia un cura, gran aficionado á la caza: teníasele en aquellos contornos por el primer tirador, fama justamente alcanzada y que él procuraba conservar como el más glorioso de sus timbres.

Decian malas lenguas (pues nunca faltan) que el cura era más devoto de la escopeta que de los Evangelios, y que más que piadoso pastor de aquel reducido rebaño de fieles, podia tenérsele por un cazador de oficio, que en los ratos perdidos oficiaba la misa, bendecia á los muertos, bautizaba á los recien nacidos y leia la epístola de San Pablo á los enamorados.

Pero nuestro presbítero era un filósofo un tanto despreocupado, y otro cuanto amigo de satisfacer sus gustos, sin importarle un comino las mur-

muraciones del hormiguero humano que le rodeaba.

Todas las mañanas decia la misa de alba con la rápida ligereza del que desea terminar pronto. Su ama le esperaba á la puerta de la sacristía con el morral y la escopeta, cambiaba la sotana por un chaqueton de paño burdo, el bonete por un hongo, y soltando un silbido poco evangélico, acudia un hermoso galgo de su propiedad, y salia alegre y feliz encaminándose á los cercanos bosques, hambriento de matar.

Un dia le arrancó por delante una liebre grande como un podenco y negra como un cuervo.

El cura, asombrado ante aquel hermoso animal, lanzó un grito para detenerle en la carrera, y disparó su escopeta. La liebre, que habia salido incólume de los plomos, siguió corriendo, y el galgo detrás de ella *latiendo*, sin poderle dar alcance en una hora que duró la persecucion, hasta que cayó rendido por la fatiga, mirando á su amo con tristes ojos.

Mordióse el presbítero las manos, se dió un par de cachetes, se llamó torpe, tiró al suelo la escopeta, dió un puntapié injusto al perro, y regresó á su casa mohino y cejijunto.

Al dia siguiente salió del pueblo con la esperanza que nunca abandona al buen aficionado, de encontrar la liebre, y efectivamente, en el mismo sitio saltó el hermoso herbívoro. El cura se afianzó

bien la escopeta, afinó la puntería, *llenóse el ojo de carne* y disparó; pero, ¡oh asombro incomprensible!... al disiparse el humo vió que la liebre continuaba corriendo y el galgo detrás sin poder alcanzarla con sus dentelladas.

Esto era absurdo, tratándose de un tirador tan famoso. El cura se puso lívido, desencajado; los ojos saltaban de sus órbitas, su boca despedia espuma de rabia, y levantando las manos al cielo en son de amenaza, exclamó con acento balbuciente por la ira:

—Juro por la corona que llevo en la cabeza, que he de matar esa pícara liebre, aunque tenga que tirarle sobre el altar mayor y dejarme el sagrado cáliz estando oficiando el Santo Sacrificio de la Misa.

Apénas habia pronunciado este sacrílego juramento, oyó una espantosa carcajada, cuyo eco fué repitiéndose de barranco en barranco, perdiéndose, al fin, como un gemido entre las quebraduras de las rocas y las movibles ramas de los árboles.

El cura sintió que su frente se inundaba de sudor, que temblaba su cuerpo y se le erizaban los cabellos; pero haciendo un esfuerzo fingió un movimiento de indiferencia con los hombros y regresó á su casa.

Nada dijo ni habló con nadie; la liebre le tenía preocupado, y es fama que aquella noche al cerrar los ojos al sueño, vió la liebre parada á los piés de

su cama, que puesta de *bolo* le miraba sonriéndose, y lo que es más, abrió tres veces la boca para decirle con un acento que nada tenía de humano: ¡Sacrílego!... ¡Sacrílego!... ¡Sacrílego!...

El cura despertó aterrado, comenzaba á clarear el dia, y encaminóse hácia la iglesia, mandando al sacristan que tocase á misa.

Comenzó el Santo Sacrificio; era domingo y la iglesia estaba llena de fieles. Despues de haber recibido con la Sagrada Hostia el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, y cuando se disponia á levantar el cáliz para decir: *¿Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi?*, el monaguillo le dijo en voz baja.

—Padre, el ama está en la sacristía, y *dice* que *le diga* á V. que delante de la puerta de su casa se halla parada una hermosa liebre negra.

El cura se estremeció al oir estas palabras, dejó sobre el altar el santo cáliz que iba á llevarse á los labios, y con gran asombro de sus feligreses, salió corriendo del templo y llegó á su casa. Efectivamente, allí estaba la liebre puesta de *bolo* sobre una piedra, miéntras que el galgo ahullando y saltando en derredor de ella como un espíritu malo, no se atrevió á cogerla.

El cura exhaló un grito de gozo, cogió la escopeta y disparó sobre la liebre casi á boca de jarro.

La liebre dió tres saltos y fué á colocarse á cien pasos de distancia. El perro siguió á la liebre, y el

cura, soltando una blasfemia, cargó lleno de rabia la escopeta.

Al apuntarla por segunda vez observó que la liebre habia crecido un doble, como si la hubieran hinchado, y que los ojos le brillaban lo mismo que dos ascuas de fuego.

Disparó, y la liebre, de tres saltos, fué á colocarse á la entrada del bosque; pero el cura vió con espanto que el infernal mamífero roedor aumentaba de un modo enorme, apareciendo á sus ojos del tamaño de un jabalí.

Entónces un temblor convulsivo se apoderó del cuerpo del sacerdote; le zumbaron los oidos, latieron sus sienes de un modo violento, como si fuera á estallar su cráneo, y un copioso sudor inundó su rostro.

El horrible animal parecia reirse de él, y puesto de *bolo* junto á un chaparro, le miraba con ojos llameantes.

El cura hizo un esfuerzo violento como para recobrar su serenidad, cargó la escopeta, murmuró en voz baja algunas palabras ininteligibles, y volvió á disparar sobre la liebre, que, como siempre, salió ilesa de los mortíferos plomos, y dando saltos fué á colocarse cien metros más léjos.

El cura levantó los ojos al cielo pronunciando una blasfemia. El vértigo comenzaba á apoderarse de él.

—He de matarte—dijo—aunque para conseguir-

lo me vea precisado á perseguirte hasta el centro del infierno.

Un trueno espantoso resonó en el éter. Negras y espesas nubes encapotaron el cielo. El huracan desencadenado extendió sus aterradores mugidos por los barrancos, y las ramas de las robustas encinas se doblaron ante su empuje hasta rasgarse.

El perro, miéntras tanto, desobedeciendo los mandatos de su amo, que le instaba para que se lanzara sobre la liebre, con el espinazo arqueado, el rabo caido, el pelo erizado y buscando un refugio á los piés del cura, lanzaba tristes y prolongados gemidos qué repetian tétricamente mil ecos del bosque.

El cuadro era aterrador como la realidad de una espantosa pesadilla. La tierra, los árboles, el cielo, todo se estremecia; sólo la liebre estaba impasible como una roca en medio de aquel desconcierto general.

Convencido el cazador de que aquella liebre era invulnerable á los plomos de la escopeta, arrojó lejos de sí el arma de fuego, armó su diestra de un cuchillo y avanzó receloso, despreciando el ronco fragor de los truenos, el tétrico silbido del huracan y los tristes ahullidos de su perro.

La liebre no se movia; una esperanza brotó en el alma del cazador; llegar hasta ella y herirla con mano vigorosa.

Su amor propio de cazador estaba empeñado de

un modo tenaz en matar á la liebre; hubiera dado su vida por salir triunfante en aquella empresa.

Siguió avanzando, y aunque la liebre no se movia del sitio, él no llegaba nunca.

El perro, redoblando sus siniestros ahullidos, se interponia entre el animal y su amo; el trueno era cada vez más espantoso, y el soplo devastador del huracan arrancaba las jaras y los chaparros del monte, despidiéndolos á fabulosa altura.

Por fin, llegó el cazador donde se hallaba la liebre. Lanzó un grito de gozo, la cogió con la mano izquierda por una oreja, y levantando la derecha armada del cuchillo, descargó un terrible golpe.

La hoja del cuchillo resbaló, sin herir, por el lomo de la liebre; pero de cada uno de sus pelos brotó una chispa de luz siniestra, que inundó de tétricos resplandores el bosque.

Entónces sucedió una cosa extraña, aterradora. La liebre fué creciendo... creciendo... hasta adquirir el tamaño de un elefante; sus brazos se convirtieron en dos enormes alas, y de sus ojos brotaron dos chorros de fuego que incendiaron instantáneamente el bosque.

El cazador quedó aterrado. Un temblor convulsivo agitó su cuerpo; el pánico se apoderó de su alma, y agarróse desesperadamente de las orejas de la liebre para no caerse.

La liebre extendió las alas y se elevó rápidamente sobre aquel mar de fuego que la rodeaba,

llevando al cazador sacrílego á caballo sobre su cuello, y al perro de pié y ahullando sobre sus lomos.

El cura entónces cerrando los ojos invocó el santo nombre de Dios, y en medio del espantoso concierto de aquella naturaleza desencajada por el soplo del averno, oyóse una voz que decia: ¡Ya es tarde!

La liebre, el cazador y el perro desaparecieron en medio de los remolinos de fuego, con la rapidez vertiginosa del huracan.

Poco despues la desquiciada naturaleza fué recobrando su armonía poética; las nubes se disiparon, el huracan se durmió en las concavidades de las rocas; el sol hermoso y brillante apareció en el azulado cielo; la atmósfera, pura y trasparente, derramó por el espacio el perfume religioso de los campos, y los pájaros, desde las verdes y movibles tiendas que les ofrecen los árboles, entonaron himnos de amor al Padre de lo creado.

Miéntras tanto, los sencillos moradores del Orrio buscaban por todas partes con creciente afan al párroco y á su perro; pero ¡ay! todo fué inútil, sólo se encontraron en el bosque la escopeta, el cuchillo de monte y el sombrero, y cansados de recorrer inútilmente aquellas cercanías, regresaron al pueblo, y arrodillándose al pié del altar pidieron á Dios, con fervoroso labio, que les devolviera su pastor.

Pasó un dia, una semana, un mes, un año. El cura no volvió jamás; pero es fama que todas las noches, á las doce, aquellos sencillos vizcainos oyen ahullar un perro á la entrada del bosque, y haciendo la señal de la cruz sobre la frente, se dicen en voz baja:

—Es el galgo blanco del señor cura, que se perdió y que aún persigue en el bosque á la liebre negra.

EL CAZADOR MALA SOMBRA.

AL BARON DE CORTES.

Mi querido Pascual: Dios te libre de tropezar en tus excursiones venatorias con el protagonista del cuento que te dedica tu amigo y compañero de caza. —Escrich.

Siempre me ha parecido una tiranía paternal bautizar á los hijos con esos nombres que comprometen. Poner Serafin á un feo, Cándido á un pillastre, Alejandro á un medroso, Fortunato á un desgraciado y Cristóbal á un enano, es un abuso, una injusticia que no castiga el Código, pero que reprueba el sentido comun.

El protagonista de nuestra historia se llamaba de nombre Buenaventura, y era lo más desventurado de la tierra, y de apellido Gracioso, y se parecia á los hijos de la tia María Ignacia, que de puro desgraciados hacian gracia.

Nació en martes, dia aciago: el comadron, por asistir á la madre, dejó al niño sobre una zalea que se hallaba á los piés de la cama y un perrito

le olió, levantó la pata y cometió un abuso de confianza incalificable con el hijo del hombre que le daba de comer.

Una amiga de la casa que sabia de memoria el oráculo de Napoleon y todos los tratados de magia blanca, que era ademas aficionada á *echar las cartas*, afirmó con toda la gravedad de las circunstancias que lo que el perro habia hecho con el recien nacido era de mal agüero. Esta fué la primera desgracia de Buenaventura.

El dia que bautizaron á Buenaventura, el padrino perdió un pleito, á la madrina se le quemó la casa y el cura tuvo un cólico cerrado que por poco se muere.

Durante el período de la lactancia, Buenaventura padeció todas las enfermedades propias de los niños, y cuando comenzó la denticion, para ayudar á la naturaleza, fué preciso abrirle las encías con una lanceta.

Como el padre de nuestro héroe era un hombre que se moria de frio y la madre una mujer que se ahogaba de calor, el uno tapándose y la otra destapándose, el pobre chico la noche que no se caia de la cama se constipaba, y creció entre estornudos y cardenales.

En la escuela, cuando el maestro queria castigar algun discípulo rebelde, por dar un golpe de palmeta al delincuente, se lo daba al pobre Buenaventura en la cabeza.

Cuando algun muchacho del barrio rompia un cristal, la fatalidad colocaba siempre á Buenaventura en el caso de que le echaran á él la culpa, obligando á su padre á pagar el daño que no habia cometido.

Tuvo viruelas, pero tan mal intencionadas, que se le llevaron un pedacito de nariz y otro pedacito del labio superior, con lo que quedó el pobre muchacho riéndose eternamente y tan desfigurado que su madre, mirándole con ojos compasivos, le decia:

—¡Válgame Dios, Buenaventura, y qué desventurado eres!

Cuando el muchacho se encontró en el caso de emprender una carrera, los padres, que conocian lo desgraciado que era, trataron de ver á cuál lo dedicaban; pero no se resolvieron por ninguna, pues abrigaban la seguridad que si era médico mataria á todos los enfermos, si abogado perderia todos los pleitos, si arquitecto se caerian todas las casas que construyera, si militar en las primeras de cambio le darian pasaporte para la eternidad y si sacerdote vendria un 93 español que concluyera con las sotanas.

Resolvieron, pues, que Buenaventura no fuese nada, y de ese modo evitaban grandes peligros al muchacho y no pocos remordimientos á sus conciencias.

Afortunadamente los padres de Buenaventura

tenian una casa en Madrid que les rentaba 20.000 reales limpios de polvo y paja, al año, y abrigaban la esperanza de que el chico podria comer aunque no trabajara.

Llega Buenaventura á cumplir los 18 años, y de pronto se le desarrolló una invencible aficion á la caza.

—Yo, que no tengo oficio ni beneficio—se dijo —seré cazador; esto me distraerá, porque el vivir sin hacer nada va pareciéndome monótono.

La resolucion de Buenaventura puso los cabellos de punta á sus padres, porque una escopeta en las manos de su desgraciado hijo no era otra cosa que un peligro constante y una credencial para presidio.

El padre comenzó á buscar y rebuscar por los rincones de la imaginacion alguna idea salvadora con que entretener el ocio de su hijo, y naturalmente, siendo español, hizo lo que hacen la mayor parte de los españoles, buscó una influencia y le sacó un destino. El muchacho fué empleado, pagó tributo á la patria en que habia nacido, pero á los seis dias cayó el ministro de su ramo y el que le sustituyó le dejó cesante.

—Está visto—se dijo el padre suspirando—si mi chico sigue la carrera de empleado, cada seis dias habrá un cambio de ministerio y esto aumentaria la perturbacion en nuestra desventurada España: más vale que no sea nada; que coma, que beba, que se pasee y Dios dirá.

Como Buenaventura era un desocupado de los de primera fila, pasaba el tiempo en el billar y en la puerta del café Suizo viejo, dándose una racion de vista y echando piropos á las muchachas que culebreaban por la animada calle de Sevilla.

En el billar le conocian con el apodo poco simpático de *Mala sombra*, porque la punta de su taco era un peligro constante para los ojos de los mirones, y no pocas veces hacia, sin querer, saltar las bolas, con gran perjuicio de las narices de los espectadores.

En cuanto á los pisotones y golpes de maza, ya no se hacia caso, pues cuando Buenaventura se ponia en facha para tirar, todos se retiraban prudentemente, dejando un espacio que les librara de aquella calamidad pública.

Tuvo una novia, y ésta tenía un hermanito de tres años de edad. Un dia Buenaventura quiso hacer una caricia al niño, le cogió por debajo de los brazos y le levantó en el aire, con fuerza, pero con tan mala sombra, que no vió una lámpara que estaba colgada del techo y contra la cual le rompió la cabeza al infeliz cuñado. Este acontecimiento triste fué la espada de Alejandro, que cortó el nudo de los amores de *Mala sombra*.

¡Ah! se me olvidaba decir que con mucha frecuencia solian incendiársele las cajas de fósforos en el bolsillo; pero de estas pequeñeces Buenaventura no hacia caso, y se creia un hombre feliz, y

eso que cuando se ponia á cantar ladraban los perros y lloraban los chiquillos.

Miéntras tanto, Buenaventura habia tramado íntimas relaciones con un vecino suyo, cazador de oficio, que se habia dejado las herramientas del suyo por la escopeta, gran aficionado y gran conocedor al mismo tiempo de todos los cazadores de la provincia. Buenaventura comenzó su aprendizaje en el arte venatorio siendo *morralero* de su vecino: pero esto no llenaba sus deseos y á fuerza de ruegos y reflexiones, consiguió que sus padres cedieran á sus súplicas y le compraran todos los chismes de matar.

Pertrechado y hecho un cazador en la apariencia, fué á reunirse una mañana del mes de Agosto con su maestro; dia en que comenzaron los funestos anales de cazador de nuestro desventurado *Mala sombra.*

Su primera expedicion formal fué á la vega de Morata de Tajuña, y llena el alma de gozo y henchido el corazon de esperanzas, salieron él y su maestro de la calle de Alcalá en la diligencia de Chinchon.

El dia estaba hermoso, el cielo azul, despejado, sin nubes; el sol radiante, el ambiente impregnado con el perfume de las flores y al respirarle se ensanchaba el pecho. El semblante de Buenaventura rebosaba felicidad por todos los poros.

Hasta Vallecas todo fué bien; pero á la salida del

pueblo, en la cuestecilla que sirve de calle á los paradores, al llegar la diligencia, bajaba desgraciadamente un carro valenciano con cinco mulas y el tradicional borriquillo delantero, y como el dueño del carro no habia tenido cuidado de apretar la galga, tan de prisa bajaba que se hicieron un lio las caballerías del carro y las de la diligencia comenzando una batalla de coces, gritos y juramentos. Los caballos de la diligencia se espantaron, torcieron á la izquierda, metieron las ruedas del vehículo en la cuneta del camino y, cataplum, volcó, proporcionando no pocas contusiones y escalabraduras á los pasajeros, y no poco trabajo al mayoral, zagal y gente desocupada para arreglar los aparejos y poner el coche en pié.

Buenaventura salió con un chichon en la frente que tomó pronto el tamaño de un huevo de gallina; esto le impidió ponerse bien el sombrero.

El cazador de oficio que ya sabia algo de la mala sombra de su compañero, comenzó á mirarle con recelosos ojos, y se dijo para su capote:

—Con tal de que no me mate á mí ó á mi perro, todo irá bien.

Despues de este incidente desgraciado, si se exceptúa un chaparron tan imprevisto como inesperado, que les cayó poco ántes de llegar al puente colgante de Arganda, por lo demas, llegaron á Morata con la mayor felicidad.

Comenzaron á cazar, no sin que ántes el cazador

de oficio, que no las llevaba todas consigo, diera algunos consejos al neófito, encargándole mucha prudencia, mucha calma y mucho cuidado con el arma que llevaba en la mano.

Al principio todo fué bien; mataron siete pares de codornices y tres pollos de perdiz, sin que ocurriera la menor novedad. El cazador de oficio iba tranquilizándose, y propuso á su compañero que tomaran un tente en pié á la sombra de unos árboles, puesto que el sitio convidaba por lo fresco y apacible.

Fué Buenaventura á dejar la escopeta colgada de un árbol, pero como se habia olvidado de bajar la llave al seguro, una rama se introdujo por el guardamonte, salió el tiro, se le escapó el arma de la mano, quedándose el cazador de oficio pálido como la cera y *Mala sombra* blanco como la pared.

Afortunadamente, el tiro solo despojó al árbol de la mitad de sus hojas, y el caso no pasó de un susto mayúsculo.

El cazador volvió con sus reflexiones y consejos; pero *Mala sombra* le dijo:

—Mire usted, Sr. Juan, yo no sé cómo puede haber sucedido *eso*.

—Así sucede siempre, sin que uno pueda explicárselo, pero conviene que no suceda.

Y miéntras decia esto en alta voz, pensaba:

—No será el hijo de mi madre el que salga de caza más contigo.

Terminado el almuerzo, continuaron su *mano galana* por la vega; quedóse el perro del cazador de muestra junto á una linde, y salió una codorniz rastrera entre las dos orejas del can.

Buenaventura, que deseaba acreditarse de diestro cazador, disparó su escopeta, y casi al mismo tiempo que la detonacion, se oyó el gemido de un perro y el rebuzno de un pollino que pacia tranquilamente medio oculto en el fondo de una cacera inmediata.

¡Oh prodigio de la puntería! Ni un solo perdigon habia dado en el mundo, todos en la carne! *Mala sombra* habia hecho una carambola de perro y burro, y aunque la codorniz habia salido ilesa, el tiro era verdaderamente magistral.

El amo del burro se dirigió con el azadon dando voces adonde se hallaba *Mala sombra*, miéntras el cazador de oficio soltando sapos y culebras por la boca, acudió al pobre perro, que se revolcaba por el suelo exhalando tristísimos lamentos.

Aquello fué el fin del mundo; todos gritaban, nadie se entendia, acudieron algunos labradores de las inmediaciones y miéntras el cazador limpiaba con árnica y agua las heridas del perro, *Mala sombra* y el burro, este chorreando sangre, fueron conducidos á casa del alcalde.

Aquello fué un gran acontecimiento para el pueblo. Cuando llegaron á la casa capitular, todos los vecinos iban detrás del verdugo y la víctima.

El alcalde, que ya sabía el hecho, dijo desde el balcon del ayuntamiento.

—Que suba el asesino y que se quede el burro en la plaza; pero que le reconozca el albeitar y venga á decirme el estado del herido.

Cuando entró *Mala sombra* en la sala de los juicios, tan aturdido estaba, que al acercarse al alcalde para demostrarle con un saludo respetuoso su obediencia á la ley, quiso su mala suerte que pisara con sus botas claveteadas, uno de los piés de la primera autoridad.

El alcalde, que tenía tres exósteses en las falanges de los dedos, lanzó un grito doloroso, cerró los ojos, se mordió el labio inferior, levantó el pié cogiéndosele con la mano izquierda, miéntras que extendiendo el brazo derecho con la mano abierta buscaba algo en donde apoyarse, cayendo por fin en un banco rodeado de los concejales.

Mala sombra quiso disculparse, pero el alcalde apénas pudo hablar, dijo con acento encolerizado:

—¡A la cárcel, á la cárcel, y allí se va á podrir miéntras que no pague el burro y el daño que me ha hecho!

Afortunadamente para Buenaventura, el cazador de oficio, convencido de que su perro no se moria de aquella, se dirigió al pueblo en busca de su compañero y mediante la indemnizacion de 80 reales que le dieron al amo del burro, como ya le habia pasado el dolor del pisoton al alcalde, sa-

lió *Mala sombra* de la cárcel y emprendieron la vuelta hácia Madrid.

Por el camino suplicó Buenaventura al cazador no contara á su padre lo que habia sucedido, y él se lo prometió, prometiéndose tambien en el fondo de su alma, que no volveria á salir de caza con un compañero tan desventurado.

Poco tiempo despues le invitaron para una expedicion al Quegigal. ¡Ay! no le conocian. El guarda tenía un perrillo barbas que ojeaba admirablemente, levantando él solo más caza que todos los ojeadores. La mala suerte de *Pichichi*, pues así se llamaba el barbas, le hizo salir por entre una chaparra *apretando* á un conejo, y Buenaventura disparó la escopeta dando muerte á *Pichichi* y fuerza para correr hasta la *boca* al conejo.

En el segundo ojeo tiró una liebre atravesada y mató la liebre, pero le pegó una perdigonada al compañero que estaba á su izquierda.

Aquella noche, alrededor de la chimenea, los cazadores formaron un consejo de guerra, y Buenaventura fué sentenciado á pagar diez duros por el perro y á no cazar más, miéntras durara la expedicion.

Mala sombra inclinó la cabeza ante el fallo unánime de sus compañeros, pero á la mañana siguiente, miéntras ellos cazaban, él cogió su morral y su escopeta y se encaminó á la estacion de Robledo de Chavela, volviendo á Madrid en el primer tren.

Los cazadores saben pronto lo que sucede en las expediciones de caza, aunque no asistan á ellas, unos á otros se lo cuentan todo, de modo que la fama de Buenaventura creció como la espuma, y algunos al verle le señalaban con el dedo, diciendo:

—Allí va *Mala sombra*.

Muchas veces se descomponia una expedicion de caza, al saberse que tomaba parte *Mala sombra*, y Buenaventura comprendió pronto que el vacío se iba estableciendo alrededor de él.

Entónces, picado su amor propio, se dijo:

—No me importa, cazaré solo con mi perro.

Y, efectivamente, así lo hizo, pero *Mala sombra* necesitaba todos los años, por lo ménos, ocho perros, y cuidado que á alguno de ellos al morir de mano airada, se le encontraban dos ó tres arrobas de perdigones entre cuero y carne.

Cazaba, pues, solo con su perro en terreno libre, pues aborrecia las sociedades de caza. Duro, infatigable, ni temia á los hielos de Diciembre, ni á los calores de Julio. Su aficion se habia desarrollado en tal alto grado, que durante la temporada de las codornices, se le veia recorrer, con incansable afan, las vegas de Chinchon, Bayona de Titulcia y Ciempozuelos. Cuando segaban los cáñamos, pasaba una temporada en Huerta, luégo se iba á la sierra y se establecia en Guadarrama.

Todos le conocian y todos huian de él; sólo su perro le era fiel, aunque se notaba cierta melan-

colía en el pobre animal, siempre que se quedaba de muestra, pues conocia de memoria los plomos de su amo.

Apuntar aquí todos los percances desagradables que le sucedieron en su vida de cazador, sería prolijo y casi imposible, sólo diremos que Buenaventura *Mala sombra*, sigue cazando solo, porque todos se apartan de él, y que es un tipo de cazador muy conocido por los verdaderos aficionados á la escopeta, pues existió ayer, existe hoy y existirá mañana; procurar, sin embargo, no encontrarle nunca.

MEMORIAL VENATORIO.

A ADELARDO LOPEZ DE AYALA, PRESIDENTE DEL CONGRESO DE DIPUTADOS.

ROMANCE DE CIEGO.

Un cazador furibundo
Que no se cansa jamás;
Que tiene más muertes hechas
Que Oliveros y Roldan;
Que en Julio desprecia impávido
El calor canicular;
Que se rie de los truenos,
Que desprecia el vendaval;
Que tiempo malo no encuentra
Tratándose de cazar;
Que prefiere de los campos
La tranquila soledad,
Al bullicio de los hombres
Y al amor de una vestal,
De esas que *apagan el fuego*
Si es la *paga* regular,
Un émulo de Nemrod
Con escopeta y morral,

Flaco como una alma en pena,
Curtido cual cordoban;
Al ilustre presidente
Del Congreso nacional
Con el debido respeto
Y la mayor humildad,
Le pide... no es un destino,
Que eso ya lo pedirán
Patricios que por la patria
No hicieron nada jamás,
Y que saben que es muy bueno
El vivir sin trabajar:
Pero, sí, señor, quisiera
Merecer de su bondad
Una licencia de caza,
Para ese sitio especial
Que se llama *Navachecas*.
Yo ya sé que no las dan
A todos los que las piden,
Porque ¡no faltaba más!
Entónces, pobres perdices,
¡Dónde irian á parar
El dia que los ministros
Quisieran ir por allá!
¡Como ellos no se cazaran,
No hallarian qué cazar!
Pero usted, señor, que ocupa
Un alto puesto oficial;
Usted que me quiere mucho,
Aunque yo le quiero más;
Usted que tiene en el dia,
Cual dicen en mi lugar,
El padre alcalde, si pide,

Lo que pido le darán;
Esto lo sabe hasta el Moro
De la calle de Alcalá.
Si usted necesita informes
De mi conducta moral,
En el Consejo de Estado
Hay muchos que los darán,
Porque varios consejeros
Me honran con su amistad:
Por ejemplo, Valderrama,
Vida, Rubí, y además
Alarcon y Campoamor,
Perez Zamora... ¡la mar!
Don Mariano Zacarias
Cazurro se los dará,
Porque nunca don Mariano
Faltó á la moralidad:
Que lo digan las comedias
Que él escribió años atrás,
Y los cuatro hijos que tiene,
Y los ocho que aún tendrá.
Y no cito aquí más nombres
Por *mor* á la brevedad.
Si usted quiere que me abonen
Gentes del otro corral,
Es decir, de otros partidos,
Yo sé que me abonarán
El Marqués de Novaliches
Balmaseda (el general)
Y Gutierrez de la Vega,
Tres que, sin exagerar,
Valen lo ménos por doce
Entre los hijos de Adan.

Los del partido avanzado
Tambien informes darán
Que puedan ser garantía
De mi personalidad.
Si hacen falta cazadores,
Yo sé que me abonarán
Casi todos los de España
Sin tener dificultad.
Si se trata de poetas,
Es inútil afirmar
Que todos ellos gustosos
Me *garantirizarán.*
Yo sé que no me darian
Muchos de ellos ni un real,
Pero recomendaciones,
Todas las que quiera y más:
En fin, señor, soy un hombre
Tan perfecto y tan cabal,
Que en mi pueblo me han nombrado
Cuatro veces juez de paz;
Y afirman los matrimonios
Soy una especialidad
Para dirimir contiendas
De la alcoba y del hogar.
He dicho.—Si la licencia
Que le pido se me da,
Hablaré de usted muy bien
Y de los otros muy mal.
Diré que es un presídente
Como no lo hubo jamás,
Y en prueba de agradecido
Á favor tan especial,
Gastaré tacos de fieltro

Y me abstendré de fumar;
Daré propina á los guardas;
Dedicando al hospital,
De la caza que yo mate
Por lo ménos la mitad.

EL CAZADOR TEORÍAS.

Á ENRIQUE AMEZUA.

¿Qué apostamos querido tocayo á que V. que es cazador práctico conoce al cazador teorías, que le dedico?

La teoría se halla separada de la práctica por un largo camino sembrado de dificultades; para vencerlas se necesitan cuatro poderosos auxiliares: la aplicacion, la experiencia, el tiempo y la actividad.

El cazador teorías es el tipo más delicioso entre todos los que constituyen la larga galería de los apasionados al arte venatorio. No le busqueis en los montes, en los sotos, en las dehesas, en las vegas; sería inútil; pero en cambio le hallareis siempre en las grandes ciudades, en los cafés, en los salones, en los teatros y en los bazares de armas. Su placer, su goce inefable, es tener un ratito de conversacion con los cazadores de verdad.

A pesar de sus muchos años de aficion no ha cazado más allá de seis veces en su vida; pero su

memoria es tan prodigiosa, que retiene con admirable precision todo cuanto le sucedió en sus cacerías y el nombre de sus compañeros de expedicion; le basta cerrar los ojos para ver con todos los colores de la verdad el chaparro donde mató la primera liebre, el sitio donde cazó la primera perdiz, víctima de su magnífica escopeta que plomea y alarga como ninguna. Amante platónico de la escopeta, la saca con frecuencia de la funda para enterarse del estado de su conservacion; nadie cuida los *chismes* de caza como él, y sabe de memoria todos los nombres de las piezas que constituyen las llaves.

¿Quién le aventaja en cuidar un perro? Nadie. Ved su *Seter* gordo, fino de pelo, sin una pulga, sin una garrapata, paseando por toda la casa, un huevo de gallina sin romperlo, y haciendo muestras á una pobre codorniz que le mira aterrada desde su jaula, miéntras su amo exclama:

—¡Qué vientos! ¡ni los de un lobo! ¡Qué boca! ¡es una seda! ¡Oh! si este perro saliera con frecuencia al campo, si mordiera caza, ni el de San Roque podria igualarse con él.

Todas las mañanas el cazador teorías madruga una hora más, con el objeto de pasear el perro, y por las noches se retira media hora más temprano, llama á la puerta de su casa, silba, sueltan el perro y lo pasea por la calle sin perderlo de vista, y receloso de la morcilla municipal.

Si la casualidad le depara en estos paseos nocturnos un gato enamorado ó callejero y el perro le persigue, ¡oh! entónces el gozo del cazador teorías llega á su colmo, y dice luégo á su familia con la sonrisa de la satisfaccion en los labios y acariciando la cabeza del animal:

—Si esto hace con los gatos, ¡qué no hará con las liebres y los conejos! ¡Qué perro!... ¡qué perro!!!

En el despacho del cazador teorías no faltan nunca tres reclamos de perdiz macho, perfectamente *plumados y cuidados*, reclamos de *balcon*, que dan una jaqueca á la vecindad, y cuyo interminable cuchi-chi, cuchi-chi, cuchi-chi, forma uno de los inefables goces de su amo.

Ellos se comen las primeras amapolas que traen los vendedores á las plazuelas de Madrid; les limpia las jaulas dos veces por semana; les pone en la piquera un pedazo de piedra blanda de Monóvar para que se afilen los picos; cuando *les da tierra*, tapa el comedero para que no se ensucie la comida; son, en fin, los *niños* mimados de la casa, que no pocas veces causan envidia á la familia.

Algunas veces, cuando se aproxima el celo, separa los reclamos, coloca uno en el balcon, otro en el pasillo, otro en la cocina; prohibe que nadie salga y éntre, que se haga ruido; forma en la sala un tollo con cuatro sillas, se coloca en medio, enciende un cigarro y se pasa una hora oyendo con delicia cantar á los reclamos y gozando platónica-

mente en el inefable placer del cazador de jaula en uno de esos dias serenos y primaverales en que la *caza se corre.*

¡Desgraciado del que le interrumpa en aquellos momentos! ¡Pobres de sus hijos, infeliz de su mujer, si con una intemperancia humana le despiertan de aquel sueño digno de los dioses, porque sería capaz de divorciarse y desheredar á sus hijos ó arrojarles á la cabeza el primer artefacto que encontrara á mano!

Pero ¡oh desengaño horrible! Una vez salió de caza con aquellos reclamos tan cantadores y no *abrieron el pico*, permaneciendo dos horas en el tollo convertidos en un ovillo y oyendo por todas partes á las perdices del campo. Bien es verdad que una mal intencionada marica se paró en una encina inmediata, y con su abrumadora charla mantuvo al reclamo de la jaula pegado, mustio y silencioso á la solera. ¡Infame marica! ¡A no ser por ella, el cazador teorías se hubiera divertido mucho!

La carga de un cartucho es para el cazador teorías motivo de profundos estudios. El sabe los adarmes de pólvora que debe ponerse á cada carga, ni grano más, ni grano ménos; el número de perdigones, la presion del taco, y en cuanto á la balística, conoce todas las desviaciones del proyectil de una manera precisa, matemática.

Generalmente por la mañana hace un rato de gimnasia de brazos apuntando con la escopeta en

todas direcciones, para adquirir soltura y rapidez en los movimientos; apunta hácia arriba, hácia abajo, á la derecha, á la izquierda, gira con velocidad sobre sus talones, etc., etc., y no pocas veces su mujer, al verle, ahogando un suspiro, se dice para su capote:

—Mi pobre marido, siguiendo así, acabará en Leganés.

La *Historia Natural* de Buffon es su libro favorito; por eso sabe distinguir, en su casa, la chocha del espantapastor; el andario, de la becacina; la perdiz, de la cortega; el pato silbador, del pato cerceta; la liebre, del conejo; pero en el campo ya es otra cosa: dispara contra un mochuelo y deja pasar por delante de sus narices una chocha, tomándola por un mochuelo.

Cuando habla de caza en un café, nadie sabe más detalles que él de la vida íntima de los grandes cazadores, pues conoce al dedillo la biografía de Julio Gerard, el matador de leones; de Loustau, el cazador de osos; y de Heurion, el incansable perseguidor de elefantes.

Preguntadle por la vida de San Antolin, y el cazador teorías os describirá cómo mató el santo al feroz jabalí en la ermita de Sanlúcar de Barrameda; indicadle el nombre de San Eustaquio, y os hará el retrato del santo español, vestido á la romana con su coraza de mallas, su casco sin viseras, su manto y sus coturnos, matando fieras con

su indomable flecha, y muriendo mártir por defender la religion de Cristo, abrasado vivo dentro del vientre de un buey de bronce. Decidle algo de San Huberto, el patrono de los cazadores franceses, y os lo pintará arrodillado delante del ciervo que se le apareció llevando una cruz en la frente; porque el cazador teorías, tiene en su alcoba las tres estampas que representan á los tres santos patronos de los cazadores.

Oyéndolo hablar el que no le conoce, le tiene por un cazador de pura sangre, le admira, le envidia; pero llevadle al monte, y todo el oropel de la teoría desaparece, se desploma y se convierte en una calamidad, con escopeta, morral y perro; calamidad que cuando no es una constante diversion, es un peligro mortificador para los cazadores y sus perros.

Conozco yo un cazador teorías que en un ojeo roció de perdigones las piernas de su compañero, introduciéndole cinco plomos en la carne; al reprenderle por su poca precaucion se encogió de hombros, y dijo con el tono más natural del mundo:

—Lo siento infinito; pero todos mis compañeros saben que en mi larga vida de cazador sólo me ha sucedido eso seis veces y con esta, siete.

Nuestro cinegético habia salido de caza siete veces en quince años: recomiendo á mis compañeros mucho cuidado, si salen la octava vez con el cazador teorías; pues aunque conozca las materias para

la fabricacion de la buena pólvora mejor que Roger Bacon, y sepa de memoria todos los tratados de mecánica, y la rapidez de los proyectiles al atravesar las capas atmosféricas, pudiera muy bien suceder que matara un perro por una liebre, ó á un compañero en vez de una perdiz; resultado muy desagradable para las víctimas y sensible para el cazador teorías, que al fin y al cabo es prójimo y capaz de albergar en su alma buenas y piadosas intenciones.

Pero llega, por fin, un dia en que el cazador platónico se resuelve á formar parte de una expedicion de caza: éste es un gran acontecimiento para toda la familia: necesita tres dias para preparar lo que ha de llevarse. Busca en los diccionarios el monte elegido; se entera de todas sus condiciones, pregunta á los que ya le conocen; se goza de antemano con las víctimas que va á hacer; da parte al sereno, al portero y á un vecino que es muy madrugador para que le despierten, y durante la noche sueña con la terrible mortalidad que han causado su flamante escopeta y sus cartuchos cargados con todas las reglas del arte.

Nadie se presenta en la estación del ferrocarril más bien pertrechado que él; su morral y su maleta van repletos hasta reventar, y en los bolsillos de su chaqueton, son innumerables los objetos que se ocultan.

Sería una vergüenza que un hombre como él,

olvidara el artículo más insignificante del buen cazador.

El cazador teorías es un gran hombre hasta el momento en que los expedicionarios llegan al terreno de la práctica. En cuanto comienza la cacería está perdido. Lo primero, que no sabe apreciar por el golpe rápido de la vista, ó por el ruido, es la distancia á que arrancan las piezas, de modo que muchas veces dispara á una perdiz que se halla á 200 metros, creyéndola á *jurisdicion de la escopeta*, y otra no la tira á 30 metros, calculándola fuera del alcance de los plomos.

En cuanto á su perro, por más voces que le da, se adelanta un cuarto de hora levantando la caza, y llega el cazador teorías á quedarse ronco á fuerza de llamarle, disgustando con sus gritos á todos los compañeros, que reniegan del perro y del amo en voz baja al principio, y acaban por sublevarse francamente contra aquel can que caza por su cuenta, sin importarle un comino la escopeta ni los gritos de su amo.

¡Qué delicia, cazando á mano, llevar un perrito que vaya oliendo la caza 500 metros por delante!

En los ojeos, ni tiene serenidad para esperar la pieza, ni sabe elegir el sitio de la *muerte*. Ve asomar una liebre, y hace fuego, deteniendo al herbívoro en su camino, que retrocede, saliendo ileso de la línea de escopetas. Esto le vale no pocas reconvenciones de sus compañeros, siendo descré-

dito de fama y motivo de *chacota* durante la velada.

Pero el cazador teorías se defiende con calor: dice que la caza de aquel monte *sabe latin;* que nunca ha visto ni perdices más *bravas,* ni liebres de más *sentido;* y que si otros han matado más que él, ha sido por cuestion de *chiripa;* y por último, que un cazador no puede apreciarse en un dia, ni en dos, ni en tres; que se necesita mucho tiempo para apreciar lo que vale su escopeta, y muchas veces en el calor de la discusion, y ciego por el amor propio herido, acaba por desafiar á sus compañeros á matar becacinas en los prados de Quero ó de Torrejon de Velasco.

Pero ¡ay! al dia siguiente, el cazador teorías, sigue cometiendo las mismas torpezas, y al regresar á Madrid todos sus compañeros se dicen por lo bajo:

—Es un cazador de café; un *chancleta.*

Pero ¿qué importa la opinion de cuatro *envidiosos* al cazador teorías? Él habla de la expedicion con todos los que encuentra; dice que ha muerto tantas perdices de *pico,* tantos conejos á *tenazon,* y enardecido con el relato, cuenta proezas que envidiaria el mejor cazador del mundo.

Y pasa una semana, un mes y un año, y el cazador platónico continúa narrando á su manera y en todos los tonos del entusiasmo, la maestría de su perro, las portentosas condiciones de su escopeta, su ojo certero, sus tiros maravillosos.

Durante estos relatos sus facciones adquieren la flexibilidad de la goma, se contraen, se dilatan; sus ojos brillan; su voz vibra; sus brazos se mueven descomunalmente, siendo el prototípo del monomaniaco del arte venatorio.

Pero demos fin á este artículo, compadeciendo las debilidades humanas, y vivamos alerta cuando cace entre nosotros algun cazador teorías, porque... ¡se dan casos!

LA ESCOPETA DE CHISPA.

Á MI QUERIDO CAMARADA MARIANO ZACARÍAS CAZURRO.

Cuando se contempla una escopeta de chispa en un armero y se caza con una escopeta de fuegos centrales es preciso decir con Pelletan: «El mundo marcha»; pero tú sabes, querido Mariano, que cuanto más avance el hombre por el camino de la civilizacion, con más rapidez irán desapareciendo del mundo animal las especies silvestres, que son la delicia de los cazadores de pura sangre.

Dia llegará en que los museos de diseccion enseñen una perdiz como una ave rara, y el encargado de hacer la historia á los curiosos de aquel extraño volátil, para darle más importancia á la especie, empleará aquellas célebres palabras de Aristóteles, que dicen: ***Para que el macho fecundice á la hembra le basta pasar á vuelo por encima de ella***, que con perdon del sabio maestro de Ale-

jandro el Grande y creador de la Zoología yo no he creido nunca, sintiendo mucho no estar de acuerdo con el ilustre griego, discípulo de Platon.

Esto me aflige, pero indudablemente afligirá más á nuestros nietos, si tienen la aficion á la caza tan bien sentada como nosotros.

En fin, sea lo que Dios quiera, querido Mariano, y sigamos cazando y aumentando el catálogo de nuestras víctimas los *tres ó cuatro mil dias* que segun mis cálculos nos quedan de respirar sobre el polvo de la tierra el ambiente envenenado de la vida.

Vamos, pues, á la escopeta de chispa que te dedico á ti, que eres conocedor de todos los sistemas venatorios, desde la flecha y el halcon hasta la pólvora de madera y los cañones ingleses Chekebore.

Una tarde del mes de Setiembre del año de gracia de 1800 se hallaban sentados alrededor de una mesa en la sucia y oscura *botillería de Canosa* tres individuos que, á juzgar por sus trajes, debian ser personas acomodadas.

En la época que nos ocupa, *el quiero y no puedo*, moneda corriente en nuestros días, no se habia aún infiltrado en las clases sociales; nadie extendia el brazo más allá de donde buenamente podian llegar las yemas de sus dedos y las familias hacian las evoluciones de la vida dentro del círculo modesto que les permitia su posicion; de modo que cuando un individuo usaba capa de merino, chupa de raso,

calzones de saten, sombrero de felpa, medias de seda y zapatos con hebillas de plata, podia afirmarse que tenía los *garbanzos* asegurados.

Los cafés en el año 1800 eran en Madrid escasísimos y estaban además muy léjos de parecerse á los de 1880 aunque ya entónces, como ahora, debian existir parroquianos *posmas*, puesto que en la célebre obra dramática de Moratin: *La comedia nueva* estrenada en el coliseo del Príncipe, la noche del 7 de Febrero de 1792, dijo un personaje criticando á los que mataban horas y horas en el café ocupándose de lo que no les importaba nada, *que en el café no debia hacerse otra cosa que tomar café*, frase que por entónces hizo fortuna.

Los tres individuos que abren la marcha de la presente historia, despues de haber dado su paseito por la huerta de Atocha, en donde habian saludado á no pocos frailes de aquella comunidad, entraron en la *botillería de Canosa* á tomar un refresco atemperante higiénico que predispone el estómago para la cena, que según las costumbres de la época se efectuaba siempre al oscurecer en el mes de Setiembre.

Debemos advertir que nuestros personajes se reunian todas las tardes desde el mes de Marzo, es decir, seis meses, y aunque al lector le parezca extraño, añadiremos que siempre hablaban de la misma cosa sin oir ni entender los mil sonidos que el hormiguero humano producia enderredor de ellos,

pues desde el momento que puestos los codos sobre la mesa, las cabezas agrupadas y las narices á una misma altura comenzaban á hablar de su tema favorito, el mundo no existia para ellos.

Para disculpar esta abstraccion de la existencia ajena, debemos decir que el asunto que allí les reunia por espacio de seis meses era para ellos de la mayor gravedad; porque grave y no poco se juzgaba en aquellos tiempos una expedicion de caza nada ménos que al monte de *San Isidro* situado en la Mancha, término de Villarrobledo.

D. Cosme, D. Braulio y D. Agapito, eran tres buenos aficionados á la caza, pero nunca su pasión favorita les habia cegado hasta el punto de extender sus excursiones más allá de la dehesa de Arganda, Gozques, Pajares, El Tamarizo, La Escorzonera y alguno que otro cazadero de las cercanías de Madrid, porque era muy bastante y tal vez mucho, alejarse tres ó cuatro leguas del hogar doméstico.

Para nuestros buenos y pacíficos émulos de San Eustaquio emprender un viaje á Villarrobledo, cazar cuatro dias en el monte de *San Isidro* y otros cuatro en *El Cabalgador*, era una cuestion de la mayor trascendencia, una verdadera calaverada que debia meditarse con profundo detenimiento.

Durante el verano su conversacion favorita habia sido la proyectada expedicion de caza, cien

veces habian hablado de lo mismo y siempre terminábase diciendo: «La cosa es grave.»

Y en verdad que no les faltaba razon, porque emprender un viaje á Villarrobledo en el año de gracia de 1800, ofrecia grandes peligros y no pocas dificultades.

Pero el deseo que se complace en mortificar á la criatura, fué creciendo en el corazon de nuestros cazadores y desarrollándose de un modo superlativo, cuando terminada la veda, vieron las plazuelas llenas de caza muerta y oyeron referir las grandes cacerías que en el Pareso y Aranjuez hacia el infatigable venador Cárlos IV, el rey más feliz de la creacion, si no hubiera tenido por esposa á María Luisa, por hijo á Fernando y por amigo á Godoy.

Pero oigamos el diálogo que mantenian en voz baja D. Braulio, D. Cosme y D. Agapito.

—Señores, es preciso decidirse, es indispensable echar por el atajo—dijo D. Agapito,—yo soy de opinion que debemos salir de Madrid el dia 20 de Setiembre. El otoño es el mejor tiempo de caza, se tiran muy bien las perdices, ni hace frio ni calor, porque prevengo á ustedes que si no hacemos un arranque, si no tomamos una resolucion enérgica como hombres de carácter, si esperamos que se meta el tiempo en agua, nuestra cacería se convertirá en humo.

—Aquí lo grave—añadió D. Braulio exhalando

un suspiro—es la familia, ya conocen ustedes el carácter de mi costilla, un grano de arena le parece una montaña. El año pasado tuve que ir á Alcalá de Henares y me hizo confesar con fray Antolin, que es el padre espiritual de la familia, un santo varon en quien mi mujer y yo tenemos una gran confianza, y ustedes no saben las estopas y paños calientes que me armaron entre el padre Antolin y mi mujer; cuando salí de Madrid llevaba la cabeza como una olla de grillos y confieso que se me pone la carne de gallina, sólo con pensar que tengo que decirle á *aquella* que me voy de caza á Villarrobledo.

—Pues de este mismo paño tengo yo un capote, amigo D. Braulio—dijo á su vez D. Cosme,—pero ¡carape! si bien el viaje es largo, porque con los carrillos manchegos acelerados que traen el azafran á Madrid nadie nos quita siete dias de traqueteo y camino, la verdad es que estoy rabiando por verme en el monte con mi perro navarro de dos narices y mi escopeta de *Miguel Celaya* que derriba una perdiz en las mismas nubes y ahora que la he puesto una piedra nueva, que da más chispas que la fragua de un herrero, y que tengo un frasco de pólvora inglesa para cebar la cazoleta de esa que llaman *impermeable* y á la *parapluche*.

—¡Pólvora inglesa!!!... exclamaron los dos amigos de D. Cosme con el asombro más superlativo.

—Sí señor, pólvora inglesa,—repitió D. Cosme

con la satisfaccion del hombre que posee un prodigio.—Pólvora inglesa de legítima procedencia y con un letrero que dice: *London.*

—¿Pero de dónde demonches ha sacado usted esa pólvora?—repitió D. Agapito.

—Hombre, en secreto les diré á ustedes que me la ha proporcionado el cocinero del embajador inglés.

—¿Y no podria proporcionarme á mi otra librita? repuso D. Agapito,—porque he oido decir que la pólvora inglesa la fabrican de un modo que aunque le llueva encima no se moja.

—Pues por eso le llaman á la *parapluche* porque aunque se *moje no se moja*,—contestó con la gravedad de la ciencia D. Cosme.

Y luégo dejando asomar una sonrisa protectora á sus labios añadió:

—La pólvora es uno de los contrabandos más terribles y más perseguidos en España; yo lo que puedo hacer por ustedes es, si vamos á la expedicion, darles un par de oncitas á cada uno para que ceben la cazoleta en dias lluviosos, pero por Dios y todos los santos de la corte celestial no lo digan á nadie, porque si se supiera en Madrid que yo tengo una libra de pólvora inglesa, ya me habia caido que hacer, la campanilla de mi casa no cesaria de atormentarme los oidos.

—Pierda usted cuidado, recibiré las dos onzas de pólvora bajo el secreto de confesion,—dijo don Agapito.

—¿Y yo soy borde?—preguntó D. Braulio.

—Vaya, tambien se le darán á usted otras dos oncitas,—dijo D. Cosme dando unas palmadas en la espalda de su amigo.

—Vamos á ver, señores:—añadió D. Agapito que era el más resuelto de la reunion.—¿En qué quedamos? ¿Se da ó no se da el asalto á las respectivas familias?... el tiempo urge y es preciso tomar una resolucion enérgica, de lo contrario, nuestra cacería se convertirá en agua de borrajas.

D. Braulio exhaló un suspiro, D. Cosme se rascó el cogote y ámbos guardaron silencio.

—Bah, veo que no quieren ustedes acompañarme,—añadió con marcadas muestras de disgusto D. Agapito.—Estamos á 8 de Setiembre, dentro de quince dias, es decir, el 23 salgo de Madrid en uno de los carritos manchegos del azafran; si ustedes se resuelven á acompañarme, me alegraré mucho, y si no se atreven, lo sentiré mucho, pero me marchare solo.

D. Cosme y D. Braulio se miraron; aquella mirada era un poema; á sus ojos D. Agapito tomaba las proporciones de un Cid, de un Rolando; habia crecido diez y nueve codos, que era la talla, segun se dice, de nuestro padre Adan. ¡Qué valor!... ¡qué serenidad!... ¡qué carácter tan entero!... ¡emprender un viaje nada ménos que á Villarrobledo!... y ¡solo!...

Verdaderamente, era un hombre admirable.

Yo no sé si el valor se trasmite, pero lo que no cabe duda, es que el miedo se pega; mas la verdad del caso fué, que D. Cosme y D. Braulio se animaron y al salir de la *botillería de Canosa* estaban resueltos á no abandonar á su valiente amigo D. Agapito.

Con referir la escena que tuvo lugar en casa del enérgico D. Agapito, bastará para que nuestros lectores juzguen y comprendan lo que sucederia en los hogares domésticos de D. Cosme y don Braulio.

D. Agapito entró en su casa con la frente erguida como un conquistador. Estaba resuelto á todo, habia hecho *coraje*, era un *Alejandro* con calzon corto y chupa de raso.

Al verle entrar los siete varones y cuatro hembras de todas edades y tamaños que constituian su descendencia y acreditaban su fidelidad conyugal, le besaron la mano por órden de antigüedad y él fué bendiciendo aquellas felices y juveniles cabezas, diciéndoles: «Dios te haga un santo.» Terminada esta religiosa costumbre de los padres de *antaño*, les hizo salir á todos de la sala, cerró la puerta, se sentó en un canapé é hizo una seña á su mujer para que se sentara á su lado y se quedó mirándola serio, grave y cejijunto.

Su mujer, que se llamaba doña Tecla, no comprendia ni se explicaba todos aquellos preparativos, y á no ser ella una esposa de conducta irre-

prochable y tranquila conciencia, de seguro hubiera creido que su esposo iba á reprenderle alguna infidelidad femenina.

Pero doña Tecla, que era una mujer propiedad absoluta de su marido, nada temia por esa parte y cansada de aquella larga é inexplicable pausa, se atrevió á preguntar:

—Pero, querido Agapito, ¿á qué viene todo esto? ¿por qué cierras la puerta? ¿por qué me miras con esos ojos? Habla por Dios, que me tienes en ascuas.

El amo de casa se levantó y se puso á dar paseos por la sala.

Doña Tecla estaba absorta y de buena gana hubiera llamado á su confesor para consultarle sobre caso tan grave.

De pronto D. Agapito se paró en seco delante de su aturdida esposa, la dirigió una mirada terrible y por fin le dijo, con la energía de un marido que se dispone á afrontar la tempestad doméstica:

—Los hombres somos hombres, tenemos compromisos y cuando estos compromisos no ofenden á Dios, á la religion, á la moral y á la familia, es preciso llevarlos á cabo, porque el amo es el amo ¿entiendes? y no debe permitir nunca que su mujer se ponga los calzones: he dicho.

Doña Tecla contemplaba á su esposo con la boca abierta y el asombro pintado en los ojos.

—Pero, querido Agapito, ¿quieres decirme por

toda la corte celestial qué es lo que te sucede?—preguntó Tecla, plegando las manos en actitud suplicante y temiendo que su marido la hiciera una declaracion espantosa.

—Lo que sucede es que me marcho.

—¿Pero adónde?

Agapito respiró con fuerza, se revistió de valor, y dijo:

—A Villarrobledo.

—¡Jesús nos valga! Tú estas loco, Agapito. ¡A Villarrobledo!—repitió Tecla con todos los síntomas del más superlativo asombro.—¡A Villarrobledo! ¡qué será de tus hijos!... ¡qué será de tu esposa! que no tenemos en el mundo otro apoyo que el tuyo. ¡Emprender un viaje tan largo á la entrada del invierno! ¡en la época de las lluvias!... ¡exponerse á los peligros de un camino, á los vuelcos, á los ladrones! Pero, no, no, eso no puede ser, yo iré á llevarle dos cirios de á libra á la Vírgen de la Paloma y á pedirla que te quite pensamiento tan malo de la cabeza.

Y un torrente de lágrimas brotó de los ojos de aquella desconsolada esposa.

—Ni tus súplicas, ni tus lágrimas, me harán desistir de mi propósito—añadió Agapito con una energía verdaderamente heroica—tengamos la fiesta en paz; mañana temprano bajas de la boardilla el cofre más pequeño, llama al cerrajero para que lo componga si le falta algo; de una tela vieja de

jergon me haces una saca para que allá en el monte me la rellenen y me sirva de cama; arregla despues dos pares de medias, la capa de abrigo, en fin, toda la ropa vieja que creas pueda servirme para el viaje y la cacería, y te prevengo que para esto no tienes más que diez ú once dias, porque decididamente, contra viento y marea, el 23 salgo de Madrid.

Doña Tecla lloraba como una Magdalena y aquellas lágrimas caian como plomo derretido sobre el corazon de su esposo.

—Mañana muy temprano—volvió á decir don Agapito sin dejar sus paseos—iré á San Francisco el Grande á ver á fray Mamerto, pues bueno es pensar en todo y emprender el viaje con la conciencia descargada y limpia; luégo procuraré ver á D. Rufo, mi escribano, porque hace tiempo que pensaba hacer testamento y aprovecharé esta ocasion.

Y como doña Tecla continuaba hecha un mar de lágrimas, D. Agapito dió una patada en el suelo para demostrar su mal humor y dijo:

—A cenar y no se hable más del asunto.

D. Agapito estaba absorto de su energía, hubiera dado su frasco de pólvora valenciano con incrustaciones de plata, porque le hubieran oido sus amigos, pero de pronto doña Tecla se levantó del sofá y comenzó á dar gritos, diciendo:

—¡Hijos de mi alma y de mi corazon, qué va á

ser de vosotros!... ¡venir á ayudar con vuestras súplicas á esta desconsolada madre, porque vuestro padre se nos marcha, nos abandona!

Aquellos gritos alarmaron á la familia que se hallaba en la sala inmediata. Como doña Tecla habia abierto la puerta, aquellos once hijos capitaneados por la madre, se abalanzaron sobre el enérgico D. Agapito, el cual se vió expuesto á zozobrar por aquella familia que como los pólipos se adheria á su cuerpo inutilizando sus facultades físicas y causándole no poco efecto en las morales.

Pero un arranque de valor, uno de esos arranques titánicos que sólo comprendian nuestros abuelos, le salvó.

—A la mesa todo el mundo, el que resuelle lo encierro en la carbonera, ¡ajo!

Este *ajo*, que sólo se pronunciaba en las ocasiones solemnes, produjo el mismo efecto en la familia de D. Agapito que el *Mane Tacel Farez* del célebre banquete de Baltasar.

Inútil es decir que la cena fué aquella noche un entierro y el rezo final una lamentacion de Jeremías.

Miéntras la madre acostaba á la dilatada prole, D. Agapito se zambulló en la cama.

Cuando su mujer fué á buscar la parte de lecho conyugal que le correspondia, D. Agapito, que se habia colocado en el borde de la cama se fingió dormido.

Doña Tecla, suspirando y gimiendo, se desnudó, se persignó tres veces y se metió en la cama rezando los *Padre nuestros* y las *salves* de ordenanza, por las almas de sus difuntos padres.

Por la primera vez en diez y ocho años de matrimonio, se dormia sin tener nada que comunicarle. Esto fué una terrible puñalada para el sensible corazon de doña Tecla, y entre rezos, suspiros, lágrimas y sollozos, murmuraba en silencio, allá en el fondo de su alma:

—Pícara escopeta, tú tienes la culpa de todas las desgracias que me suceden.

D. Agapito y doña Tecla aquella noche memorable, durmieron poco y mal, y más de una vez, durante tan largas y penosas horas, los suspiros de la esposa y el calorcillo de la cama, estuvieron á pique de dar al traste con la energía del esposo, el monte de *San Isidro* y la tan deseada expedicion de caza.

Pero D. Agapito, revistiéndose de un valor heroico, supo vencerse á sí mismo, la victoria más difícil del hombre, porque el hombre no es otra cosa que un compuesto de flaquezas y debilidades.

A la hora de costumbre se levantó D. Agapito, echó la bendicion paternal á sus hijos, tomó el chocolate, se puso la capa y salió de su casa.

Todo esto lo hizo poniendo la cara de perro que se dispone á morder, fisonomía repulsiva y predilecta de nuestros abuelos en el hogar doméstico.

Desde su casa se dirigió D. Agapito al convento de San Francisco el Grande, preguntó al lego encargado de la portería por fray Mamerto, y el lego le contestó que el padre se hallaba en su celda.

Y efectivamente, el bendito fray Mamerto, padre espiritual de la familia de nuestro cazador, se hallaba inocentemente ocupado en cambiar dos alambres de una ratonera, para coger un atrevido ratoncillo que, la noche ántes, se habia comido los piés de un niño Jesús, de almidon y azúcar, que el padre Mamerto tenía en mucha estima por ser regalo de una devota de San Francisco.

D. Agapito, como hombre prudente, llamó con los nudillos de la mano derecha en la puerta de la celda, preguntando al mismo tiempo:

—¿Se puede?

—Adelante quien sea,—contestó el fraile, sin separar sù mano de la mencionada obra.

—Santos y buenos dias, padre Mamerto,—dijo D. Agapito, avanzando algunos pasos y besando los toscos cordones del hábito del fraile.

—Muy buenos los tenga usted, Sr. D. Agapito, mucho se madruga, ¿hay novedad por casa?

—Gracias sean dadas á Dios, no ocurre nada de malo,—contestó el cazador, sonriéndose con la seráfica expresion del justo á quien escarabajea algo en la conciencia,—pero vengo á consultar con usted cierto asunto.

—¿De qué se trata?—Preguntó el fraile, sin abandonar los alicates ni la ratonera.

—Pues de un viaje que proyecto.

—Asuntos de familia, ¿eh?

—No señor, no; es una cacería que pienso llevar á efecto con otros dos amigos.

—¿Sigue usted tan aficionado como siempre?

—Un poquillo.

—A mí tambien me gusta mucho el campo, y despues de todo, en el cazar no veo nada de malo, es decir, con tal de que no se peguen ustedes un tiro, porque con las armas de fuego todas las precauciones son pocas; dicen que el diablo las carga.

—Oh, no hay cuidado, somos gente formal y precavida.

—¿Y adónde van ustedes?

—Pues... vamos á Villarrobledo;—contestó con tímido acento D. Agapito.

El fraile levantó la cabeza, dejó la ratonera sobre la terrapisa de la ventana y miró con verdadero asombro á su hijo espiritual, diciendo:

—¡A Villarrobledo!... ¿Está usted empecatado? ¡A Villarrobledo!... ¡A la Mancha!... Pero hombre, eso es una locura. Los caminos están llenos de salteadores, de gente desalmada, y ahora con el nuevo decreto de nuestro muy amado rey Carlos IV, que Dios nos conserve muchos años, que manda ahorcar al que robe en despoblado valor de

una peseta, los ladrones se han vuelto más feroces que nunca.

—Sí, ya supongo que no faltan peligros, y por lo mismo, vengo á confesarme, porque siempre és bueno emprender un viaje con la conciencia limpia y descargada.

—¿Pero qué dice doña Tecla de esa arriesgada expedicion de caza?

—No me la nombre usted, padre Mamerto, me ha dado una noche, que ya, ya; lo que ella á jipeado, llorado y rezado, no es para dicho, ha sido imposible pegar los ojos.

—Y con motivo, caramba; doña Tecla es una mujer prudente, una buena esposa, una madre amante que hace bien en sobresaltarse temiendo los peligros á que va á exponerse su marido, el padre de sus hijos.

El fraile continuó amonestando á D. Agapito, por espacio de media hora; le pintó con los colores más negros, los peligros que podia correr y acabó por confesar y absolver al cazador, ofreciéndole que, durante su ausencia, procuraria consolar á doña Tecla.

En cambio de este favor especial, D. Agapito ofreció al padre Mamerto traerle media docena de quesos manchegos y cuatro libras de mostillo.

Este ofrecimiento humanizó un poco al padre Mamerto, porque sabido es, que dádivas quebrantan frailes.

D. Agapito desde el convento de San Francisco, se dirigió á casa de su escribano en dónde hizo el testamento en toda regla, por lo que pudiera ocurrir; pues sólo Dios sabe los peligros que corre un mortal desde el instante que emprende un viaje.

A las doce regresó á su casa con la gravedad de un padre de familia mal humorado.

Por la tarde fué á reunirse con sus amigos don Cosme y D. Braulio en la huerta de Atocha, y los tres cazadores se refirieron las tempestades domésticas que habian tenido lugar en sus respectivas casas.

La batalla estaba ganada en toda la línea; la escopeta de chispa iba á hacer más fuego que la *Capitana* en los montes de *San Isidro* y *El cabalgador*.

Los tres camaradas satisfechos de su energía, se suministraron un refresco en la *botillería de Canosa.*

Desde esta tarde, quedó resueltamente decidida la famosa expedicion de Villarrobledo, uno se encargó de recorrer las posadas de la calle de Toledo y la Cava-baja para buscar y ajustar el carro que debia llevarles; en cuanto á los comestibles se repartieron por igual entre los tres.

Nuestros cazadores eran excesivamente modestos y no ignoraban que una silla de postas en aquellos tiempos costaba un ojo de la cara.

Despues de cuatro dias de activas y asiduas in-

vestigaciones, D. Agapito encontró un carro manchego de dos mulas que salia de Madrid el 25 en direccion á *San Clemente.* Se hizo el ajuste y por diez y ocho duros, se comprometió el carretero á llevarles á Villarrobledo.

El precio pareció á todo el mundo muy barato, calculando que debian emplear en el viaje de seis á ocho dias.

Los cazadores modernos, es decir, la escopeta á á Lafaucheux, se ha rodeado de una porcion de necesidades que no conocia la escopeta de chispa de nuestros modestos abuelos. D. Agapito metió en el cofre un par de medias de lana, un par de camisas y un par de pañuelos de *hierbas*, un gorro de dormir, un saco con una cuartilla de perdigones, tres papeles de pólvora de media libra, una bolsita de badana con dos piedras de repuesto y el destornillador, unos trapos viejos para limpiar la escopeta y unas polainas de paño pardo hechas en casa.

En cuanto al traje se puso el más viejo de su guarda-ropa y el abrigo por si el tiempo cambiaba se reducia á una capa de gloriosa antigüedad que le servia en Madrid para salir las noches de invierno, lo cual sucedia muy pocas veces.

Aquella capa de abrigo le habia prestado muy buenos servicios en los once partos de su mujer; porque D. Agapito, aunque persona acomodada, no encargaba á nadie la delicada mision de ir á bus-

car á la comadrona cuando el caso apremiaba, esto era incumbencia puramente suya.

Por fin llegó el momento deseado. La noche ántes los tres cazadores de coleta y sombrero de medio queso, mandaron los cofres á la posada del *Galgo*, de donde debia salir el carrito manchego á las siete de la mañana del dia siguiente.

D. Agapito, aunque hombre de gran carácter y acreditada energía, era á la vez muy precavido; desarmó la escopeta, aconsejando á sus amigos que hicieran lo mismo, y envolviéndolas las tres en un felpudo, las ocultaron cuidadosamente en la bolsa del carro.

La medida era prudente, porque en el caso de salir ladrones, lo cual era muy probable, no era fácil que los *cacos* sospecharán que en el carro iban tres armas de fuego.

Esta precaucion salvaba las armas de un golpe de mano; pero sus dueños no podian decir aquella frase de Francisco I: *Todo se ha perdido ménos el honor*.

Sería preciso poseer la inspiracion lacrimosa de Jeremías para describir con los plañideros tonos de la verdad la dolorosa despedida de las tres familias de nuestros héroes.

Les acompañaron hasta el puente de Toledo; y como los transeuntes veian á los once hijos de don Agapito, los nueve de D. Braulio y los siete de D. Cosme, las tres madres respectivas y los tres

frailes de ordenanza, llorando á más no poder junto á la barbacana del puente, llegaron á sospechar que en Madrid habia alguna epidemia que ponia en dispersion á sus habitantes.

Puestos ya en la carretera que debia conducirles al término de su viaje, miéntras los niños gemian y las mujeres lloraban, cada fraile se apoderó de un cazador, para darle con acento grave y solemne los últimos consejos de prudencia, recomendándoles muy eficazmente muchísimo cuidado con las armas.

Por fin el carretero cortó el hilo de las lágrimas, los cazadores subieron al carro, la tralla cayó despiadadamente sobre el lomo de las mulas, que salieron al trote, levantando un remolino de polvo que separó á los que se iban de los que se quedaban.

El perro navarro de D. Cosme se llamaba *Chato* y comenzó á saltar de alegría y dar ladridos por delante de las mulas del carrito manchego.

El *Chato* era un perro insensible que carecia de todo sentimiento tierno, era el único sér que estaba alegre en medio de aquel desconsuelo general.

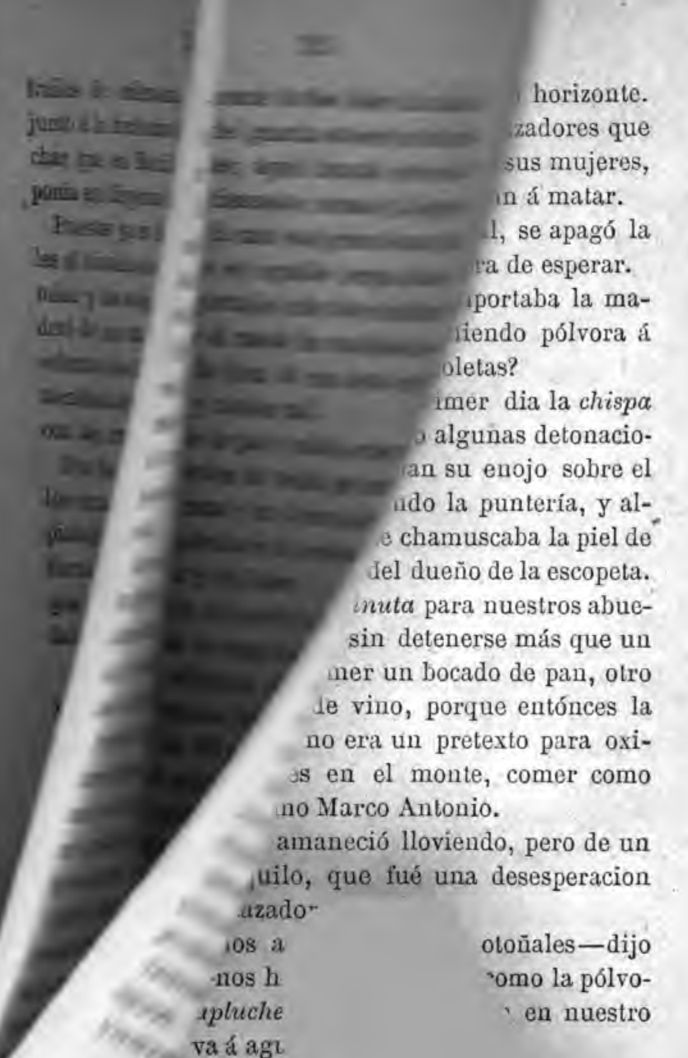
—Adios, Madrid, que te quedas sin gente—exclamó D. Agapito que se la echaba de hombre fuerte.

—Pero qué tontas son nuestras mujeres—añadió D. Cosme enjugándose las lágrimas.

—Sí, señor, tontas de capirote—repuso D. Braulio, exhalando un profundo suspiro.

la comadrona cuando e
ıcumbencia puramentı
r fin llegó el momento
ıs tres cazadores de col
ıueso, mandaron los
o, de donde debia salir
iete de la mañana del
Agapito, aunque hon
litada energía, era á
rmó la escopeta, aco
ıicieran lo mismo, y
n felpudo, las ocult
lsa del carro.
medida era pruden
ladrones, lo cual er
que los *cacos* sospe
ırmas de fuego.
ta precaucion salv
ano; pero sus due
de Francisco I:
r.
ría preciso posee
nías para descri
verdad la dolor
s de nuestros h
acompañaron
los transeunt
to, los nuev
me, las tre





horizonte.
zadores que
sus mujeres,
n á matar.
l, se apagó la
ra de esperar.
portaba la ma-
iendo pólvora á
oletas?
imer dia la *chispa*
alguñas detonacio-
an su enojo sobre el
ndo la puntería, y al-
chamuscaba la piel de
del dueño de la escopeta.
nuta para nuestros abue-
sin detenerse más que un
mer un bocado de pan, otro
de vino, porque entónces la
no era un pretexto para oxi-
s en el monte, comer como
no Marco Antonio.
amaneció lloviendo, pero de un
uilo, que fué una desesperacion
zado
os a otoñales—dijo
nos h omo la pólvo-
pluche en nuestro
va á agu

—Bah, ya se tranquilizarán; fumemos.—Volvió á decir D. Agapito echando mano de su petaca de cuero.

El dia estaba hermoso, el camino llano como una sala, y los árboles ostentaban todo el verdor y lozanía de la primavera, porque los vientos otoñales no les habian hecho aún perder ni una sola hoja.

El dolor de la despedida iba disipándose y la verdad es que, á pesar de los tumbos y saltos que trasmitia el vehículo á nuestros amigos, no se iba del todo mal sentados sobre las sacas llenas de paja que debian servirles de cama durante la expedicion.

Bien es verdad que nuestros cazadores no habian disfrutado nunca del suave movimiento de un cómodo carruaje de muelles de doble suspension, ni las comodidades que ofrecen los almohadones de un coche de primera del ferrocarril.

Nuestros tres camaradas tuvieron un viaje relativamente feliz, porque la rotura del eje y la detencion de medio dia en un pueblo para componerle, no valia la pena de consignarlo en el catálogo de las calamidades.

Al sétimo dia llegaron á Villarrobledo con los huesos sanos aunque un poco molidos y no podia suceder otra cosa, puesto que fray Mamerto, fray Antolin y fray José, se habian quedado en Madrid pidiéndole al ángel de la guarda que les diera un viaje feliz.

Llegaron al monte de *San Isidro* á la caida de la tarde. La casa del guarda entónces no tenía grandes comodidades; aquel honrado matrimonio vivia con lo precisamente necesario; la despensa y los enseres de la casa eran primos hermanos, bien es verdad que en aquellos tiempos dichosos ni áun á los propietarios más ricos se les habia ocurrido trasladar al monte las comodidades de la capital y cuando iban de caza dormian sobre una saca de paja y comian mal.

Ser cazador de pan y cebolla, ser fuerte y duro era una cuestion de vanidad para nuestros abuelos; iban á cazar y no á comer, es decir, precisamente lo contrario de lo que sucede ahora, que vamos á comer y no á cazar.

Si nuestros antepasados se levantaran de las fosas y vieran las casas de algunos modernos cazaderos con alfombras, relojes, camas de muelles, divanes, butacas, baño y piano, la creerian un sueño de las *Mil y una noches*; si ademas de este lujo en el mobiliario se encontraran de manos á boca una mesa servida á la moderna y llena de todos esos apetitosos manjares que ha inventado el fecundo arte culinario, no lo creerian ni áun viéndolo. Pero los modernos somos así, vivimos al dia, gastamos lo que tenemos sin ocuparnos del mañana, y yo creo que hacemos perfectamente bien, porque siendo el hombre finito y no poseyendo el don de la inmortalidad, se debe seguir aquel precepto

evangélico que dice: *No atesores en la tierra donde la polilla lo consume y roe todo.*

Yo sé que si algun avaro lee el párrafo anterior, dirá: «Así no es posible hacerse rico» pero la verdad del caso es que nunca se han improvisado con más rapidez las fortunas que en nuestros dias, dígalo sino la *Bolsa*, ese bazar del *alza y baja* que á tantos pigmeos ha levantado de la nada miéntras que para otros no ha sido otra cosa que la antesala del Saladero, pero estos son los ménos.

Yo tengo un amigo muy rico, solo en el mundo, sin parientes y viejo, que no tiene á quien dejar la gran fortuna que posee y no hace mucho me dijo:— El dia que haga un buen negocio subo en el tranvía en la Puerta del Sol y hasta el fin... ¿para qué quiere uno el dinero?

Este millonario va siempre á pié y como se gasta *seis reales* en comer cada veinticuatro horas dice que en Madrid no se puede vivir porque se come *oro.*

Así es como se hace el dinero, segun la opinion de los avaros, pero... volvamos á encontrar á nuestros cazadores.

Cenaron modestamente, colocaron las tres sacas en la cocina, junto al hogar, y lo dispusieron todo para la expedicion del dia siguiente.

A las diez de la noche salieron al campo á ver el tiempo que hacia.

La luna tenía un gran cerco y alguna que otra

nubecilla se extendia por el anchuroso horizonte. esto desagradó altamente á nuestros cazadores que se acostaron pensando en la luna, en sus mujeres, en sus hijos y en las perdices que iban á matar.

El guarda dió un soplido al candil, se apagó la luz y se quedaron á oscuras: esto era de esperar.

Amaneció nublado ¿pero qué importaba la mayor humedad de la atmósfera teniendo pólvora á la *parapluche* para cebar las cazoletas?

Comenzó la expedicion. El primer dia la *chispa* no se portó del todo mal, salvo algunas detonaciones retrasadas que descargaban su enojo sobre el hombro del cazador, desviando la puntería, y alguno que otro fogonazo que chamuscaba la piel de la muñeca y los párpados del dueño de la escopeta.

Pero esto era *pecata minuta* para nuestros abuelos; cazaron todo el dia sin detenerse más que un cuarto de hora para comer un bocado de pan, otro de queso y un trago de vino, porque entónces la aficion á la escopeta no era un pretexto para oxigenar los pulmones en el monte, comer como Lúculo y beber como Marco Antonio.

El segundo dia amaneció lloviendo, pero de un modo tan tranquilo, que fué una desesperacion para nuestros cazadores.

—Ya tenemos aquí las lluvias otoñales—dijo D. Agapito—nos hemos fastidiado; como la pólvora á la *parapluche* inglesa no venga en nuestro auxilio, se va á aguar nuestra cacería.

Y efectivamente, como nada atrae tanto la humedad como la pólvora, las escopetas de chispa comenzaron *á hacer de las suyas;* por término medio de cada ocho rastrillazos salia un tiro, y este con retraso, haciendo impotentes los efectos de los plomos.

Nuestros cazadores no tenian impermeables de goma para preservar los cuerpos del agua, pero se olvidaban de sus personas, cuidando únicamente cubrir las llaves de la escopeta llevándola oculta debajo del brazo derecho.

Aquello era verdaderamente desesperante. Las perdices, acobardadas por la lluvia, arrancaban de los piés de los cazadores; el perro *Chato* las ponia de *muestra*, pero las chispas de la piedra al chocar con el acero eran impotentes; nuestros tres camaradas se convencieron que la pólvora inglesa á la *parapluche* se mojaba lo mismo que la española.

Una vez D. Cosme vió una liebre agarbada debajo de un tomillo, siete veces cayó la piedra sobre la cazoleta sin el resultado apetecido. Aquello fué una lucha titánica entre el cazador dando rastrillazos y la liebre oyéndolos con imperturbable calma sin abandonar la caliente cama ni el espeso tomillo que le preservaba de la lluvia.

Entónces á D. Agapito se le ocurrió el recurso supremo para dar muerte á aquel estoico rumiante, cebó el oido del cañon y la cazoleta, apuntó á su vez á la liebre cogiendo el cañon con la mano

izquierda y afianzando la culata con la derecha y aplicó al mismo tiempo una yesca encendida á la cazoleta. Entónces salió el tiro tan descompuesto, tan retardado y sobre todo tan mal dirigido, que los plomos descabezaron la mata de tomillo despertando á la liebre que abandonó su cama y salió gazapeando como riéndose de los cazadores.

La desesperacion de nuestros amigos llegó á su colmo y maldijeron la pólvora inglesa, los efectos de la *chispa* y el tiempo que cada dia presentaba peor cariz.

Despues de una semana de cazar con la pólvora mojada y convencidos de que el tiempo no era fácil que cambiara se decidieron á regresar á sus hogares, y llegaron á Madrid despues de ocho dias de carro, barro y agua.

¿Pero quién les quitaba la gloria de haber llevado á cabo tan arriesgada expedicion? ¿Habia muchos cazadores madrileños que hubieran hecho otro tanto? Nuestros tres camaradas estuvieron hablando de la cacería de *San Isidro* durante el resto de sus vidas, y muchas veces sentados al amor de la lumbre, la referian á sus nietos detalladamente con orgullosa satisfaccion, como refieren los veteranos sus batallas á la gente bisoña que no ha mordido un cartucho ni aspirado las emanaciones de la pólvora y de la sangre.

EPÍLOGO.

Ochenta años despues, una noche cantaba Adelina Patti en el Real y los *diletantti* aplaudian á la sublime *diva* hasta el punto de romperse los guantes con sus palmadas y los bronquios con sus bravos.

En uno de los entreactos un jóven elegantemente vestido detuvo á otro jóven en el pasillo de las butacas, y despues de cambiar algunas palabras sobre el triunfo de la sublime *prima-donna,* le dijo:

—Chico, estoy invitado por lord Mortton, para una cacería de faisanes y zorras en sus bosques de Escocia. ¿Quieres venir?

—¿Cuándo te marchas?

—Mañana, en el *express*.

—El caso es, que mi mujer se encuentra en Roma hace ocho dias.

—Ponle un telegrama, porque te aseguro que es

una expedicion de emperadores y vale la pena de acudir al llamamiento; mataremos quinientos faisanes y cortaremos los rabos á doscientas zorras.

—Acepto.

Al dia siguiente, los dos amigos, cómodamente tumbados en los almohadones de un coche de primera, abandonaban á Madrid con la rapidez vertiginosa de un tren *expres*. El vapor de tierra y el vapor de mar, gracias á los prodigios del agua caliente, condujeron á Escocia con la velocidad del huracan, á nuestros dos amigos, miéntras el alambre eléctrico conducia á Roma las siguientes palabras:

«Marcho á Escocia á una cacería con Agapito. Luégo iré á Roma á reunirme contigo. Diviértete mucho. Tuyo, Cosme.»

Este Cosme y este Agapito del teatro Real, eran descendientes en línea recta del Cosme y el Agapito que hemos conocido en la *Botillería de Canosa*.

Entre los abuelos y los nietos habia la misma diferencia que entre la escopeta de chispa y la escopeta de fuego central; entre el carro manchego y la locomotora.

PÍLADES Y ORESTES.

AL SR. D. MANUEL LORENZO RUBIO.

A buena cuenta del artístico pito de codorniz que usted ha construido y me ha regalado, le dedica este episodio venatorio su amigo.—ESCRICH.

Orestes era un verdadero aficionado á la escopeta; tenía piernas de acero, sanos pulmones, aventajada estatura, privilegiado estómago, buen ojo, mucha serenidad y una aficion de primera fuerza; pero tenía un defecto que no dejaba de darle disgustos: le gustaba mandar en jefe, ser el director en toda *orquesta* venatoria en que él tomaba parte; era preciso obedecerle, bajar la cabeza, decir amen á todo lo que él proponia.

En cuanto á su temperamento, era nervioso, sanguíneo y arrebatado; mas como todo en este mundo tiene su compensacion, quiso su buena suerte, que desde su infancia encontrara un buen amigo, un dulce y cariñoso compañero, un herma-

no del corazon que bien pudiéramos llamar mártir de la amistad.

Como los extremos se tocan, resultaba que Orestes era nervioso, como hemos dicho, que se arrebataba por la cosa más pequeña, que le bastaba tropezar en la calle para reñir con el primer transeunte, miéntras que su amigo y cariñoso compañero, Pílades, era linfático, pacífico, conciliador y no se alteraba nunca.

Orestes, era el huracan, la tempestad; Pílades la calma. El primero lo hacia todo con estrépito, impulsado por los nervios; la sangre que hervia dentro de sus venas le empujaba como una catapulta; sus ojos tenian la brillantez y la movilidad de los enajenados, reia á gritos, gesticulaba hasta el punto de desencajar su semblante, hablaba á voces, moviendo los brazos como las aspas de un molino de viento, y comia los manjares sin mascar, aunque estuvieran muy calientes.

Pílades, por el contrario, disfrutaba de un espíritu sereno como un lago, hablaba con pausa y en voz baja, apénas movia los labios, se sonreia en vez de reirse, tenía el semblante inmóvil y los ojos velados por una dulce mirada llena de bondad; jamás ofendia á nadie y nunca se enfadaba.

Conociendo Pílades el temperamento de su amigo, le compadecia con toda su alma, y cuando iban de caza llevaba siempre para remediar los ataques de Orestes, unos granos de acónito, un frasquito

de árnica, una limonada purgante y una botella con sanguijuelas; la cuestion era sacarle sangre, porque Orestes, segun Pílades, estaba amenazado de una congestion cerebral.

Pílades, era en exceso condescendiente, Orestes irascible y disputador, echaba chispas por todos los poros cuando en las discusiones venatorias no era la suyá la última palabra; pero la paciencia de Pílades más grande, á veces que la de Job, acababa siempre por dominar á su amigo, y este solía decirle:

—El dia que tú te mueras no cazo más, me pego un tiro y asunto concluido, pues has llegade á ser para mí una necesidad.

—Pech—le contestaba Pílades sonriéndose—yo no me moriré ántes que tú, me dice el corazon que he nacido sólo y exclusivamente para arreglar todas tus cosas, hasta tu entierro.

Era tan íntima, tan estrecha la amistad de Pílades y Orestes, que llegaron á adquirir entre sus amigos, el adjetivo de inseparables, obligándoles á que cambiaran los nombres de pila por los mitológicos que en este artículo nos sirven para darlos á conocer y que nos han trasmitido Homero, Eurípide y Sófocles, describiéndonos á Pílades lleno de bondadosa y fraternal abnegacion, y á Orestes atormentado por las furias despues de asesinar á su impura madre Clitemnestra.

Nuestros dos camaradas vivian juntos y se ha-

bian hecho colocar dos camas en la misma alcoba. Algunas mañanas, cuando Orestes se hallaba en lo más profundo de su sueño, sentia una mano que sacudiéndole le despertaba, abria los ojos y se encontraba con su amigo Pílades, que aplicándole un vaso á los labios, le decia:

—Bebe esto.

—Pero... ¿qué es eso?—le preguntaba Orestes restregándose los ojos.

—Una purga. He observado que tienes los ojos inyectados en sangre, un laxante te será provechoso.

—Pero hombre...—añadió Orestes.

—Nada, nada; bebe y calla; yo sé lo que te conviene mejor que tú.

Orestes á pesar de su carácter irascible se tragaba la purga refunfuñando y haciendo gestos y volvia á dormirse hasta que ciertas necesidades imperiosas, que no pueden demorarse, le obligaban á abandonar precipitadamente la cama; porque mis lectores no ignoran que las purgas tienen efectos despóticos, exigencias apremiantes, á las que no se les puede decir: «Vuelva usted despues.»

Otras veces, Pílades, hacia tomar á su amigo la canchalagua cuando llegaba la primavera, para atemperar la sangre, y la leche de burra en invierno, cuando las heladas acatarraban el pecho de su amigo; solia darle baños de piés, ponerle sinapismos en las pantorrillas, y en los casos apremiantes

le aplicaba en una parte que la decencia no me permite nombrar, media docena de *anélidos abranquios* de la familia de los *hirudineos*, vulgo sanguijuelas, porque Pílades era un poco entendido en el arte de curar.

Una vez Orestes tuvo una novia, porque Orestes á pesar de su carácter era un verdadero adorador del bello sexo, tan galante como fino, y tan fino como ilustrado.

Pílades le preguntó:

—¿Tiene hermana tu novia?

Y como Orestes le contestó afirmativamente, Pílades declaró su amor á la hermana y amaron juntos durante una temporadita.

Cuando riñó Orestes con su novia, Pílades dejó de visitar á la suya sin que hubiera mediado entre los dos el menor disgusto; nadie se explicaba aquel rompimiento y la mamá de la desconsolada muchacha, decia á sus amigos:

—Figúrense ustedes que anoche me regaló una caja de *napolitanos* de la Colonial...

Pero, á pesar de esto, Orestes y Pílades riñeron con las dos hermanas y este amor por partida doble, tuvo un fin como todas las cosas de este pícaro mundo.

Cazaban siempre juntos: convidar á Pílades para una expedicion sin invitar á Orestes, era trabajo perdido, porque el uno sin el otro eran, por decirlo así, un cuerpo sin alma.



Algunos domingos, sin otro objeto que el de huir del bullicio de Madrid, cogian las escopetas y los perros y se iban al Canal, recorriendo hasta el séptimo molino los pantanosos charcales que por entónces abundaban en aquel sitio, en donde las becacinas y otras aves acuáticas formaban las delicias de los cazadores de Madrid. En estas expediciones á *duo* llevaba siempre la voz *cantante* Orestes: Pílades era sólo un instrumento pasivo, obediente, que caminaba sin voluntad propia con la escopeta al hombro y haciendo todas las evoluciones que le indicaba su amigo.

Esta docilidad no le libraba de las agrias y duras reconvenciones que por *cerrar ó abrir la mano*, adelantarse ó retrasarse en las *asomadas*, le prodigaba Orestes.

Pero como Pílades era la bondad y la tolerancia personificadas, se sonreia sufriendo con santa abnegacion los malhumorados arranques de Orestes.

A pesar de esto, Orestes era todo un caballero, tenía un gran corazon y amaba á Pílades como á un hermano.

Un dia nuestros dos camaradas se hallaban cazando acachadizas en los charcales del séptimo molino, cuando se encontraron de manos á boca con unos toros bravos que les cerraban el paso.

Para que la situacion fuese más comprometida al intentar retroceder aconsejados por la prudencia, vieron entre los carrizales nuevas y amena-

zadoras cornamentas que les ofrecian tanto peligro por la retaguardia como por el frente.

Retroceder era imposible sin exponerse á un grave choque, avanzar hubiera sido una temeridad; no les quedaba otro recurso que pasar el rio, poner el Manzanares entre los cuernos y ellos, pero ¡ah! el puente se hallaba á una legua de distancia de aquel sitio.

Orestes irritado, fué de opinion de empezar á tiros contra aquellos huéspedas inoportunos que se habian presentado para aguarles la fiesta; pero Pílades por el contrario opinó que lo más prudente era pasar el rio.

Pero ¡ay! Orestes tenía un fuerte catarro y mojarse los cueros cuando el cuerpo sufre esa destemplanza general, es un peligro grave para la salud.

Pílades, mártir de la amistad, cariñoso amigo, siempre dispuesto al sacrificio, exclamó lleno de santa abnegacion.

—No es de personas sensatas, querido Orestes, luchar á brazo partido con tres docenas de toros que nos disputan el terreno, la fuga no supone siempre la cobardía, los más grandes generales del universo se han visto precisados á hacer retiradas delante del enemigo que muchas veces les han cubierto de gloria: retirémonos nosotros, pasemos el rio; pero como tú estás enfermo, yo que estoy sano, yo que tengo un cuerpo impermeable como el cau-

chout te pasaré en brazos hasta la otra orilla del Manzanares; yo sé que harias lo mismo por mí en igualdad de circunstancias, acepta, pues, este servicio y concédeme la honra de enorgullecerme al prestártele.

Orestes quiso resistir, pero el apuro era apremiante, el tiempo era oro y además Pílades suplicaba de tal manera, que Orestes no tuvo más remedio que subirse á horcajadas, refunfuñando, sobre los hombros de su amigo.

Pílades, con la serenidad del valor y la heroica sonrisa de los mártires en los labios, entró en el rio llevando sobre sus hombros el querido cuerpo de su amigo Orestes.

Aquel nuevo San Vicente de Paul ni siquiera se estremeció al sentir el frio de las aguas en su cuerpo, y haciendo abstraccion de su persona, sólo le preocupaba la idea de sacar de tan honroso paso, incólume el cuerpo de su amigo.

—¿Vas bien, Orestes?—le preguntó con dulce y cariñosa voz.

—Sí, hombre, sí:—contestó con acento malhumorado Orestes.

Al principio todo fué bien, las tres cuartas partes del ancho del rio no presentaban más dificultad que el mojarse Pílades hasta los muslos; ya les faltaba muy poco para llegar á la codiciada orilla.

Pílades extendió el brazo derecho para cogerse á

las raíces de un árbol que extendia sus secas ramas sobre las tranquilas corrientes del Manzanares, pero ¡oh dolor! ¡oh percance inesperado! aquel prototipo de la amistad que por todos los poros de su rostro respiraba satisfaccion viendo casi terminada su heroica empresa, no se habia fijado en el remanso que formaba el agua junto á la orilla y al querer afirmar el pié derecho encontró el vacío, este vacío le hizo perder el equilibrio y el cuerpo, obedeciendo la ley de la gravedad arrastró detrás de sí todo cuanto llevaba encima, es decir, á Orestes que cayó de cabeza dando un grito de espanto y hundiéndose en las pérfidas aguas del Manzanares.

Aquel baño de impresion que duró un minuto, pues Pílades se agarró con la mano izquierda á las raíces del árbol y cogió á su amigo por el cuello de la chaqueta, sacándole á la orilla incólume y sin otros efectos por entónces que una mojadura general, hizo indudablemente reir á los toros que desde la orilla opuesta habian contemplado impasibles las evoluciones de los dos amigos.

Esta desventurada expedicion costó á Orestes un mes de cama, su robusta naturaleza luchó entre la vida y la muerte, saliendo victorioso de tan grave peligro; pero preciso es decirlo, durante la enfermedad Pílades no se movió de la cabecera del lecho de su amigo y le cuidó como pudiera hacerlo una madre cariñosa.

Volvieron á emprender los dos camaradas sus expediciones venatorias. Ya hemos dicho que Orestes era excesivamente nervioso y algunas veces hasta tal punto llegaban la tirantez de sus nervios, que al apuntar á una pieza, al querer cerrar el ojo izquierdo cerraba tambien el derecho, quedándose completamente á oscuras en mitad del dia.

Este era un defecto que comentaba Orestes, unas veces rabiando y otras riendo, pero como para todo hay remedio en el pícaro mundo ménos para la muerte, á Orestes le bastaba tocar el párpado con la punta del dedo índice de la mano izquierda para que el ojo se quedara cerrado y entónces podia servirse del otro para hacer la puntería.

Esta operacion era muy sencilla, aunque algo enojosa, de modo que en la época de las codornices Orestes que le saltaba la sangre en las venas siempre que el perro se quedaba de *muestra*, en vez de bajarse el párpado suavemente con la yema de un dedo, levantaba la mano izquierda á la altura de su frente, y al decirle al perro *entra* y oir el *pirrrrt* de la codorniz, ¡plam! se daba una palmada en el ojo y ¡plum! soltaba el tiro al mismo tiempo.

La despiadada mano de Orestes obedeciendo al impulso de sus irritados nervios, caia con tal fuerza sobre el ojo izquierdo, que cuando llevaba un par de docenas de codornices muertas, el ojo izquierdo solia tomar el tamaño de un huevo; y por las noches el bondadoso Pílades reprendia dulcemente á

su amigo aplicándole paños de árnica á la parte inflamada y algunas veces sanguijueias á la parte opuesta para descargar la inflamacion del ojo.

Pero, ¡ay!, el hombre propone y Dios dispone; Píladas fué víctima de uno de esos airecillos sutiles, tan frecuentes en Madrid, que no apagan una luz y matan al hombre más fuerte.

Una pulmonía fulminante se llevó al otro mundo, en cuarenta y ocho horas, al amigo más leal, más cariñoso, más condescendiente, del arte venatorio.

Orestes, sintió un profundo desconsuelo en el corazon, se creyó solo en la tierra y durante un año no tuvo valor para coger la escopeta, porque, ¡dónde encontrar otro camarada que soportara los arranques intempestivos de su carácter con la sonrisa de la benevolencia en los labios!

Una noche Orestes se retiraba muy tarde á su casa, cuando observó que un perro le seguia: se detuvo junto á un farol y el perro se le quedó mirando y meneando el rabo, como si le dijera:

—¿Me quieres por amigo?

Orestes acarició cariñosamente la cabeza del perro.

El rabo del perro se movió con mayor violencia, proyectando todos los estremecimientos de que es susceptible la gratitud, el cariño y la humildad de la raza canina; y al mismo tiempo su garganta formuló tres ó cuatro lamentaciones llenas de melancolía.

Orestes se quedó pensativo; el perro comenzaba á preocuparle, pero continuó su camino, entró en su casa y dejó al perro en mitad del arroyo.

Aquella noche, Orestes, soñó con su amigo Pílades.

A la noche siguiente, volvió á encontrar al perro en la puerta de su casa, este segundo encuentro le preocupó más que el primero; porque Orestes creia en la metempsícosis ó trasmigracion del alma de un cuerpo á otro hasta su perfecta purificacion, y se dijo:

—Quién sabe si dentro del cuerpo de este perro callejero, se ha refugiado el alma de mi querido Pílades.

Esta idea le estremeció, y desde aquel instante el perro vagamundo encontró un hogar y un amo.

Orestes bautizó al perro con el nombre de Pílades y convencido que podria contar con un amigo tan leal como el que la muerte le habia arrebatado, volvió de nuevo á pensar en su escopeta.

Sólo una idea le asaltaba; ¿si cazaria el perro? Era preciso desvanecer esta duda, salir al campo.

Aquel perro mezcla de podenco y *barbas* que nada indicaba, que nada decia, que estaba muy léjos de pertenecer á una raza pura y privilegiada causó el asombro de Orestes sobre el terreno, porque Pílades, aquel perrillo feo, desgarbado, era una notabilidad, lo mismo cazaba las perdices que

las acachadizas, las liebres que las chochas, no habia necesidad de enseñarle nada, lo sabía todo.

Al regresar de la primera expedicion, Orestes loco de contento cayó de rodillas ante el retrato de su difunto amigo y exclamó con toda la vehemencia de su impetuoso carácter.

—Ya puedo cazar; ya tengo otro Pílades que soporte mis impertinencias; ya tengo un amigo leal que me sufra sin protestar; ya puede decirse que soy un cazador verdaderamente feliz.

Y efectivamente, para muchos cazadores, cuyo carácter intolerante establece el vacío en derredor de ellos, el perro no es otra cosa que el Pílades de la mitología de Homero.

SANTIFICAR LAS FIESTAS.

CONSEJOS PERNICIOSOS DE UN CAZADOR VIEJO QUE NO DEBEN SEGUIR LOS CAZADORES NUEVOS.

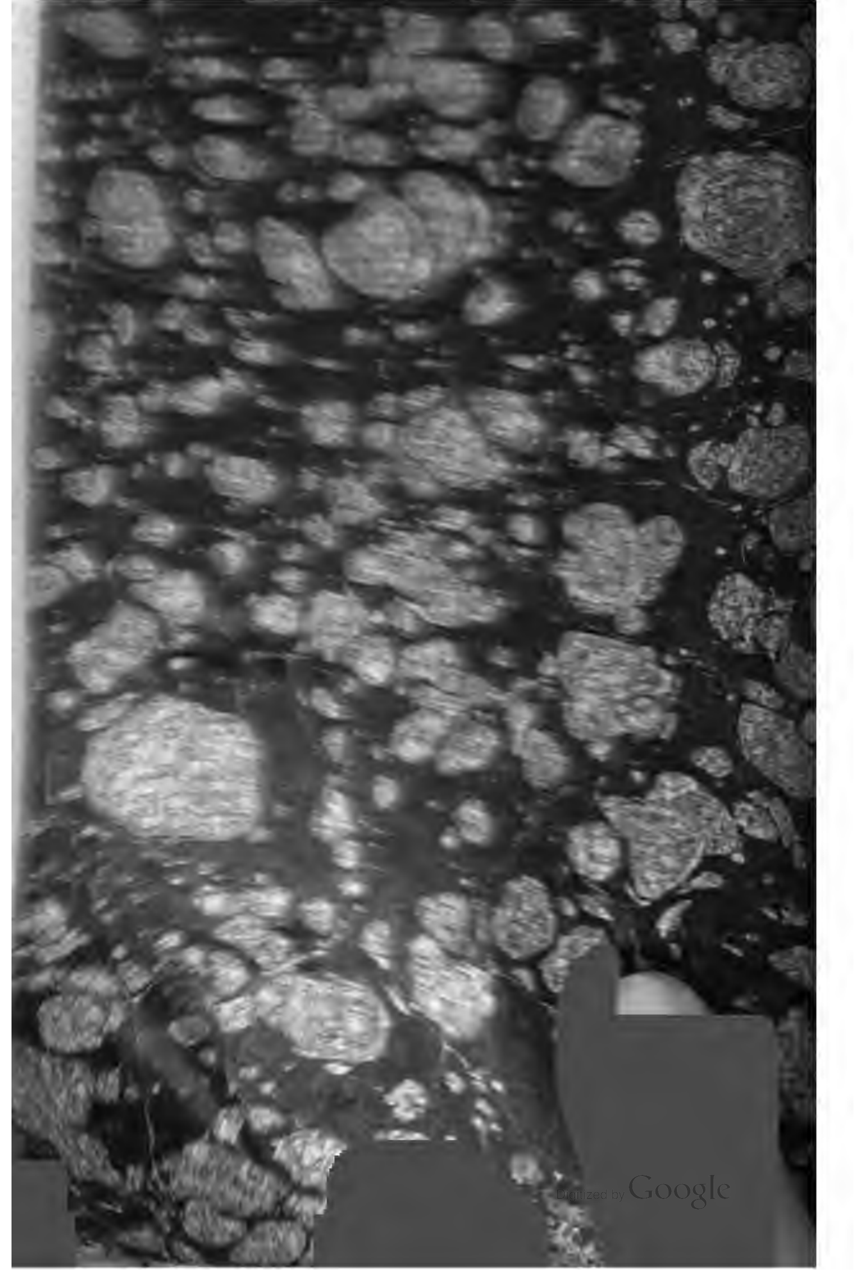
¡Vivir para cazar, dicha suprema!
¡Eternal paraíso!
¡Soñolencia feliz, dulce poema!
¡Goce inefable, regalado hechizo!
Tenderse sin recelo
Sobre mullida cama
De salvia, de romero, y de tomillo;
Fijar la vista en el azul del cielo
Y escuchar el balar del corderillo
Cuando á su madre balbuciente llama;
Oir de la perdiz el canto ardiente,
Aspirar el ambiente
De aromas perfumado
Pensando en las delicias del pasado;
Estirarse á placer sin que lo estorbe
El ojo perspicaz de una vecina;
Dejar que el pecho hácia la espalda encorve
Lo que el trabajo hácia la tierra inclina;
Reclinar la cabeza
En el de aromas perfumado seno
Que ofrece á la indolencia la pereza;
Matar la caza del vedado ajeno;

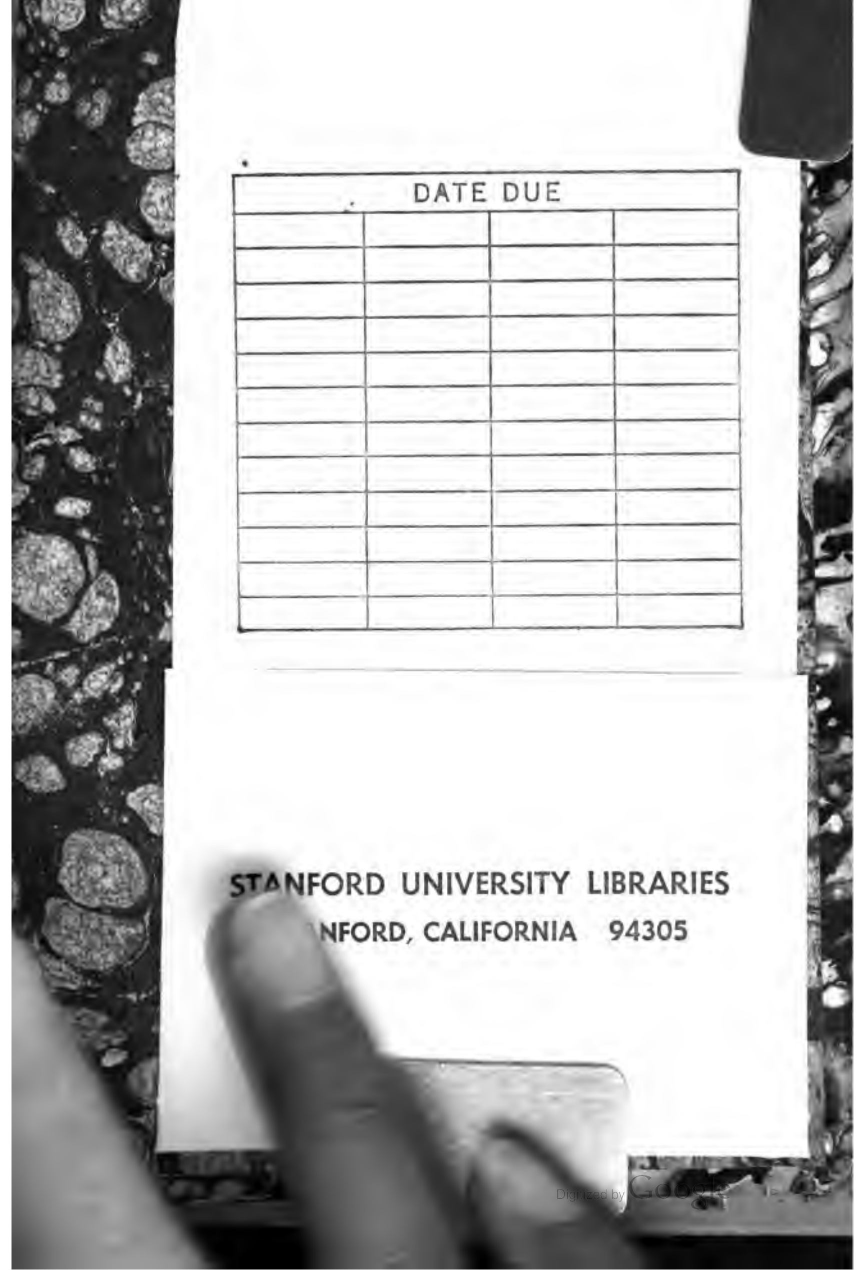
Rascarse todo aquello que le pica
Es para el cazador cosa muy rica.

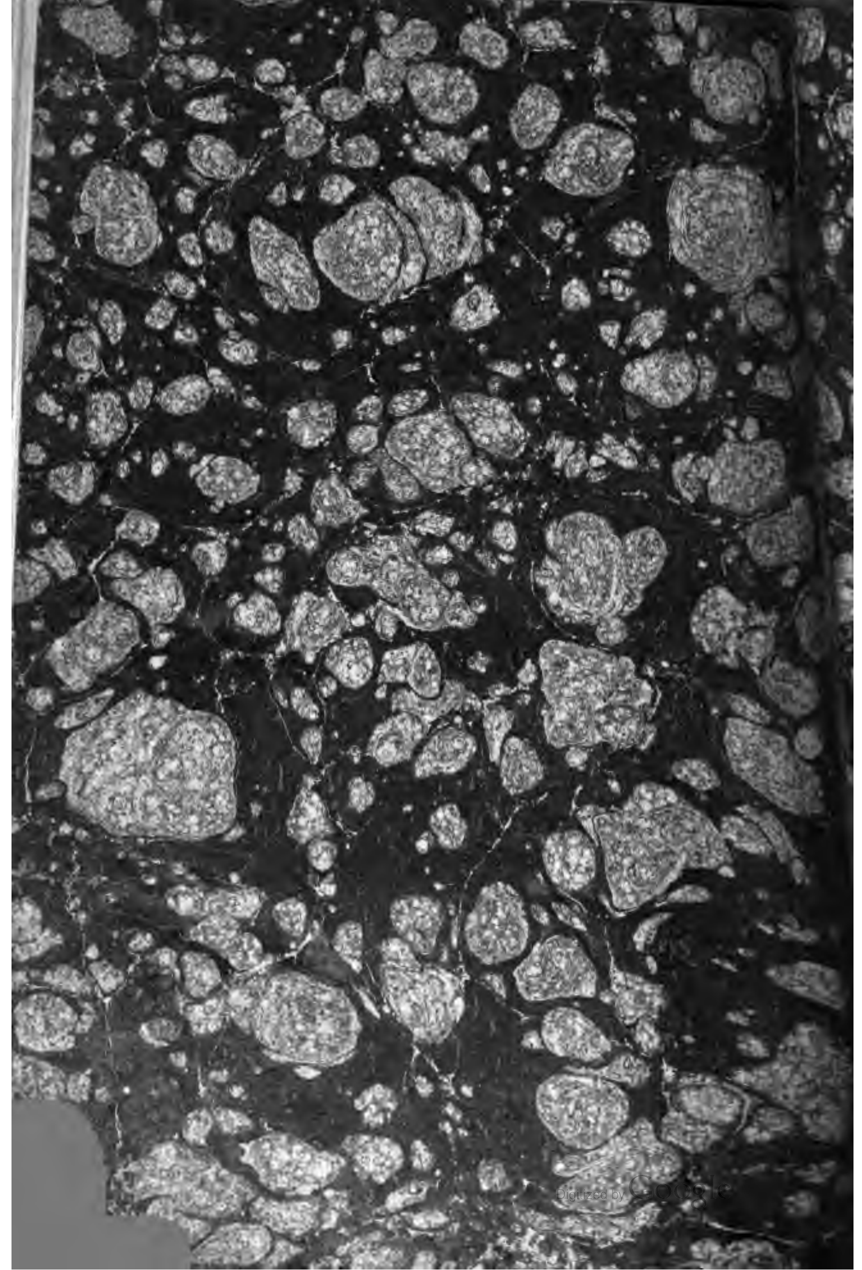
Por lo tanto lector, como soy viejo
Me voy á permitir darte un consejo.
Si eres buen cazador y buen cristiano
Católico, Apostólico y Romano,
Si del padre Ripalda la doctrina
Ha quedado grabada en tu memoria
La precepcion divina;
Si prefieres los dones de la gloria
A los míseros goces de la tierra;
Si es que no estás en guerra
Con tus actos privados;
Si tienes la conciencia trasparente
Y no sientes mordiscos ni bocados
En el cristal de su serena fuente;
Si cumples los divinos mandamientos,
Si los remordimientos
No ponen á tu dicha algun reparo;
Si cual la ardiente lava del Vesubio
No se quema la flor de tu conciencia;
Si cual dijo un genio muy preclaro
No ve pasar tu mísera existencia
Dias de *turbio* en *turbio*,
Y las noches sin fin de *claro* en *claro;*
Si al catecismo la obediencia prestas,
No olvides que la Iglesia nos advierte
Que es un deber santificar las fiestas
Pues todo es ilusion ménos la muerte.

FIN.

ÍNDICE.




DATE DUE
STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES
NFORD, CALIFORNIA 94305
Digitized by Google



DATE DUE			

